



FUGAS DE TINTA 4

CRÓNICAS, CUENTOS
Y RELATOS
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

RED DE ESCRITURA CREATIVA



FUGAS DE TINTA 4

CRÓNICAS, CUENTOS
Y RELATOS
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

2012

RED DE ESCRITURA CREATIVA



FUGAS DE TINTA 4

CRÓNICAS, CUENTOS Y RELATOS
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

RED DE ESCRITURA CREATIVA 2012

MINISTRA DE CULTURA
Mariana Garcés Córdoba

VICEMINISTRA DE CULTURA
María Claudia López

SECRETARIO GENERAL
Enzo Rafael Ariza

DIRECTORA DE ARTES
Guiomar Acevedo Gómez

GRUPO DE LITERATURA Y LIBRO - RELATA
María Acosta García
Francisco Rozo Triana
Carlos Octavio Cómbita Villamiñ

Primera edición, septiembre de 2012

© Ministerio de Cultura,
República de Colombia
© Red de Escritura Creativa
© TALLER DE EDICIÓN • ROCCA® S. A.
Carrera 4 No. 26A-91, of. 203,
Edif. Independencia, Bogotá
Tels.: [57-1] 243 2862 - 284 8328
www.tallerdeedicion.com
taller@tallerdeedicion.com

© Derechos reservados para los autores

ISBN 978 - 958 - 8545 - 51 - 6

COMPILADOR
José Zuleta Ortíz

EDITOR
Harold Kremer Martínez

EDICIÓN, DISEÑO Y PRODUCCIÓN EDITORIAL
TALLER DE EDICIÓN • ROCCA® S. A.

CONCEPTO GRÁFICO
Tangramagráfica

IMPRESIÓN Y ACABADOS
Carrera séptima

Prohibida la reproducción total o
parcial de esta obra sin la autorización
de los editores y de los propietarios del
copyright.

**Prosperidad
para todos**



Libertad y Orden
Ministerio de Cultura
República de Colombia



**TALLER DE EDICIÓN
ROCCA®**

ÍNDICE

PRESENTACIÓN José Zuleta Ortiz	11
MEDELLÍN DAVID MACÍAS - DIRECTOR DEL TALLER	15
LOS NAZARENOS Ángela María Valencia Escobar	17
UN MAL RATO Dary Luz Dávila	25
SINCELEJO MARÍA ALEJANDRA GARCÍA - DIRECTORA DEL TALLER	29
BEBÉ Julián David Zapata	31
DURO DE TRASLADAR II Grimoaldo Arrieta	33
LA HISTORIA DE PALITO Jorge Eliécer Anaya Barrios	35
LA CAPTURA Mónica María Ruiz Lopera	37
EL TRASLADO Mayra Hernández	41
MANOS NEGRAS Mayra Hernández	45
SEPTIEMBRE 6 DE 2011 Milena Granados	51
AMOR QUE NACIÓ ENTRE REJAS Carmen Cecilia Gutiérrez Martínez	53

TULUÁ	55
WALTER MONDRAGÓN LÓPEZ - DIRECTOR DEL TALLER	
LA MEJOR PARTE DE MI VIDA Viviana Marcela Vélez	57
EL MIEDO RECURRENTE Víctor Ordóñez	61
YO RECUERDO... Gloria del Socorro Muñoz	63
EL <i>TINIEBLO</i> Y LA VIRGEN Anónima Maravilla	69
ALLÁ ASUSTAN Víctor Alfonso Ramírez Molina	71
MAQUINITAS Carlos Acosta	73
SOÑAR Julieth	75
MI AMIGO THOMAS GRANT Anónimo Canario	77
UNA IRONÍA DE LA VIDA Soldado Desconocido	83
POESÍA DE AMOR Y VIDA María Lucero Meneses	85
CALARCÁ	87
JUAN FELIPE GÓMEZ - DIRECTOR DEL TALLER	
MALOS HÁBITOS Jorge Hernán Acevedo Ramírez	89
VIAJE AL COLISEO Darío González Montoya	99
¡CÓMO NOS CAMBIA LA VIDA! Segundo José Ortiz	103
DURMIENDO CON EL ENEMIGO Segundo José Ortiz	107

UNA VISITA	111
Segundo José Ortiz	
VILLAVICENCIO	113
HENRY BENJUMEA - DIRECTOR DEL TALLER	
EVOCANDO A MI LLANO	115
José Arnulfo Moreno García	
EXTRAÑO CASO	117
Oswaldo Ávila Martínez	
LA ESPERA	119
Armando González Marín	
LA HORA MUERTA	123
Agustín Hortúa Rodríguez	
LA MALDICIÓN	125
Armando González Marín	
<i>MY LIFE</i>	127
Armando González Marín	
LA RASCADA	129
José Arnulfo Moreno García	
LA VIDA REGRESA	131
Mauricio Parra Serrato	
RECUERDOS DE INFANCIA	133
Yebrail Ramos	
DÍAS DE ENCIERRO	135
José Antonio Díaz	
LA SABANA ES UN HERMOSO PANORAMA	137
José Arnulfo Moreno García	
BUCARAMANGA	139
HERNANDO MOTATO - DIRECTOR DEL TALLER	
EL OTRO YO	141
José Arturo Quintero	

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN Lino Rey Anaya	143
EL LORO ENCANTADO Ludwing Hernández	145
FUE POR LANA Y... Luis Alberto Contreras Ortiz	147
JAMUNDÍ MIGUEL ANTONIO RAMÍREZ - DIRECTOR DEL TALLER	149
AMOR AUSENTE Diana Abella	151
UN AMOR QUE NO TERMINA Diana Abella	153
LA BELLEZA DE MI SOLEDAD Carolina Garzón Ruiz	155
DOLOR DE MADRE Adriana Segovia	157
HERMOSO ATARDECER Mariluz Poveda Castañeda	159
LA BÚSQUEDA DEL AMOR Diana Giselle Nieto	163
TAN LEJOS Doris Suárez G.	167
SIN LUNA Doris Suárez G.	169
DECISIONES Doris Suárez G.	171
NEIVA BETUEL BONILLA - DIRECTOR DEL TALLER	177
DÍAS EN PRISIÓN Rodrigo Horta Charry	179

EL HOMBRE DE LAS ALMOHADAS Jorge Eliécer Ortiz Manrique	181
UNA NOCHE SIN ESTRELLAS John Steed Bustos Puentes	185
RITUAL DE UN PSIQUIÁTRICO Hubert Abel Losada Yanguma	187
EL PAN DE CADA DÍA Edwin Gómez Varón	189
VIAJE INESPERADO Aldemar Rivas Patiño	193
DON EMILIANO Ferney Gutiérrez Puentes	197
<i>MANOECULO</i> Gabriel Alberto Moreno Lancheros	201
CÚCUTA NORWELL GONZÁLEZ - DIRECTOR DEL TALLER	203
EL CABALLERO Y LA PRINCESA Diana Elizabeth Moreno	205
CUALQUIER PARECIDO ES COINCIDENCIA María Ramona Contreras Soto	213
EL AS BAJO LA MANGA Gloria Patricia Pérez	217
DIABLA Mayerli Mora	223
¿CUÁNDO? Mayerli Mora	225
OLVIDO Mayerli Mora	227

BOGOTÁ	229
VÍCTOR MANUEL MEJÍA - DIRECTOR DEL TALLER	
PERFUME DE MUJER	231
Walter Caicedo, Cárcel Modelo	
DESPERTAR	233
Karina Espinoza, Buen Pastor	
MUERTE ANUNCIADA	237
Martha Cabezas, Buen Pastor	
EL VUELO DE UNA PALOMA	239
Brigith Catherine Patarroyo, Buen Pastor	
UN LUGAR EN DONDE NADIE ME ENCUENTRE	243
Martha Cabezas, Buen Pastor	
BARRANQUILLA	245
LUZ E. ARROYO RUIZ - DIRECTOR DEL TALLER	
EVOCACIÓN DESDE EL OLVIDO	247
Ricardo Alvarez Pretelt	
VEN, PARA ESTAR PRESO	249
Bladimir Estrada	
HOY	251
Bladimir Estrada	
LIBERTAD	255
Belford Bolívar	
LIBERTAD	257
Karin Diab	
LA MENTIRA DE TONY	259
Oswaldo Garrido	
LA TARJETA	261
César Vélez	

PRESENTACIÓN



La presente antología es una pequeña muestra de los textos que se produjeron en los talleres de escritura del Programa Libertad Bajo Palabra durante el año 2011.

Si algo hemos comprendido realizando este trabajo, es que existe un mundo paralelo y complementario al de la ley; el de la ilegalidad. De algún modo ese mundo es menos burocratizado, más permisivo e incluyente. El creciente mundo de la ilegalidad acoge muchas personas que viven o aspiran a la marginalidad. La heroicidad de los criminales atrae poderosamente. Los contra-héroes, el riesgo, la aventura, la adrenalina, propios de la ilegalidad, resultan muy estimulantes para los jóvenes marginados y auto marginados de las periferias. La clandestinidad y el crimen, contienen una ética y una estética en la cual se reconocen más fácilmente. La exclusión y los *parches* son para muchos de estos jóvenes, sentido y pertenencia. El aspecto mítico de lo clandestino es para ellos apasionante, de él emergen héroes de carne y hueso, seres de un valor y una sagacidad inaudita, en los que coexisten las más extraordinarias formas de amor y humanidad con la crueldad y la ferocidad más despiadadas.

Para muchos la cárcel es vivida como distinción, como ascenso y como prueba, como reconocimiento o iniciación. Y puede, suele, ser convertida en forma de vida.

En el trabajo que realizamos en el Programa Libertad Bajo Palabra, vemos con claridad que la sociedad colombiana se ha democratizado de una manera paradójica; encontramos en las cárceles a las altas esferas de la sociedad: congresistas, alcaldes y gobernadores, contratistas del Estado, abogados, médicos, sacerdotes, profesores, jueces; todos los que alguna vez fueron el paradigma de la dignidad humana y el ejemplo de la juventud, ahora se encuentran por montones en las cárceles.

Pero lo más inquietante es que para millones de jóvenes de América Latina, el mundo del crimen es una aspiración. Es un mundo fascinante en el cual se sienten reconocidos, un mundo en el cual se realizan sus sueños y en el cual la prisión o la muerte son parte del juego.

Cito un testimonio recogido por Carlos Sánchez Ocampo, en el que alguien que pertenece al mundo invisible del delito reflexiona sobre el lenguaje de la ilegalidad.

A veces la Policía nos ve y nos oye. Entonces nos vamos a la cárcel. Y la palabra se va con nosotros. En un tiempo estamos libres. La palabra, más inocente que nosotros, sale modificada completamente, como viniendo de otra familia, de otro idioma, con otro sonido, pero siempre conservando su linaje cómplice. Al cruce del miedo con el peligro, de pura libertad con la rutina hablante, las palabras adquieren con nosotros raza de palabras, dichas, usadas para callar, para ocultar, para desfigurar, para burlar sapos... Puras palabras deliciosas. [...] Nos defendemos diciéndole 'pesebre' a la marihuana, o 'trabajador' al del sueño al ladrón nocturno de apartamentos, o 'parca' al carro de la Policía, o 'delicioso' al cuerpo del delito. Hay palabras que entran mucho en la cárcel. Como el delito siempre queda libre y hay que recuperarle impunidad y silencio, entonces intervenimos rápidamente: le cambiamos de nombre. Para eso somos los académicos de la no palabra. Hay otras palabras que salen de la acechanza, del robo, de la mendicidad, de la cárcel y, sin embargo, se vuelven demasiado callejeras. Todo el mundo resulta usándolas, todos los gremios las adoptan, las prestan. Tanto roce la desgasta, la hace inútil. Entonces nosotros recostados al

papel de la canalla, diplomáticos del silencio cómplice, académicos de la no palabra, nos encargamos del asunto: buscamos otra que nos mantenga varios pasos delante de la vigilancia. Y siempre para que nos defiendan, para que nos oculten del mal. Para que nos desfiguren ante el policía y nos conviertan en pared, en sombra, en viento, en árbol, en nada. Usted verá muchas palabras defensivas en nuestra manera de hablar, no se extrañe por eso. Aquí todo pertenece a lo sumergido, a lo que ha perdido el control. Usted no se imagina lo que cuesta defender una vida así. Yo vivo en un mundo donde es más lo que hay para callar que para hablar. Nuestras palabras están de paso por todos los ‘parches’ de la ciudad. En movimiento, lisas, inciertas, brillando como arenas, haciendo lo mismo que nosotros: deambulando, apretujándonos a las no cosas de esta ciudad desechable...

Es hora de pensar sobre la ley, sobre el mundo que hemos construido. Es pertinente, recomendable, urgente diría, escuchar la voz alta de los bajos mundos. Ella contiene claves valiosas para comprender lo que nos ocurre, lo que somos. Un escritor es ante todo alguien que es capaz de soportar y de abordar toda la verdad, la más monstruosa, la más insoportable. Nunca hemos estado ante escritores que tengan esto tan claro. La escritura que encontramos en los textos de Libertad Bajo Palabra es aquella que indaga sin miedo por lo que somos. Es recomendable que los que piensan desde la universidad, desde el Estado en la sociedad en que vivimos, se enteren de que millones de hombres y mujeres jóvenes, con o sin escuela, eligieron otro modo de vida, que este fenómeno crece y se multiplica. Las pandillas son una realidad que habría que ver, escuchar y pensar, no sólo como un tatuaje caprichoso sobre la piel de América Latina, sino como el destino y el sueño paradójico de quienes no se reconocen en lo que se les ofrece como futuro.



JOSÉ ZULETA ORTIZ

MEDELLÍN



DAVID MACÍAS
DIRECTOR DEL TALLER

LOS NAZARENOS

Ángela María Valencia Escobar



Pedro Juan

Sonsón (Antioquia), 19 de febrero de 1935.

Alba del Socorro se encuentra en el Hospital Universitario desde las seis y cincuenta de la mañana. Su esposo Pedro Paulo la llevó apurado porque, por segunda vez, va a ser padre. Se ve entusiasmado con su esposa. Lo que no sabe es por qué Socorro tiene contracciones, si solo cuenta con ocho meses y diez días de embarazo, y como su estado de salud era muy bueno durante la gestación, su médico de cabecera le había pronosticado que con seguridad el bebé iba a nacer a principios de marzo. El pánico de que algo no estuviera bien en el vientre de la mujer era la mayor preocupación. Pasadas las ocho y cuarenta, empiezan a llenarse los pasillos del hospital con miembros de las familias de Alba del Socorro y de Pedro Paulo. Ninguno llegaba con las manos vacías, todos traían presentes para darle mucha moral a Socorro: flores, peluches, regalos para el bebé llenaban la habitación de aquella dama.

En el pueblo gozaban de buena posición económica, y todo Sonsón los conocía, pues Pedro Paulo ocupaba un cargo muy importante en la casa del Gobierno Municipal.

A la una y veinticinco de la tarde, aproximadamente, nació Pedro Juan Velasco Ruiz, sin ningún inconveniente, con el peso y medidas normales de un niño de nueve meses de gestación. La familia estaba maravillada de tener un nuevo hombre en la casa.

Emma Lucía

Arma, corregimiento de Aguadas (Caldas).

En la Clínica León nace, un 2 de diciembre de 1939, Emma Lucía Arango Duarte, una hermosa chica que parió Lucía del Carmen Duarte, esposa de José María Velasco. En aquel momento el señor Velasco no se encuentra presente acompañando a su mujer, debido a una reunión de carácter urgente en la ciudad de Bogotá, a la cual no se podía negar a asistir. Todos los alcaldes y gobernadores del país tenían la obligación de estar allí y él, como alcalde de Aguadas, no podía ser la excepción.

Lucía del Carmen no se encontraba sola. Toda su familia y distinguidas amistades estaban a su alrededor, acompañándola en la llegada de su primera hija. Todo salió muy bien y el pronóstico para Emma Lucía fue muy bueno: iba a ser una mujer muy saludable.

Todos los Arango y los Duarte fueron a casa muy contentos de tener una nueva heredera en casa. Cinco días después llegó José María a conocer a esa damita diminuta que era su preciosa hija.

Pedro Juan

En Sonsón todo marchaba muy bien. Pedro Juan ya tenía doce años y estudiaba en el mejor colegio de secundaria de este municipio. Sus padres eran una pareja muy estable que ya tenía cuatro hijos, incluyendo a Pedro Juan. Le inculcaban mucho el amor, los valores, disciplina, diálogo y momentos muy agradables en familia que llenaban de buenas bases y buenos pensamientos la vida de Pedro.

Emma Lucía

Mientras tanto, en Arma no todo estaba bien, porque a José María Arango empezó a poseerlo el alcohol y, en su trabajo en la Alcaldía, se estaba aprovechando de la confianza que le tenían para recaudar dineros y tomaba grandes cantidades para hacer mal uso de ellos, dejando toda la plata en bares del pueblo y casas de citas donde acostumbraba perder la cabeza y gastar todo el dinero en mujeres y bebidas. Los administradores de estos lugares le sabían cobrar buenas sumas. Además, las mujeres que trabajaban como “damas de compañía” sabían cómo exprimirlo y hacerlo consumir más. Su hobby era la bebida y las mujeres. Su esposa cada día se encontraba más enferma y psicológicamente estaba muy mal, porque sentía que su hogar se derrumbaba. Él no la consentía ni sacaba tiempo para ella, solo deseaba estar en sus malos pasos, y ya ni era cumplido con los horarios del trabajo.

Emma Lucía cumplía trece años. Ese día fue demasiado duro para ella, pues desde muy temprano tuvo que salir de casa a llevar a su madre a la clínica. Fue con sus hermanitas menores: Eugenia, de ocho años, y Lucelly, de cinco. Su madre se había puesto grave de un momento a otro y hacía tiempo que sufría de una enfermedad que los médicos no habían podido diagnosticar. Sus síntomas eran muy extraños. La pobre llegó convulsionando a la clínica, sus hijas muy preocupadas gritaban pensando que algo muy grave le estaba pasando a su mamá. Pronto llegaron los familiares a hacerse cargo de la situación. Las niñas no paraban de llorar. El doctor Ramiro Cuéllar dio su dictamen a las personas presentes:

—Lucía del Carmen Duarte presenta reacciones extrañas, las cuales desconocemos en esta clínica y su cuerpo no reacciona bien a ningún medicamento. Por esto necesitamos que sea remitida a la ciudad de Bogotá de carácter urgente.

Su esposo no se daba ni por enterado. El muy descarado llevaba ya dos días sin llegar a la casa por estar con las sinvergüenzas del pueblo, “las mejores”, según el hombre.

Jacinta, hermana de Carmen, tiene a las tres pequeñas en su casa mientras se toman determinaciones de qué va a pasar con su hermana. Al cuarto día aparece el conchudo de José María diciendo:

—¿Dónde está mi mujer con mis hijas? Yo trabajo duro y difícil para no que no se tengan que mover de la casa.

Mientras decía estas palabras, Jacinta, quien justo venía entrando a recoger ropa para su hermana, ya que en las horas de la noche saldría para la capital en una ambulancia, le gritó:

—¿Qué dices, degenerado? ¡Mi hermana lleva cuatro días en grave estado de salud y ni cuenta te das, ni te preocupa cómo están tus hijas!

—¿Qué pasa, entonces? —pregunta José María, abriendo mucho sus ojos.

Jacinta en medio del llanto comienza a contarle todo lo que pasó en su ausencia.

—Bueno, perdóname Jacinta —dijo—. ¿Tú viajas a Bogotá?

—No —contestó ella.

—Entonces, quédate a cargo de las niñas que yo viajaré.

Al llegar la noche el hombre se fue a beber y olvidó por completo la salud de su esposa. A ella la llevaron a Bogotá dos enfermeras y un doctor de turno.

Al día siguiente Jacinta se enteró de que José María no cumplió con lo prometido. Se preocupaba mucho por la salud de su hermana, enferma y sola en otra ciudad. Y ella pronto viajaría a Córdoba, España, donde se encontraba su marido esperándola.

Tres meses después

Debido al viaje de Jacinta, José María se quedó al cuidado de sus hijas. Pero él con sus vagas costumbres tenía a sus pequeñas muy descuidadas. Las chicas se mantenían con una nana y él en sus mismos hábitos, mientras su esposa moría en la clínica Marly de Bogotá.

Debido a los malos manejos de activos del pueblo, la Fiscalía Local 25 le abre un proceso a José María y lo llevan a presentarse para rendir indagatoria.

Los investigadores le tenían un seguimiento desde hacía cuatro años por robo al Estado y mal manejo de activos. Cae preso y se gasta los pocos ahorros que poseía en muchos abogados y ninguno logra sacarlo de la cárcel.

Lo perdió todo..., las niñas quedaron a misericordia de la nana Claudia, una joven humilde que les había cogido mucho cariño.

Pasaron los años, las chicas crecieron y su padre aún no salía de la cárcel.

Año 1957

Emma Lucía cumplió dieciocho años y conoció a un hombre maravilloso llamado Pedro Juan Velasco Ruiz. Joven apuesto de veintidós años que llegó al pueblo a hacerse cargo de unas funerarias y unas casas que le había heredado su padre. Los dos jóvenes que permanecían mucho tiempo juntos, se fueron conociendo y enamorando. Dos años más tarde decidieron casarse. Emma Lucía no contaba con una economía estable, pero este hombre llegó a estabilizarle su vida y a convertirse en el padre de siete mujeres y un varón llamados: María Carola, María Teresa, María Dolores, José Omar, María Lucero, María Nelcy, Gloria Pilar y, por última, Martha Irene.

La familia

La gente creía que era la familia perfecta, pues Pedro Juan era muy apreciado en Arma porque hizo construir una iglesia grande. La donó para que toda la comunidad católica concurriera y todos estuvieran confesados y tranquilos alabando al Señor, ya que el diablo andaba rondando y acechando por el pueblo. Existía el rumor de que venía y se llevaba a la gente en cuerpo y alma o que arrastraba cadenas por las calles, que se presentaba en forma de perro por todas partes donde hubiera pecado o personas que mencionaran vulgaridades. Todas las personas vivían conectadas a Dios porque no querían caer en tentación.

Mientras tanto, en la familia Velasco Arango no todo marchaba bien, pues mientras Pedro Juan salía a su trabajo administrando sus propiedades; Emma Lucía, en la casa, sacaba su trauma a flote con sus hijos. Los amarraba de las camas y les pegaba con un zurriago, y cuando ya era la hora en que Pedro iba a llegar, los desataba y les hacía prometer mediante amenazas que no le contarían nada a su padre.

Pedro llegaba animado a cargar a sus pequeños y a consentirlos, pero ninguno se atrevía a contarle lo que sucedía a sus espaldas. Todos los detalles del padre (como juguetes, ropa, todo con lo que se pudieran entretener), Emma los escondía bajo llave. Los jovencitos solo podían rezar para que su madre no llegara enfurecida a azotarlos. Pedro Juan muy entretenido en sus quehaceres jamás se daba por enterado de todo lo que sucedía en su ausencia. Emma los encerraba en un cuarto y empezaba a arrastrar cadenas por toda la casa para que creyeran que el diablo había llegado por ellos. Los niños fueron creciendo con traumas.

María Carola, al ser la mayor, era la encargada de la cocina y sus hermanas de los oficios domésticos, y, ¡ay donde algo quedara medio mal! Porque entonces les sobraba *juete y madera ventuada*. Y el pobre José Omar, como era el único varón, mientras no estaba su papá solo podía vestirse con las prendas de sus hermanas para que se viera como una niña y no saliera ni a la ventana, según Emma Lucía. Para poder probar bocado, a los chicos les tocaba esperar a que llegara su noble y lindo papá. Emma no les daba ni *aguapanela*, y los mantenía en una tortura severa.

La muerte

Cuando Martha Irene, la menor, tenía cuatro años, Pedro Juan murió de un infarto, y Emma Lucía quedó como heredera de todas las propiedades. A partir de entonces, las torturas fueron peores para las muchachas: les pegaba con garrotes, rejas, cables, ramales. Ese era el pan de cada día. No importaba la hora del día o de la noche para recibir un postre de esta clase y poca comida; no podían llorar ni quejarse pues si medio se quejaban les colocaban una cuchara caliente en las piernas.

Por esa época Emma se consiguió de pareja a un hombre llamado Nicolás, quien era un vago que solo le gustaba vivir en casas de juegos de azar gastando la herencia que Pedro Juan había dejado para sus hijos. Y quedó en embarazo de Nicolás, mientras el dinero se les iba acabando. Como ella era una mujer tan ambiciosa y no permitía que su marido trabajara, lo más fácil que vio fue prostituir

a tres de sus hijas: María Carola de dieciséis años, María Teresa de quince y María Dolores de catorce. Se las colocaba en bandeja a viejos verdes, borrachines, dementes, con tal de que le dieran cualquier billete por sus servicios.

Y como José Omar no podía aportar dinero a la casa, pues contaba con trece años y no le permitían salir a la calle, era quien más sufría torturas por parte de su madre, hasta que Nicolás le dio el consejo de que lo internara en un reformatorio para menores. Con mentiras y engaños lo llevaron al Centro de Menores, donde aprendió a trabajar la madera de una manera hermosa. Todo lo que hacía era lindo. Duró allí dos años hasta que se salió de ese sitio y decidió vivir en la calle con tan solo quince años. Por ese tiempo, María Lucero y María Nelcy también habían aprendido a prostituirse y llevarle todo el dinero a su mamá. En la calle se encontraban con su hermano y a escondidas de Emma le daban comida y ropa porque él se había convertido en todo un *gamincito*. Aunque ellas le llevaban todo a su mamá, los castigos continuaban y el maltrato verbal era todo el tiempo, veinticuatro horas al día, pues ni siquiera las dejaba dormir o descansar con tranquilidad.

María Carola se escapó de la casa, ya cansada de la mala vida, y se fue a vivir con uno de sus mejores clientes: Gustavo López, con quien tuvo dos hijos. Sin embargo, cuando se encontraba con su madre o decidía ir a saludarla, le tocaba aguantarse palizas severas.

Emma Lucía ya había conseguido un nuevo amor: el zarco Samuel, con quien tuvo otro hijo y lo llamó Óscar. Como él fue su último bebé se lo dio todo, era el más consentido de la casa y cuando José Omar iba a buscarla para pedirle la bendición, lo devolvía a taconazos en la cabeza, se los dejaba clavados como a un toro en las corralejas, y los insultos soeces nunca le faltaban.

La siguiente en fugarse del lado de Emma Lucía fue María Dolores. Se escapó con un amigo que había conseguido cuando se prostituía en la calle.

María Teresa se volvió amargada, odiaba a los hombres, y se consiguió como pareja a una señora que de igual forma trabajaba la prostitución.

A Camilo, el hijo de Nicolás, su padre se lo llevó con él al separarse de Emma, pues sabía cuál sería la suerte que correría al lado de su ex mujer.

Martha Irene y Gloria contaron con un poquito de mejor suerte que sus hermanos pues, por ser las menores, los castigos eran menos duros. Ellas le tenían bastante miedo a Emma y así todos se fueron alejando del lado de la madre para encargarse de su propia vida, pero así fueran muy independientes, los castigos seguían.

Cada uno de los hijos de Pedro Juan y Emma Lucía fue construyendo su propio hogar y, a pesar del maltrato, querían mucho a su mamá porque ella les regaló la vida. Sin embargo, esta señora nunca cambió su forma de ser con sus hijos, a excepción de Óscar, a quien jamás le llegó a pronunciar un “carajo”. Lo peor fue cuando Óscar creció y se convirtió en ladrón y drogadicto. Y fue tan mal hijo que maltrataba a Emma Lucía y le brindaba sólo palabras soeces y vulgares. ¡Qué irónica la vida! El más querido llegó a ser el más malvado de los hijos.

Emma Lucía descansaba de él cuando caía preso y, sin embargo, nunca le faltaba en la visita de todos los domingos, pues su ovejita negra era la más querida para ella.

UN MAL RATO

Dary Luz Dávila



El amanecer ha llegado. Se inicia la jornada, aún la niebla cubre los pasillos, se siente aroma de frescura o hierba mojada por el rocío de la mañana. Los pájaros trinan de pino en pino, lejos se escucha el tardío canto del gallo matutino. En el cielo empieza a mostrarse el mejor destello del radiante sol. La vieja Magola, primera en la fila, camina a paso lento por el pasillo frío y solitario que la conduce al recinto que verterá el elixir de vida: el baño. Suele llevar todo el ajuar para este evento matinal. Pasa un instante y nuevamente se escucha el sonido que ocasiona el avanzar de sus pasos. *Chas, chas, chas...*, murmura el suelo a cada pisada. Sin proponérselo, la vieja Magola piensa en el quehacer del nuevo día.

—Hoy es el día, qué gran día, todo se puede, soy positiva...
—exclama apurando el paso.

Ya siente el frío en su cara. De todos los lugares vienen jóvenes, viejas, feas y bonitas que cruzan el pabellón y las escalinatas. El tiempo transcurre penoso, cual vagabundo que se resiste a parar. El paisaje se vuelve cada vez más monótono: gris, gris y más gris. Soledad silenciosa. El sol prende a su espalda y sólo descansa a ratos en la sombra del recinto, donde surge un pensamiento y otro más

allá. La vieja Magola cree que encontró la verdad para todos sus problemas y sigue andando, rondando y pensando. Ese es su sino. Lo ha hecho desde siempre. Son las tres de la tarde, hace frío, aún no se va el invierno. En la garita, la “Seño” se prepara con lápiz y cuaderno para el ingreso de sus internos, a quienes da un cálido saludo. Allí, junto a ese lugar, siempre está la vieja Magola, con sus ojitos verdes, sus cabellos blancos y una calurosa bufanda que la hace ver como personaje de revista de historietas.

—¡Muchachas, muchachas!, ¡apuren, el bongo, fila, caliente!
—grita la vieja apresurada.

Todas corren pero algunas quedan rodeando a la vieja Magola (momentos que la hacen la abuela más feliz) y le cuentan lo sucedido durante el día. A ella se le hace agua la boca, se ríe y se le ve un diente que todavía le falta por caer. En seguida viene otra y otra:

—¡Mire, doña Magola!

—¿Y qué es eso, *mija*?

—Pero ¿no se da cuenta? ¡Es usted!

—Y, ¿yo soy tan linda, *mijita*? —sonríe la vieja, *chocha* de alegría.

—¿Sabe? La profe nos dijo que eligiéramos a alguien y lo dibujáramos y yo pensé en usted, ¿le gusta? ¡Se lo regalo!

Nuevamente Magola acomoda su bufanda como si estuviese perdida o confundida. Llega Lolis a embromar, se para de golpe y ve la cara larga, tristonza y confusa. Hay un silencio y no aguanta más.

—Pero, abuela ¿qué le pasa? ¿No está chistosa como antes?

—No es nada, *mijita*, debe ser el frío.

Pero ella sabe que está próxima a un grave problema, el cual acabará con sus sueños, trabajos, sudores y esfuerzos de muchos años. Le expropiaron su lecho y sustento. Se dispone a caminar otro trayecto, aumenta el ritmo, las ansias, mueve los brazos como una marchante, esperanzada en una llamada que resolvería más adelante su angustia. Solitaria y turbia, dice:

—Me sentía como un oasis en el desierto, ¿pero hasta cuándo, qué más falta? No llega ninguna respuesta; me voy, me quedo, mi casa? ¿Hasta cuándo será..., pues?

Las compañeras sonriendo le dicen:

—Es una broma, ¿usted está viviendo todo este sufrimiento?

Y así pasa las horas, ojeando el paisaje gris, de día, de noche, el tiempo pasa solitario, ve cruzar un pájaro, otro, otro más, su cuerpo se niega a proseguir, mientras uno nuevo abre su plumaje, como una bienvenida. La vieja Magola recuesta su tronco al barullo de su cama y duerme con placidez. Aún sueña con que algún día esto haya sido sólo un mal rato.

SINCELEJO



MARÍA ALEJANDRA GARCÍA
DIRECTORA DEL TALLER

BEBÉ

Julián David Zapata



Ya son setenta y dos meses y veintiséis días que he estado preso y he sido trasladado de cárcel en cárcel, sin saber de mi familia hace tres años. Sólo hablo con ellos por el celular por motivos de lejanía.

Fui capturado el 25 de julio del 2005 en mi tierra natal, Pereira, por el delito de hurto agravado, porte y tráfico de armas de uso privativo de las Fuerzas Militares y daños ocasionados al Gobierno. Apenas cumplía los dieciocho años cuando fui arrestado y pensaba que aquí terminaría mi vida, tal vez por la ironía de vivir en cada esquina con gatillos, hurtos, armas y muchas cosas más. Viajaba de ciudad en ciudad en esas actividades, pero sabía que algún día caería en la cárcel.

No sabía qué hacer ese día que me cogieron, pensaba que una fuerza positiva me salvaría, y sólo veía cómo se empañaba el rostro de mi madre y el dolor profundo que sintió mi padre. Mis hermanos le rogaban a Dios por mi libertad y, ahora, entre las paredes y rejas trato de no vivir de los recuerdos que queman. Y aquí, en un lugar que jamás había pisado, lejos de todo a lo que estoy acostumbrado, he aprendido de que puedo seguir siendo libre, de que nada puede ser complicado..., ya sólo faltan diecinueve meses para gozar de

mi libertad, caminar y caminar con mis manos entrelazadas con las tuyas hasta que las sombras de la noche nos adviertan que es tiempo de volver a casa.

Bebé, no te escribo más porque acaba de llegar un *carechimba* a joderme la vida. Estoy soltando este lapicero porque le voy a dar su poco de puños para que sepa que “el que está quieto, se deja quieto”, pues él sabe que estoy en mis celdas, en mi *parche*, y que soy un tigre que en la selva nunca lo han acorralado.

Por eso lo voy a joder bien feo. *Chao...*

DURO DE TRASLADAR II

Grimoaldo Arrieta



Todo parecía un sueño, bueno, una pesadilla, otra vez el sentimiento de impotencia se apoderaba de mi fatigado, ultrajado y humillado cuerpo. La espesa niebla no dejaba ver los rostros de los tantos desventurados, y creo que era mejor así, para no llevarse la imagen triste de los pocos amigos que tenía.

El traslado no fue un aliciente: Arrieta Gutiérrez de nuevo en la lista. Era inaudito pero así era. Lo tomé con tranquilidad, pues el dolor y las penas son los tatuajes que siempre llevo. No sabíamos a dónde íbamos, tampoco me atreví a preguntar. El alba mostraba los primeros rayos de un sol esquivo, nadie hablaba, pero yo lo hacía conmigo mismo.

El contraste empezó a notarse, unos viajaban con colchonetas, otros no, de todas formas el lugar era lejano. Al salir del patio rumbo a la última salida me acordé de la infamia nazi, esposados en fila parecíamos animales de circo. Al divisar el bus que nos transportaría casi al más allá, leí con ironía el letrero que estaba al lado, decía “Turismo especial 2, lo llevamos al paraíso”. Bueno, eso me sacó una sonrisa pero la verdad creo que nadie lo notó, pues ya tenía la experiencia, y la obligación era darle ánimo a los compañeros así me desangrara por dentro. ¡Tranquilos, de esta salimos!

La claridad empezó a llegar a pasos lentos, tal vez sabía que nadie admiraría sus destellos. Empezaron a embarcarnos en el ómnibus, al “paraíso 2”. Unos hacían chistes sarcásticos, otros completamente mudos y, muchos, con risa fingida, entre ellos yo. Las caras tristes de familiares a la salida hicieron que germinaran lágrimas de mi estéril corazón; no vi cara conocida, fue mejor así. Tanto sufrimiento que le he hecho pasar a la familia me hace sentir un remordimiento que jamás podré olvidar, ni perdonarme. Partimos con rumbo desconocido; la dorada luz que traspasaba el polarizado no lograba despertar la mirada de los cadáveres que añoraban mejor ser sepultados de una vez por todas.

Los tantos kilómetros ya recorridos despertaron las necesidades fisiológicas de cada uno; había un “chichero” que se pasaba de puesto en puesto, pero nadie podía orinar. El nerviosismo y la incertidumbre eran los enemigos número uno de la vejiga. Yo tampoco podía orinar, parecía que tenía una bola de cristal en mi asustadizo miembro, casi no lo encontraba, sumándose que mi compañero de puesto y de esposa, con fama de “marica”, cada vez que trataba de orinar fijaba su mirada en algo que le fue esquivo porque me aguanté mejor dieciocho horas de viaje y de dolor para no pasar *afugias*.

Llegamos a una tierra desértica de esperanzas, de abrazos, de sonrisas. Al fin y al cabo teníamos que volver a empezar. Esa primera llamada que hice a mis familiares me recordó el pasado triste que ya había vivido. Lloré bastante, quizás más que la primera vez; no hablé con mis hijos, preferí no hacerlo para no ahondar más la herida.

A los pocos días comencé a trabajar como bibliotecario pero con la mente puesta en mi tierra: tenía que regresar. La tutela era la única opción y me llené de requisitos. En una salida de setenta y dos horas envié los papeles a mi incondicional esposa. El centro de servicios lo dirigió al Juzgado Primero Promiscuo de Familia de Sincelejo, donde me concedieron la tutela.

El 23 de julio del 2011, a los diez meses y veintiún días, estaba en Sincelejo; mi amigo Rafael me bautizó *Duro de trasladar II*, pues me le había escapado a dos grandes monstruos: Valledupar y Jamundí.

LA HISTORIA DE PALITO

Jorge Eliécer Anaya Barrios



En la vida de la calle suceden casos como en las cárceles y, en la calle, se encuentran hombres prisioneros en sus corazones.

Palito era un muchacho agresivo, atracaba sin tener compasión. Lo agarraron por primera vez pero no le encontraron nada y lo soltaron porque tenía que mantener a su esposa e hijos. Volvió a sus andanzas, lo agarraron otra vez, le encontraron pruebas y lo enviaron a la cárcel.

Al llegar, Palito se envició en las drogas. Vendía lo que tenía: útiles de aseo, ropa, cualquier cosa para conseguir su dosis personal o cigarrillos. Era un chico muy responsable con sus compañeros de celda, y se ganó el cariño de muchos pero a algunos les producía envidia. Sin embargo, con el tiempo, Palito les robaba y vendía sus cosas, y esto le originó problemas. Tuvo una pelea con unos compañeros por “la corta” y unos cigarrillos, y pidió un desayuno de más. En la mañana del domingo se levantó como siempre, agradeciendo por todo, pero a un compañero no le agradó su forma de ser. Lo invitó a pelear y se enfrentaron a cuchillo. Palito se logró llevar a uno, pero le pegaron una puñalada y empezó a perder la vida.

Palito llegó aún con vida al hospital. Llamaron a su esposa y a su madre; les comentaron lo que pasó, pero ellas no creían en nada

y estaban aterradas por lo sucedido. Palito decía sus últimas palabras con mucha ansiedad: “cuiden a mis hijos, a mi esposa y a mi madre, que los quiero mucho”. Esos fueron los últimos suspiros de Palito en la vida.

LA CAPTURA

Mónica María Ruiz Lopera



Otro día más lleno de nostalgia, de emoción, unas veces triste, unas veces alegre. Son las tres de la madrugada me despiertan las gotas de lluvia que caen sobre el techo de la fría celda en la que me encuentro. Abro los ojos y como es costumbre desfilan los recuerdos como una película por mi mente. Me sumergí tanto en esas ideas hasta que el sonido de las llaves de la guardiana Paola, abriendo la reja, me trajo a la realidad.

Inmediatamente empiezo mi rutina diaria, me baño con esa agua fría de la alberca de concreto que se encuentra en ese pequeño patio. Luego, agarrar traperos y escoba y hacer el aseo del comedor común donde pocas somos las que lo usamos. En seguida se escucha el grito de varias mujeres invitando a hacer la fila para recoger el desayuno. Nuevamente regreso a mi celda y me acuesto sobre el camastro a pensar ya que esto es lo que más se hace en estos lugares. Entonces, es cuando vuelven a mi memoria las imágenes de toda esa película vivida unos años atrás.

Era el mes de agosto del año 2008. Me encontraba en mi casa reunida con mis hijos a eso de las once de la mañana. Mi amiga María Claudia me llamó a mi celular. Me dice:

—Hola, niña, ¿dónde te encuentras?

—Estoy en casa —le respondí.

Ella, emocionada, me dice:

—No te muevas, voy para allá.

En estos momentos mi amiga se encuentra en este lugar, en un pasillo diferente al mío pero, al igual que yo, sola, en una fría celda dando rienda suelta a sus ideas. A eso de diez minutos llegó a mi casa en una moto muy elegante. Me saludó con un beso en la mejilla como era costumbre. Hablamos durante unos treinta minutos. Planeamos ir a casa de Jesús, un amigo, no sabiendo que íbamos rumbo a un abismo donde perderíamos todo.

El 23 de noviembre del mismo año celebramos mi cumpleaños, compartimos con otros amigos llegados de otras ciudades, tomamos, bailamos, degustamos una rica comida, bromeamos, nos reímos mucho y ella y yo ni siquiera nos imaginábamos lo que se nos avecinaba.

Julia Corpas, una compañera de patio, grita:

—¡Llegó el “gambao”!

Así se le llama en algunas cárceles a la comida. Vuelvo a la realidad, comenzamos todas a hacer la fila con plato en mano para recibir la pequeña ración de alimento. Mientras espero recuerdo el 27 de noviembre que amaneció frío y oscuro. Ese día habíamos quedado de encontrarnos nuevamente pero no fue posible por la lluvia. Me quedé en mi casa como de costumbre. A las siete de la noche sonó mi celular, miré el *display* y me di cuenta que era mi amiga María Claudia. Esa llamada no fue nada agradable, pues ella muy nerviosa me dijo:

—El CTI llegó a recogerme con una orden de captura.

“¿Mierda nos descubrieron?”, pensé. Sin palabras y nerviosa le dije:

—*Ok*, voy a conseguir un abogado, no me apagues el celular.

En ese comedor que pocas usamos trato de comer pero no siento ganas. Desde que me encuentro en este lugar el apetito ya no me acompaña, prefiero recostarme y seguir pensando en lo que ha sido mi vida.

En mi moto, bajo la lluvia, salí. Me acerqué a un SAI a hacer varias llamadas. Entre esas llamé a Carlos, el abogado, pero no se pudo hacer nada, sólo nos quedaba esperar a que amaneciera.

Llegué a mi casa nerviosa, descontrolada, sin ideas en la cabeza. No pude dormir, fue la noche más larga de mi vida. Le marcaba a María Claudia al celular una y otra vez pero sonaba apagado. Entonces, pensé que las autoridades se lo quitaron. Después de una noche de insomnio, me levanté temprano con ganas de salir corriendo y buscar ayuda, pero, ¿a quién? Transcurridas unas horas llegó a mi casa un carro plateado con tres personas muy elegantes y muy educadas. Se dirigieron a mí, “hola, buenos días”, yo, nerviosa y tratando de sonreír, les contesté el saludo. Uno de ellos ya era conocido, pertenecía al cuerpo técnico de la Fiscalía. Una simpática mujer y otro hombre lo acompañaban; inmediatamente me imaginé que venían por mí, pues María Claudia y yo estábamos juntas en todo.

Efectivamente me dijeron que los acompañara mostrándome una orden. Sin medir palabras me fui con ellos hasta las instalaciones del CTI de la Fiscalía en donde mi amiga y yo nos reunimos.

Para esos meses yo tenía una mala situación. Vivía en alquiler con cinco hijos que mantener y, además, desempleada. Lo que pasa es que en la ciudad es difícil conseguir empleo, más cuando no lo conocen a uno. Mi única alternativa era aceptar las propuestas de Jesús. Todo lo pinto tan fácil y sencillo, pues analizando bien yo no tenía nada que perder ni tampoco María Claudia.

Para hacer el “trabajo” nos reunimos con el grupo, algunos de ellos con cargos altos, como el rector de un colegio, uno de ellos escalafonado en el grado 14, y también había un periodista dedicado a falsificar documentos. Había un comisionista que se las sabía todas, mejor dicho estaba el equipo completo. Claro está que ellos nos hablaron con la verdad desde que nos conocimos.

La propuesta del rector y sus compañeros era tentadora a simple vista, se veía fácil y poco riesgosa para nosotras. La idea era asumir cargos públicos sin pertenecer a ellos. Además, nos informaron que no éramos las primeras en hacerlo, que ya muchas personas lo habían hecho y no pasaba nada. El acuerdo con ellos era 50 por ciento del valor producto de cada negociación, el cual nos dio buenos dividendos, lo que hizo que nos metiéramos más en el cuento. La ambición fue nuestra mejor compañera.

Al salir de esa reunión donde aceptamos negociar con ellos fuimos a mi casa para ultimar detalles. Hablamos de los posibles

riesgos de dichas negociaciones, pero pensamos que si ellos exponían sus trabajos y trayectorias laborales, era porque no había nada que temer. Nos dedicamos a aprender nuestra nueva identidad, pues íbamos a hacer nuestro primer negocio al día siguiente y no queríamos error de ninguna especie.

Ese viernes madrugamos más que de costumbre, nos sentíamos emocionadas. Al fin, después de tanto tiempo de necesidades, tendríamos un buen dinerito en nuestras manos. A eso de las nueve de la mañana nos reunimos con Nando, el comisionista, quien nos dirigió hasta las oficinas de la Cooperativa donde entramos a negociar. Lo que teníamos que hacer era el trámite de un documento, cambiar un cheque y cambiar un bono, todo por grandes sumas. Las cosas estaban de nuestra parte. Y todo salió perfecto, increíble. Eran las once de la mañana y ya teníamos el dinero en nuestras manos. Salimos y repartimos como era el acuerdo con nuestros compañeros. Y a este negocio le siguieron otros y otros.

Nuestra vida dio un giro de ciento ochenta grados porque el dinero lo invertía en mis hijos. El cambio se notaba desde lejos, mis deudas se fueron. Ya podía sentarme en mi casa y compartir con ellos sin necesidad de esconderme de nadie. Nunca más me cortaron los servicios; la nevera de mi casa que era un TITANI (la llamaba así porque sólo tenía agua), por fin la llené de frutas, carne y verduras. Mi amiga, al igual que yo se encontraba endeudada; ya se le notaba el cambio, ya sonreíamos y ya no teníamos necesidad de buscar deudas. Como era de esperarse, las cosas se cayeron por su propio peso y en menos de noventa días todo quedó al descubierto.

EL TRASLADO

Mayra Hernández



Después de haber pasado un día de preocupación, angustias, nerviosismos y raquetas por parte del GRI, llegó la noche, pero esta era diferente. Desde que pasó la contada como a las cinco de la tarde, y nos encerraron, el ambiente se sentía pesado.

Acostumbrábamos a escuchar música y a formar alborotos en el patio interno. Bailábamos entre nosotras mismas, pero ese día fue la excepción, muy pocas hablaban, no hacían ningún comentario, pues ya habíamos escuchado rumores de que había traslados. Aún así yo quería pensar que solo era eso: un rumor.

Cogí el pote con el jabón y la toalla y salí al patio a bañarme al lado de la alberca. Miré al cielo, no había luna ni estrellas, más bien brisaba como anunciando un posible aguacero. Al terminar entré a la celda, subí a la *plancha*, una compañera prendió el televisor y me entretuve mirando el programa del *Desafío*, que estaba en su mejor momento. Así, poco a poco, el sueño se fue apoderando de mí. En las demás compañeras había un silencio total cuando ya iban a ser las diez de la noche. Escuché el ruido de la reja que siempre al abrirla golpeaba la pared; al mismo tiempo que escuchaba voces, pasos fuertes y acelerados: era el GRI. De nuevo se había metido a la reclusión.

Entraron muchos, como animales arrancaron los cables de los teléfonos y con arrogancia ordenaron que todos saliéramos al patio. Otra vez, y con más razón, la incertidumbre y los nervios se apoderaron de cada una de las internas que allí estábamos, más aún cuando Rakela, la teniente del GRI, sacó unas hojas y dijo:

—Las que voy a llamar en esta lista son las que se van de traslado.

Nos mirábamos las unas a las otras y nadie decía nada, solo esperando el golpe de irse o la suerte de quedarse. Así que empezó a llamar una por una, hasta que pronunció mi nombre, “Mayra Hernández”, y sentí un frío que recorrió en un segundo todo mi cuerpo. Se me hizo un nudo en la garganta. Respiré profundo y quise tratar de controlarme, pero era inevitable sentirme triste. Ya a varias de mis compañeras las había invadido el desespero y el llanto, ya que este traslado significaría alejarnos mucho más de nuestra familia. Me parecía un atropello, pensé que si aquí había una cónsul de derechos humanos, una trabajadora social, una psicóloga, que conocían a fondo las hojas de vida de cada una de las internas, cómo podían permitir que nos hicieran esto. Fueron muchas las cosas que me pasaron por la mente, porque en seguida, la orden del GRI fue sacar tres mudas de ropa y echarlas en una bolsa que sería la nueva maleta.

Quise meter en la *Biblia* fotos de mi hijo y algo de maquillaje pero no me dejaron. Me llevé fue el primer regaño: una de esas guardianas me dejó claro que no íbamos para ningún paseo, “se les acabaron las comodidades”, dijo, “pasen al pasillo y esperen”. Sin saber a dónde nos llevaban no teníamos otra opción más que esperar la madrugada para empezar el viaje. La tía Alba, una compañera de las que se quedaba, hizo mucho café como a la media noche para darnos y así tratar de tranquilizarnos, como si estuviéramos en un funeral. Bueno, era que eso parecía. Lágrimas y llantos de la una y la otra. A las tres de la mañana nos sacaron ya esposadas, reseñadas y listas para subir al bus. En ese momento sentí que eso sí era como un castigo, no tanto por estar presa, sino por alejarme de mi familia. No me parecía justo. Al estar ya en el bus quise abrir la cortina y mirar la calle, la nostalgia era inevitable pero nuevamente una guardiana me gritó, y dijo:

—¡Cuidadito con eso, no se les ocurra abrir las cortinas ni pararse del puesto porque les irá muy mal en el viaje!

Agaché la cabeza y no le contesté nada. Pero sentí odio hacia esas guardianas y, mejor, volví a recordar a mi hijo. En el transcurso del viaje empezamos a sentir hambre, sed, mareos, vómitos, ganas de ir al baño pero todo era horrible. No nos daban nada, ni de comer ni de beber. Como a las dos de la tarde nos dieron unos frijoles agrios y cuando abrimos el portacomidas la que no había vomitado con eso tuvo para hacerlo. Al baño sí podíamos ir pero estaba cagado y no había agua para echarle, pero así nos tocaba usarlo, no había de otra. Con todo eso se me bajó la presión, sentía que me dolía todo, pero claro el dolor más grande era el que llevaba en el corazón. Otra compañera se desmayó y ni así le quitaron las esposas. Era demasiada rabia e impotencia, pero teníamos que seguir aguantando. Sólo le pedíamos a Dios que por favor llegáramos rápido a donde fuera que nos llevaran y que se acabara tanta humillación.

Así pasamos doce horas y media de viaje, en ese asqueroso bus que olía a todo, menos a bueno. Hasta que llegamos a la cárcel El Pedregal de Medellín, Antioquia, todas vueltas mierda, trasnochadas, los ojos hinchados de llorar, demacradas por el hambre y la sed, el corazón affigido, la moral por el piso. Llegábamos a una ciudad en donde no conocíamos a nadie, prácticamente tiradas al abandono y a nuestra propia suerte. Todo gracias al INPEC que siempre quiere hacer con nosotros lo que se les da la gana.

Estando ya en El Pedregal volví a ver a Rakela que se acercó y escuché nuevamente sus palabras, cuando dijo:

—Aquí las dejo, muchachas, van a estrenar cárcel, que les vaya muy bien.

Dio la espalda y se fue. Pude entender que ese fue el único interés por parte del INPEC al trasladarnos: estrenar y llenar cárceles nuevas y como a esa le caben más de mil mujeres, pues no sabían ni de dónde sacar gente para llenarla, sin importarles a cuántas madres nos hicieron daño, rompiéndonos por completo la unidad familiar.

MANOS NEGRAS

Mayra Hernández



Eran las cinco y treinta de la mañana y de acuerdo a la rutina diaria entró la guardiana Estefanía con su pito haciendo bulla. Yo estaba un poco entredormida cuando sentí el golpe de la reja que al abrirla pegaba a la pared. Era la odiosa Estefanía, con su petulante voz, diciendo:

—¡Levántense a bañarse, cochinas! La que me salga a recibir el desayuno en pijama y sin bañarse ya sabe cuál es el castigo: ¡una o dos semanas lavando los baños!

Me paré en seguida y le dije a Lisa, una compañera de celda:

—¡Eche, ésta vieja *hijueputa* sí que jode!

Me sentía un poco mal, pues había pasado una mala noche. Ese día cumplí tres años de estar presa y solo pensaba y pensaba en lo mucho que me faltaba todavía. En la madrugada había llovido mucho y algunas de mis compañeras que dormían en colchoneta por los pasillos, corrían de un lado a otro buscando un lugar donde no se mojaran. La fuerte brisa hacía meter el agua por todos lados y con esa *tronadera* a cualquiera se le espantaba el sueño. Volví a escuchar a Estefanía que con el bolillo golpeaba las puertas, “¡pilas, pilas, a bañarse!”. Me senté en la *plancha* y como lo hacía de costumbre,

me vi en el espejo y me recogí el cabello. Luego me asomé por una pequeña ventana y vi que todavía estaba lloviendo, hacía frío como para quedarse durmiendo un rato más; pero con esta tigra, ¿quién lo hacía? Sentí rabia y una vez más, después de tanto tiempo, dije, mirándome al espejo: “Señor, sácame de aquí, ayúdame, ya está bueno tres años, soy muy joven, no merezco seguir aquí Diosito, ¿por qué permitiste que conociera a Camilo y que me enamorara de él?”.

Camilo era un tipo santandereano. Cuando yo lo conocí tenía veintiséis años, medía como un metro setenta de estatura, de piel blanca, tenía buen cuerpo y una cara divina, patillas alargadas, cejas pobladas y encontradas, labios gruesos y una mirada muy coqueta. Y con esos ojos miel ponía nerviosa a cualquier jovencita que lo mirara. En fin, era muy atractivo. A él lo conocí para unas fiestas del Carnaval de Barranquilla; para ese entonces yo tenía dieciséis años y cursaba el grado once en el Liceo Moderno de Soledad, Atlántico. Richard, un amigo que conocía hacía ya mucho tiempo, me dijo una noche que pasó por mi casa en una moto:

—Mayra, consíguete unas amiguitas para que salgamos mañana a la Batalla de las Flores con unos amigos que vienen de Bucaramanga.

—Listo —le dije—. Después te llamo y te confirmo.

Empecé a invitar a mis amigas y terminé convenciendo a María Angélica y a Luz Dary. Las tres éramos muy bonitas y hasta menores de edad. Al día siguiente llamé a Richard muy temprano y le dije que estábamos listas, que nos encontraríamos a las nueve de la mañana en Metrocentro, cerca al Estadio Metropolitano. Me quedé un poco sorprendida cuando vi a Richard llegar en una camioneta Cherokee, verde oscuro, vidrios polarizados y con un equipo de sonido espectacular. El fuerte sonido de la música llamó la atención de las personas que se encontraban en el lugar, todos volteaban a mirar. Por uno de los vidrios de la ventana que estaba abajo, Richard me llamó con la mano. Nos acercamos y en seguida nos pidió que subiéramos. Había dos hombres más, y estando ya acomodadas Richard nos presentó a sus amigos. El que manejaba era el papacito de Camilo, el otro era Fabián que para hacernos reír de salida nos dijo que era muy conocido con su alias *La Zorra*, creo que porque era muy flaco.

Así empezó el paseo. Muy poco hablamos en el recorrido que hicimos por la ciudad por lo de la música. Ya después de haber pasado la Murillo, entre la carrera 46 y la calle 72, buscamos un parqueadero cerca a la vía 40 para dejar el carro y luego caminamos varias cuadras. El ambiente era muy bueno. Camilo empezó a hablarme y así llegamos hasta los palcos, donde nos ubicamos. Él disfrutó mucho de la famosa, tradicional y colorida Batalla de las Flores. Bailamos, tomamos cervezas, jugamos con maizena, espuma, vimos comparsas, carrozas, reinas, muchos artistas famosos. Todo era *full* divertido y “como quien lo vive es quien lo goza”, nosotras nos lo gozamos al máximo. Mis amiguitas estaban felices por esa invitación que les había hecho.

Terminado el evento le pedí a Richard que nos llevara a la casa. Ya era casi de noche y nos invitaron a comer y luego nos llevaron. Claro, nos bajamos unas cuadras antes para que los vecinos no nos vieran llegar en esa camioneta que seguía con la música a todo timbal. Camilo me había contado que había sido campeón de sonido sobre ruedas en Barranquilla y Medellín. Richard y *La Zorra* se bajaron a despedir a María Angélica y a Luz Dary. Yo fui la última en bajarme. Al despedirme de Camilo me agarró la mano y me pidió que le diera mi número de celular.

—Richard lo tiene —le respondí—, *chao*.

Se acercó, me apretó y me dijo: “regálame un beso”. Quise esquivarlo pero igual lo hizo. Me solté y me bajé en seguida, un poco nerviosa. Me despedí rápido de los otros *pelaos* y nos fuimos. Al día siguiente como a eso de las diez de la mañana estaba en mi casa cuando me llamaron a mi *celu*. Desconocía el número, pero igual contesté. Era Camilo. Me emocioné, la verdad, porque era evidente que me gustaba. Hablamos, me dijo que me invitaba para Puerto Colombia, que allá también había fiestas y que convidara a las *peladas*. Para mí no era tan difícil salir porque vivía con mi hermano y su esposa. A ellos también les gustaban *full* las fiestas y más el Carnaval, y a mí pues ni me paraban bolas. Le dije a Camilo que me llamara al ratico. En seguida, busqué a mis amigas. María Angélica de una me dijo que sí. Luz Dary no pudo salir porque la habían regañado.

Ese día en Puerto Colombia la volvimos a pasar *bacanísimo*; con Camilo besitos iban y venían, me consentía y me gastaba de todo. Así seguimos saliendo, paseando. Camilo empezó a presentarme a

sus amigos como su novia, y yo encantada con ese *tipazo*. Me recogía frecuentemente en el colegio en carros diferentes, me regalaba muchas cosas y en el colegio era la envidia de todas mis compañeritas, que siempre me preguntaban: “¿Y ese *man* qué hace?”. Yo les decía que era comerciante porque eso era lo que él me decía. Así duramos el resto del año.

Apenas me gradué de bachiller me propuso trabajar, me contó que él tenía varias muchachas trabajando y que les iba súper bien, que dejara de estudiar por un tiempo, que vería que no me iba a arrepentir. Así que me propuso el famoso trabajo de *mula* y, al principio, me asusté. Pero él me convenció y, con la ayuda de Richard, sacó un apartamento en arriendo, lo amobló y me pidió que me fuera de la casa, para que mi hermano no se enterara de nada. Creo que lo hice más por enamorada que por querer trabajar, pero me fui.

Luz Dary, en esos días, tenía problemas en su casa, y yo de cierta forma la involucré en el cuento. Le dije que se fuera a vivir conmigo y que trabajáramos juntas, que nos iría muy bien. Le expliqué que el trabajito se trataba de transportar cocaína a Bogotá, Maicao, San Andrés Islas, o fuera del país. Así que las dos empezamos a viajar a diferentes ciudades. La pasábamos súper bien, salíamos de compras, al fin teníamos todo lo que queríamos: ropa de marca, reloj, motos, y hasta una casa le mandé a hacer a mi mamá.

Luz Dary resultó ser más ambiciosa que yo: empezó a viajar a Panamá y a otros países. Camilo y sus amigos se encargaron de tramitarle toda la documentación necesaria. Hasta que un día la capturaron saliendo del aeropuerto Rafael Núñez de Cartagena. La visité varias veces en la cárcel de San Diego, en Cartagena, y le hacía llegar todo lo que necesitara, porque me sentía culpable. Pero unos meses después dejé de ir, pues resulté embarazada y ya las cosas no eran igual. Lo cierto era que yo me sentía muy sola sin mi amiguita y con Camilo las cosas no eran igual, aunque seguí en el cuento, pero ya no de mula. Empecé a acompañar a Camilo a sus viajes y a sus vueltas; recogía la mercancía en camiones con ganado en Planeta Rica, Montelíbano, Caucasia y otros pueblos y, luego, hacía la entrega en otras partes del país.

Meses después tuve a mi bebé Sebastián, hermoso, físicamente igual a su papá, pero desafortunadamente después de que cumpliera

su primer añito me capturaron en una de esas vueltas grandes, con bastantes kilitos. Ese día Camilo estaba por el Norte de Santander; y como yo era de toda su confianza, y conocía a su gente, estaba a la cabeza de ese negocio. Al estar ya tras las rejas, empecé a llamarlo porque estaba desesperada. Camilo sólo me decía que me tranquilizara, que esas cosas tarde o temprano pasan y que yo lo sabía, que más bien tuviera mucho cuidado con lo que fuera a declarar. Y eso fue todo.

Después ya ni me quería contestar. Entonces, ya no pude comunicarme más con él, hasta cambió el número del *celu*. Creo que pensó que tal vez lo iba a delatar, pero no fue así. Primero porque en estos negocios hay que ser muy serio y, segundo, porque lo amaba y era el padre de mi hijo. Me allané a los cargos y al mes me condenaron. Siempre pensé que él aparecería en cualquier momento y que me pagaría un buen abogado y me sacaría de aquí. Pero eso nunca pasó. Camilo se olvidó de mí y también de nuestro hijo, que ahora está al cuidado de mi hermano mayor y mi cuñada. Ellos tuvieron una bebé y le pusieron mi nombre, Mayra, creo que lo hicieron por mí porque me quieren mucho y me extrañan.

A Sebastián tengo dieciocho meses que no lo veo. Mi cuñada no es que le guste mucho traérmelo, pero lo veo muy seguido en fotos que me hace llegar por Servientrega. Hablo con él por teléfono, nunca me dice mamá, sino Mayra. Me cuenta que tiene una hermanita que se llama como yo, que los dos van al jardín a estudiar y a mi hermano le dice papá, ya que su verdadero padre no volvió por Barranquilla, o tal vez sí, pero no a mi casa.

En estos tres años yo tampoco lo he visto, pues nunca me ha visitado, pero un día que cumplía años me llamaron a la guardia a recibir una encomienda de Servientrega. Era de Camilo: me mandó una grabadorcita y unos *Cds Mp3* de Silvestre *Dangón*. Él sabía que esa era mi música favorita. Parece irónico pero nunca pude escuchar los *Cds* porque el muy desgraciado ni siquiera se fijó que la grabadora no leía *Mp3*. Entonces, la regalé y los *Cds* los tiré a la basura.

Ahora ya ni le guardo rencor, creo que aprendí la lección. Me he arrepentido demasiado de haber dejado mi casa y mis estudios, por ambiciosa, por haberme dejado deslumbrar por una cara bonita, un buen carro y una buena billetera que gastaba de todo. También he aprendido y he conocido mucho de Dios, solo que no puedo evitar

no pensar en él cada vez que me despiertan a gritos con pitos o con insultos, o cuando me regañan o castigan, como hoy. Y todo por querer dormir un ratico más.

SEPTIEMBRE 6 DE 2011

Milena Granados



Estamos en el mes del Amor y la Amistad, donde todo huele a rosas, a peluche, a papel regalo, donde todo es amor. Las parejas en los parques se besan y yo aquí en estas cuatro paredes con el bullicio de mis compañeras.

—¡Cállense que estoy escribiendo! —les grito.

Recuerdo cuando en estos días jugaba al amigo secreto pero ahora aquí, sola en el alma, estoy pagando errores del tiempo pasado. Hoy tengo ya un año y un mes de estar privada de la libertad. Recuerdo un osito que me regaló mi novio. Ahora me tiene que visitar acá dentro, donde todas lo miran, donde tiene que hacer largas filas para verme. Ahora me doy cuenta que él es el hombre que siempre he amado.

Van a cerrar los pabellones, ya son las seis de la tarde en el centro penitenciario El Buen Pastor de Barranquilla. Leo un buen libro y recuerdo cómo mis hijas juegan, igual que los niños del libro.

Estoy en esas cuando llegan dos hombres y una mujer.

—Recoja sus cosas que va a ser trasladada —dicen.

Me acuerdo tanto de esos paseos, cuando estaba niña, con mis tías, cuando viajábamos en las noches con las luciérnagas haciendo

su danza de la noche. Pero eso no era un paseo, era un traslado a una cárcel de máxima seguridad.

—¿Adónde me llevan, dígame? ¿Señorita, dígame a dónde me llevan? Por favor, ¿díganme?

En esos momentos me sentí muy asustada.

—Por favor, muchachas, cállense que estoy escribiendo —les vuelvo a decir.

Ya habrán venido a buscar a la anciana que se le baja la presión para llevarla al médico. No comprendo cómo pueden meter tras las rejas a una abuelita. La señorita me dijo: “va para la cárcel La Vega, en Sincelejo”. ¿Dónde es eso? ¿Dónde queda? Qué pregunta tan estúpida pero eso es todo lo que hacen los nervios. Por fin estoy aquí en Sincelejo, luchando con mis compañeras para que hagan silencio y apenas con un mes de estadía.

Recuerdo que cuando niña dormía en el suelo con mis hermanos, a la espera de que mi padre llegara con comida. Cuando llegaba mi papá, borracho, sin plata, ni comida, me sentía desesperada y el hambre desaparecía. Me acuerdo tanto de todo eso porque ahora he sentido la misma desesperación: me olvido de los alimentos pero lo más hermoso es que septiembre es un mes para estar feliz en el amor y la amistad y ahora estoy bien porque, pronto, voy a estar otro septiembre en el mundo exterior, riendo con mi familia y anhelando los gritos de mis compañeras que cuando se ponen a ver telenovelas no dejan de hablar.

AMOR QUE NACIÓ ENTRE REJAS

Carmen Cecilia Gutiérrez Martínez



Llegaste un día a esta prisión, donde yo como reclusa vivía. En un mundo muerto nos conocimos en tu pueblo. Continuamos con nuestra amistad aquí, nos fuimos día a día hundiendo en un mundo de amor, necesidad y confianza. Tu llegada le dio luz a mi oscuridad, despertaste en mí todas las emociones que en mi corazón y piel dormían. Eres alegría en mis tristezas, eres la fuerza que me levanta y el dulce sueño que me duerme. Eres todo en esta prisión: la fuerza, la debilidad, la paz, el olvido, la sonrisa, el dolor. Eres la razón de ser, eres todo y nada en mi vida.

Pero como lo bonito no dura y la condena se cumple con dolor, despierto a la realidad. No puede ser más que un bello sueño y, por obligación, me toca despertar: amarte a ti fuera de esta prisión es condenar al sufrimiento lo que más amo, lo más importante en mi vida: mis hijos. Por lealtad, más no por amor y hablo de ese amor que dejan los años, sin pasión y deseo, me toca continuar llevando esa cruz en mi corazón, y arrastrarla con mi cuerpo al seguir viviendo al lado de un hombre que no amo. Por el amor a mis hijos, quienes no soportarían verme felizmente separada de su amado padre. Se acerca el día y la hora de mi libertad y cuando ese momento llegue, aquí te quedarás con mi amor, entre rejas, muros y candados.

Tendrá que morir mi amor prisionero, porque en mi mundo de libertad no puedes vivir, porque eres mi amor prohibido, y por eso lo encadenaré a mi recuerdo y corazón para que de ahí no salga y me delate y le haga saber al mundo que te amo, que sólo en esta prisión amándote fui feliz, pero que nunca más como mujer lo volveré a hacer.

Amor de mi vida, prisionero: viviré de tu amor en silencio hasta que muera.

TULUÁ



WALTER MONDRAGÓN LÓPEZ
DIRECTOR DEL TALLER

LA MEJOR PARTE DE MI VIDA

Viviana Marcela Vélez



Bueno, la historia de mi vida es grande y, la verdad, es solo una parte la que voy a contar. Soy una mujer de treinta años de edad y diferente a las demás, pues mi gusto sexual son las mujeres, pero en mi adolescencia nunca pude disfrutar de ello porque me sentía acomplejada por sentir atracción por las personas de mi mismo sexo. Pensaba que estaba equivocada respecto a mi sexualidad.

El tiempo fue pasando y cada día iba comprendiendo que no estaba equivocada, pero las circunstancias no me permitían disfrutar de mi verdadera sexualidad, puesto que me daba mucha vergüenza con mi familia, pues soy la mayor de mis hermanas mujeres. Así que sentía que tenía que darles ejemplo. Mi madre me decía que por qué no me conseguía un novio. Entonces, yo le contestaba como excusa que aún no estaba en edad de tener un novio o, más aún, que todavía no estaba preparada para afrontar una relación. A la final con tanta *insistidera* por parte de mi madre me decidí.

Mi novio era un poco mayor que yo pero eso no era ningún problema, puesto que siempre me han llamado mucho la atención las mujeres mayores. Cuando llevaba aproximadamente dos meses de noviazgo él me propuso que nos fuéramos a vivir juntos. La

verdad, yo no sabía qué hacer (me encontraba entre la espada y la pared), porque, por un lado, no quería que mi madre se sintiera decepcionada de mí y, por otro lado, sentí que si aceptaba irme a vivir con él, tal vez iba a ser completamente infeliz porque, lógicamente, creía que no me iba a sentir bien con él en la intimidad. Pero yo pensaba más en la vergüenza de mi familia que en mi propia felicidad. Así que acepté irme a vivir con él.

La relación fue muy buena en cuanto al trato y a las cosas materiales. Aunque, siendo sincera, en la intimidad no sentía ni el más mínimo placer. Y, sin embargo, con eso y todo tuvimos nuestros hijos. La verdad, pienso que los hijos son el cimiento de toda relación. Con él tuve cuatro hijos, dos varones y dos niñas. La relación fue muy buena porque era un excelente padre y, ante todo, un excelente esposo, de modo que a pesar de mi realidad tal vez sentía que no me había equivocado al escogerlo, aunque él fuera mayor que yo. Y como dice el dicho, no hay felicidad completa. Él trabajaba en la empresa Colombina, donde laboró durante dieciocho años. Un buen día alguien le hizo la propuesta de un viaje, y la verdad, él se sentía muy animado con el mismo. Así que una tarde, cuando llegó de su trabajo, decidimos reunirnos a conversar y me comentó que quería retirarse de la empresa para realizar el viaje, diciendo que lo hacía era por los niños y por mí. Y como decidimos que así iba a hacerse, él renunció y emprendió su viaje. Con lo que yo nunca conté era que él se iba a olvidar de mis hijos y de mí, pero lamentablemente así sucedió. Él viajó en el 2000 para España, hace once años, y sólo se acordó de nosotros los primeros meses de su estadía allá, y nunca más volvió a comunicarse con nosotros.

Decidí entonces continuar con mi vida y hacer lo mismo que él hizo con nosotros: olvidarlo. Con el pasar de los días conocí a una amiga muy interesante. La muchacha de pronto empezó a fijarse en mí y, la verdad, no me era indiferente porque me gustaba mucho. Decidí, entonces, darme una oportunidad con ella y tuvimos una relación muy bonita, empezando porque con ella, aparte de poseerla muy bien, empecé a descubrir que estaba equivocada respecto a mi sexualidad. Por eso nunca más volví a tener relaciones sexuales con ningún hombre y, hoy por hoy, puedo decir que soy feliz porque tengo unos hijos a los que amo con toda mi alma y todo mi corazón

y, además, tengo la oportunidad de estar con la persona que verdaderamente me da felicidad íntima.

Bueno, esto es sólo una parte pequeña de mi vida, pero creo que ha sido la mejor, porque confirmé que las mujeres, aparte de ser la más bella creación, son las que verdaderamente me hacen feliz, y creo que nunca renunciaré a ellas. Ellas, con sus defectos y virtudes, son unos seres demasiado importantes y necesarias para nuestras vidas, tanto como madres, hermanas y, sobre todo, como nuestras mujeres.

Mil bendiciones para todas las mujeres del mundo.

EL MIEDO RECURRENTE

Víctor Ordóñez



Dicen que cuando soñamos revivimos algo ya pasado o visualizamos sucesos que aún no han acontecido, y que reflejan una realidad o algo simplemente perteneciente a los anhelos o caprichos del sujeto.

Muchas veces he soñado cosas malas. En mis sueños me he encontrado en situaciones de riesgo donde me rodean personas ya conocidas y otras desconocidas que atentan contra mi vida. Muchas veces he tenido un mismo sueño recurrente y pesado, donde me encuentro en medio de seres peligrosos, con muchas armas que no hacen sino esperar que llegue el momento para aniquilarme. En esas ocasiones me aferro mucho a Dios y, en medio de la confusión y el desespero que se siente al saber que te van a fusilar, despierto. Y me lleno de nervios, ¡tiemblo de miedo pensando que esto me va a suceder! Vuelvo a calmarme e inicio el sueño tratando de olvidar este horrible tormento. Yo pienso mucho en mi familia: madre, esposa e hijos, pero sueño de nuevo cosas peligrosas, incluso con personas muertas y me asusto y lleno de angustia pero, siempre en mis sueños, encuentro en mi adorada esposa mi salvación. Yo sueño y pienso que ella sale y aparece como un ángel de la guarda, que me rescata y protege cada día, dándome moral.

Como digo mi sueño se repite consecutivamente, con algunas variaciones, pero siempre es el mismo. La pesadilla consiste en que me encuentro en un lugar de la selva, que estoy huyendo de personas que me van a atacar, que llevo en mi poder un arma (fusil) que no alcanzo a usar porque, tal vez, es un arma producto de la imaginación. Llego a un lugar ya conocido para mí, cerca a la finca de mi padre, donde se me atraviesan varios sujetos armados y me retienen apuntándome fijamente; parece ser que son soldados o un grupo al margen de la ley. Me están apuntando y luego llega un comandante de ese grupo ya conocido para mí, pues es un compañero de “patio” y de estudio y, en realidad, es una persona que perteneció a grupos insurgentes. En el sueño sostenemos una *conversa*, donde yo le digo que él me conoce, que estudiábamos juntos en la cárcel, y él me contesta, que por qué me asusto, que no me va a pasar nada. Yo me veo temblando de miedo al ver tanta gente armada, me desplazo unos cuantos metros y pienso, en el sueño, “¡pero si siempre tuve un arma prendida de mis hombros!”. Al momento de moverme, para hacer algo, otro personaje me apunta con su arma y me lleva de nuevo ante el comandante.

Cuando me acercan a él, veo pasar por una cerca cercana a un tío de mi madre. Lo veo muy flaco y acabado. Con él va una señora que pareciera colgarle la ropa de lo mismo acabada que se ve. Me acuerdo que yo llamo a mi tío y él me ignora, me mira y luego sigue adelante. Él, en la realidad, ya no vive.

Dije, anteriormente, que en mis sueños aparece mi salvador, sí, porque al sentirme invadido por el miedo y los nervios, pienso mucho en mi esposa a quien adoro y veo que gracias a ella me liberan, no sé cómo y, finalmente, puedo llegar a mi hogar junto a ella.

YO RECUERDO...

Gloria del Socorro Muñoz



Yo recuerdo mi vida desde que tenía más o menos cinco años. Era una niña afortunada que gozaba del cariño familiar. Era muy linda y me sentía el centro, porque también mis otros parientes y los amigos de mi papá me querían mucho. Tal vez inspiraba ese amor de todos porque era la única mujer entre seis hermanos y el que más me quería era mi papá. Todavía me quiere y viene a verme a su edad, ahora que yo ya voy para los cincuenta.

Mi papá tenía una hacienda llamada La Loma. Teníamos trapiche y era ganadera también, aunque la mayor parte la ocupaba la siembra de caña de azúcar. Esa finca tenía una casa grandota en la que había habitaciones para cada uno de los hijos y para los que llegaran: eran quince cuartos inmensos. Eso quedaba en Sandoná, un pueblo del sur, mejor dicho de Nariño. Allá nacimos todos.

Recuerdo que mi padre salía a ordeñar por la mañana y lo primero que hacía era llevarme un vaso espumoso de leche al que le agregaban ruibarbo, dizque para los parásitos. Y también me daban leche de yegua, no sé si es que me veían muy débil o qué, pero sí fue así, eso dio resultado porque me crié fuerte y saludable, aunque

me haya quedado un poco chiquita, pero hasta bueno porque como dicen “vaca pequeña siempre es ternera”.

En esa casa todo era felicidad, era un verdadero hogar y había mucho amor. Recuerdo que todos los compadres de mis viejos, que eran muchos, me admiraban y querían llevarme a pasear. Siempre me atendían muy bien, pues era una niña avispada, de esas que todo lo reparan. Pero todo no ha de ser felicidad porque vino la desgracia para nosotros. Mi madre fue atraída por otro hombre, lo que nos trajo la destrucción del hogar.

Mi pobre madre se enamoró como una tonta de este hombre llamado Eber y terminó abandonando a mi padre. Con ella se llevó a mis dos hermanitos pequeños y a mí. En realidad, éramos cuatro pero cuando ya estábamos en camino, uno de ellos, el mayorcito, se rebeló y gritaba que no se iba y que lo que iba a hacer era contarle a mi papá. Entonces, le tocó dejar a Ramirito. Yo estaba muy niña y no entendía muy bien, y así y todo sentía dolor, de esas cosas que uno intuye que no van bien. Conmigo y mi mamá, y ese señor, se fueron Fernandito que me antecedía a mí y Osquitar que era el menor de todos, por entonces.

Bueno, como se dice por allá, “cogimos las de Villadiego” y fuimos a parar al Ecuador. El señor ese nos llevó a vivir a una montaña donde únicamente había vegetación y animales silvestres. Yo en realidad no sabía dónde estábamos, sólo sabía que ese lugar era lejísimos y no era tan lindo como donde vivíamos, pues la casa era un rancho hecho en guadua sostenida sobre unos palos altos, como ver una casa construida en el mar; pienso yo que eso era porque había peligro de que las fieras se entraran. En ese monte o en esa montaña había toda clase de fieras salvajes. Este hombre solía comprar víveres cada ocho días. A mí me llevaba a veces al pueblo que era Santo Domingo de Los Colorados. Allá veía unos hombres pintados de sapote y tapados con iraca, calvos, o casi calvos, porque se dejaban un capul y la cara se la pintaban con rayas. Eran indios de por allá, salvajes pero mansos. Este hombre sólo compraba víveres porque él se dedicaba a la caza y de esas cacerías traía micos, armadillos, dantas, gures, cusumbos. A veces llevaba culebras o pescaba y traía pescados grandes y bigotudos. En otra ocasión trajo al rancho ese un *animalazo* ya bien criado al que le llamó “Pintadilla”, que era como una mezcla de cerdo y chigüiro; llevaba gusanos de monte muy grandes para comer: fue allí donde probé de cuanto animal hay,

comíamos hasta lechuzas, porque, para qué, el hombre llevaba comida a la casa, podía ser cualquier animal pero nos alimentaba.

No se me olvida un día que íbamos pasando cerca a una cueva de una gurre y la vimos correr a esconderse con sus gurrecitos. También pasaba un río cerquita a la casa donde mi madre iba a lavar la ropa y esa agua era tan cristalina que se veían las piedras: yo nunca he vuelto a mirar en mi vida un sitio así; se veían los peces que eran de colores y las sabaletas, tanto que mis hermanitos aprendieron a pescar con la mano.

Yo sufría mucho. Añoraba el cariño de mis demás parientes y amigos y el amor de mi padre y lloraba mucho. No recibía maltrato del señor ese, pero era duro vivir en esa selva.

Allí vivimos por espacio de ocho extraños meses y llegaron rumores a mi madre de que mi padre nos andaba buscando. Este tipo de una dijo que era mejor que volviera y mi madre decidió volver. Mi padre nos había estado buscando y por andar buscándonos vendió la finca a un ladrón que sólo le pagó una parte.

Cuando mi madre regresó, mi padre nos estaba esperando donde mi abuela.

Ese día él nos recibió bien. Los hijos estábamos felices pero sólo encontramos dos de los hermanos que se habían quedado con mi padre, puesto que mi padre había mandado para el Putumayo a mi hermano mayor. Ese día no pasó nada más, tal vez porque estaba con nosotros un familiar de mi madre que nos había acompañado a la reunión con mi papá. Pero, después, al día siguiente, muy temprano, mi padre se levantó y le metió una muenda de esas de padre y señor mío. Y cosa rara, ninguno de nosotros lloró con mi mamá. Yo en el fondo creo que todos sentíamos que mi madre en cierto modo, se la merecía. Eso quedó así.

Ya pasaron los días y cuando se creía que aquello era un asunto pasado, resulta que mi madre no vino sola: traía en su vientre un bebé. Entonces volvió la mala vida, él con frecuencia se emborrachaba y la golpeaba hasta reventarle la boca y la nariz..., ¡gracias a Dios el niño nació bien!

Muchas veces vi llorar a mi padre después que la aporreaba: él lloraba porque se sentía burlado. Él creía que era el hazmerreír del pueblo.

Como le digo, mi hermanito nuevo nació normal, por fortuna, sin ningún defecto. Mi padre lo reconoció como propio, sin decir una palabra: ¡mi padre es un alma de Dios!

Como habíamos quedado sin nada, él contactó a unos tipos de una entidad llamada INCORA para que le prestaran unos terrenos con opción de compra en el futuro. Efectivamente, gracias a la buena conducta y experiencia como hacendado, certificada por todos en el pueblo, le cedieron unos terrenos bastante grandes en El Guáitara, un sitio alto y lejos; pero tierra es tierra para el que sabe sembrarla. Entonces se dedicó a cultivar fríjol, maíz, maní y a sacar a vender las cosechas al pueblo, con la ayuda de mi madre. Cultivaba limones también. Recuerdo que él llegaba por la tarde y me sentaba en las piernas, me contemplaba y me llamaba “mi reina”. “¿Cómo amaneció hoy mi reina?”, decía, y yo me sentía dichosa. Como él se levantaba tan temprano a trabajar no podía verlo sino hasta por la tarde. Yo creo que le recuerdo mucho a mi madre en cuanto lo físico pero, en vez de odiarme, más me adora.

A fuerza de trabajo y constancia se fue recuperando poco a poco hasta recoger una buena cantidad de plata. Como mi hermano Jorge, el mayor, ya no quiso volver al campo, compró una casa en el pueblo para volver a reunirnos a todos, en Sandoná, otra vez.

Estando allá a mi padre le hablaron del Valle del Cauca, que era muy bueno, le dijeron, que había mucha cosecha de café y como él era un hombre “rebuscador” se fue para Sevilla, Valle, con los dos hijos mayores a trabajar para conseguir dinero y conseguirnos animales para tener en El Guáitara; más que todo caballos para sacar la carga porque allá no entraban carros y siempre es duro sacar la cosecha al hombro.

Mi padre nunca se volvió a acordar de que el menor, el hijo de mi mamá, no era hijo de él; lo ha querido y lo quiere como a mí, como a cualquiera de los suyos. Y es más, en la casa nunca se habla del asunto, como en común acuerdo. El asunto se ha guardado en reserva. Él no sabe que es el hijo de Eber y aunque es muy distinto en lo físico, él no parece saberlo tampoco. A pesar de todo y que se asumió como un hermano más, ¡es tan diferente en su forma de ser! Pero lo único que yo sé es que lo queremos mucho y lo aceptamos como es.

Este hecho y los muchos otros sacrificios de mi padre dan cuenta de su gran amor por nosotros y por mi madre: es digno de admirar también que nunca haya tenido otra mujer. Pese a todo ello se quieren hartísimo. Mamá dice que Eber la atrajo como si le hicieran brujería. ¡Como ella ha sido tan linda!

Mi padre regresó a Sandoná junto a mi otro hermano llamado Segundo (que es el segundo), pues Julio César se quedó en Sevilla porque se enamoró de la mujer del administrador de la finca donde estuvieron trabajando. Mi madre y yo lo extrañábamos mucho. Y teníamos temor por él porque ella resultó ser mayor que él y también mi padre estaba muy preocupado por eso. Nos daba susto de que le fuera a pasar algo. Con frecuencia nos escribía telegramas y cartas. Por eso supimos que había decidido venirse de regreso a casa, nos decía en la carta que ya tenía suficiente plata y ropa para venirse. Él era muy orgulloso y nosotros estábamos contentos esperando su llegada, hasta cuando recibimos otra noticia: que ya no podía venir pues había sido víctima de un robo, le habían dejado sin ropa y sin lo ahorrado.

Y lo más *hijuemadre*, según mi papá, el que lo había robado era dizque su mejor amigo y para colmo era un muchacho de Sandoná. Mi padre enterado del asunto, cuando vio en el pueblo al tipo fue y le reclamó pero “tras de ladrón bufón”, el verraco ese se enojó y como tenía diez hermanos un día llegaron de noche y nos agarraron la casa a piedra hasta tumbar la puerta. Entonces, se entraron a agredir a mi papá y quién sabe que se creían, ¿qué la iban a tener fácil porque fueran más? Mi papá es un santo, no se mete con nadie pero cuando le sacan la “pepa” es de miedo. Él, al verse atacado, sacó valor y logró defenderse con una varilla. Y las cosas que no han de pasar no pasan: afortunadamente, mi hermano le había cambiado de lugar al machete, porque si no, ay, Dios, hubiera sido peor. ¡Claro que a él lo hirieron! Pero él también hirió. Esa gente quedó ofendida, y seguían cada vez que se emborrachaban insultando y dándole piedra a la puerta. Nos despertaban con los golpes en la puerta y los insultos, ¡eso parecía la hora de llegada! Y como yo apenas tenía ocho años por esa época era muy duro ver que mi papá intentara abrirles y enfrentarlos. Entonces, todos lo agarrábamos para que no hiciera eso y a él no le quedaba más que aguantarse la rabia.

Llegó a ser tan preocupante la cosa que mi madre lo convenció para que nos fuéramos. Alquiló la casa de un día para otro y de la noche a la mañana amanecimos en Sevilla, Valle, adonde llegamos como unos desplazados, sin saber dónde nos íbamos a instalar ni nada. Éramos ocho ahora, ya que después de Nelson, el hijo de mi mamá, ellos se habían puesto a la tarea y había nacido mi hermanita Luz. Nos quedamos en un andén hasta que mi padre logró dar con un amigo que nos mandó la providencia y nos dio posada durante dos semanas, hasta cuando papá pudo conseguir dónde ubicarnos. Y después nos encontramos con Julio, nuestro hermano mayor.

EL TINIEBLO Y LA VIRGEN

Anónima Maravilla



En un rosado amanecer un *tinieblo* se encuentra dando vueltas en su carro y se topa con una hermosa mujer que va caminando vestida como de fiesta, que llama su atención.

—¿De dónde viene tan solita...? ¿La llevo? —le insinúa, haciendo sonar el claxon de su Mustang.

Ella sigue su camino pero voltea a verlo y sonrío. Él adelanta el auto y abriendo la portezuela, la invita a montarse. La joven hace un gesto, como aprobándose a sí misma, y sube.

Después, en el Mustang, se dirigen al motel de doña Arabelly. El auto se detiene ante un garaje que se abre automáticamente. El día es caluroso, ella va vestida de ropa ligera pero con tacones, bajo su vestido vaporoso luce un hilo dental y un *brasier* de encaje negro. El carro entra y el hombre corre a darle la mano abriendo la portezuela. Es todo un galán.

—Baja —le ordena, al ver que se demora.

Ella accede y tomándola por la cintura él la conduce hasta el centro de la suite residencial. Le tiene una sorpresa preparada, y se dirige al citófono.

—Ponte cómoda —le dice el Donjuán, en tanto conversa familiarmente con alguien de la recepción.

Dos minutos después, como por arte de magia, la bella mujer es bañada por una lluvia de pétalos rojos.

—¡Uy, que rico! —exclama la rubita, que no se lo soñaba.

—Ven acá —le dice, ciñéndola en un breve abrazo mientras le levanta el vestido y empieza a recorrer su lindo cuerpo con sus labios en una caricia prolongada.

Después con la lengua, su garganta quiso tocar. Ella, en tanto, fue desprendiéndose de sus prendas hasta quedar sólo en tacones y sensualmente, lo retira de sí, para improvisarle un tímido pero ensayado *show*, que incluye bailes eróticos sensuales y mucho más. Después de tanto agite decidieron reposar un rato, recobrar fuerzas y seguir en lo que estaban. El *cucho* sin saber que ella era virgen disfruta una vez más de lo que ella le hace, y se duermen. Él se escapa en puntillas, pero le deja unos billetes en el nochero. Ella no lo vuelve a ver más. Hubiera querido saber quién había sido su primer amante.

Su gran recuerdo.

ALLÁ ASUSTAN

Víctor Alfonso Ramírez Molina



Esta es una breve historia de algo que me pasó hace algún tiempo. Mis padres me llevaron para Bogotá a donde una tía. Ya llevábamos un mes de estadía cuando una noche, ya más bien tarde, nos pusimos a oír radio mi primo y yo, y nos embelesamos escuchando un programa de miedo que era más o menos a las once y media de la noche, y no nos dimos cuenta que se nos iba haciendo tarde para acostarnos, pero como estábamos tan metidos en el programa, entonces sólo le bajamos el volumen y, al hacerlo, empezamos a escuchar cosas, pasos y golpecitos en la puerta. El programa radial era de duendes y de espíritus y con la impresión que nos hizo en el alma ese *ruidaje* creímos que se habían salido del programa y habían venido hasta nosotros. Yo, por lo menos, sentí un miedo el verraco, y todavía no sé si eso fue realidad o fue el fruto de la fuerte impresión que nos había causado la radio, pero en seguida vimos una figurita de un niño de no más de cincuenta centímetros.

—¡Míralo! —le grité a mi primo.

Y él no quiso poner cuidado, sino que se fue corriendo para adentro, dejándome solo con el duende.

Yo le puse la queja a mi tía y ella me dijo que no me preocupara, que eso era normal allá, pero yo noté que de ahí para acá empezaron

a perderse las cosas, aunque después aparecieran. A mí se me alcanzaron a perder unos zapatos y a mi tía también se le escondían las cosas como por encanto. Yo creo que el duende se había apoderado de esa casa, y todo por nosotros escuchar ese programa de radio.

Luego nos vinimos de allá otra vez para acá y, ¡ni más!

MAQUINITAS

Carlos Acosta



Cuando era pequeño estudiaba en una escuela. Mi primo y yo éramos muy unidos pero conforme pasaba el tiempo nos fuimos distanciando, pues él era unos años mayor que yo. Recuerdo una vez que estaba solo en la escuela, ya que no tenía ningún amigo, y fue cuando me volví fanático de los videojuegos. Llegué al punto en que ya no me interesaba estudiar, mi vida giraba en torno a ese pequeño aparato.

Una vez de mi escuela llamaron a casa y hablaron con mi abuela, quien era como mi madre, y le dijeron que si yo seguía faltando a clase me expulsarían de la institución. Mi abuela al ver esta situación se enojó mucho y me castigó sin dejarme salir de casa, pero yo aproveché que ella salió a trabajar y me volé. Desde ahí seguí volándome a jugar con un amigo que hice en las maquinitas.

Una mañana cuando salía para la escuela decidí no ir a estudiar por mi afición a los videojuegos. Así que me dirigí hacia allá pero para sorpresa mía, mi abuela me estaba siguiendo y, estando ya jugando, sentí un fuerte golpe en mi espalda. Claro, era ella acompañada de un policía dispuesto a cerrar ese negocio. ¡Recuerdo tanto el mal genio de mi abuela! Y la cara de preocupación de la

dueña por tener que cerrar el negocio, pues eso era lo único que ella tenía para poder sostener a sus tres hijos. Lloró y suplicó tanto que al final mi abuela cedió pero con la condición de que no me dejara entrar más a mí.

La dueña del local prometió y cumplió al pie de la letra lo que mi abuela le dijo, y yo me quedé sin amigos una vez más y sin saber para dónde coger.

SOÑAR

Julieth



No tengo sueño.
Quiero dormir
para soñar contigo.

MI AMIGO THOMAS GRANT

Anónimo Canario



Mi amigo Thomas Grant, científico y amante del progreso, de la evolución y el conocimiento de la ciencia, titulado y egresado de la mejor universidad que tiene nuestro país, en el año dos mil gozaba de alta fama y popularidad: no había nadie como él.

Era bueno en su trabajo, pero como la dicha no es completa, no se percató ni lo más mínimo que nada dura para siempre. Pasados algunos meses, empezó a frecuentar algunos lugares donde hay convenciones de científicos que pretenden hacer lo imposible. A este lugar iba un señor llamado Telésforo de apariencia malhumorada, que disponía de gran riqueza y siempre asistía a estas reuniones con su bella esposa llamada Margarita. Digo bella porque es lo que cualquier hombre puede decir al ver esta mujer de ojos azul claro, cabello liso, de labios carnosos y delicados, su rostro de cereza y un cuerpo tan perfecto que parecía salido de la imaginación. Así era como la veían todos los asistentes a dichas reuniones, porque eran pocos los que podían apreciar semejante belleza. Digo pocos porque era una mujer que muy de vez en cuando salía de esa hermosa y amplia mansión donde vivía.

Mi amigo Thomas frecuentaba esas reuniones por querer contribuir con su conocimiento hacia la causa que en principio

planteaban estos señores, la cual era descubrir casos que nunca antes se le habían pasado por la imaginación a ningún hombre en la Tierra y que, supuestamente, eran para bien de la sociedad. Digo supuestamente porque la mente y el pensamiento de aquellos otros científicos no era lo que Thomas pensaba. Él, inocentemente, asistía cada vez más animado. También hay que decir que desde que él vio a la señora de Telésforo Tamai no dejaba de pensar en ella: había quedado cautivado por su belleza.

Así transcurría el tiempo y cada vez su familia notaba el distanciamiento de Thomas desde que asistía a esas reuniones. Ellos pensaban que tal vez era por la exigencia que requerían los nuevos experimentos y, aunque él hacía creer esto, no era realmente lo que sucedía. Se volvió un ser misterioso y solitario que casi no hablaba ni participaba en las reuniones familiares, en las que siempre solía compartir sus triunfos y festejar sus avances. Así pasaron seis largos meses para mi querido amigo, que no imaginaba lo que realmente estaban tratando de hacer con su sabiduría y, por qué no decirlo, con su ingenuidad. Las reuniones a aquellos encuentros, no eran más que el cultivo de un gran problema que lo convertiría en un ser distinto de lo que era hasta el momento.

Llegó el día 7 de agosto de ese mismo año, día que habían señalado para unir todos los elementos hasta ese momento estudiados. Llegó muy temprano, como de costumbre, y se llevó tremenda sorpresa cuando, sin querer, oyó la conversación que sostenía la pareja de Tamai con otro señor, Roque Félix, uno de los científicos participantes del nuevo experimento o nueva creación, que no trataba de la supervivencia de la humanidad sino de los poderosos adinerados que quisieran tener o necesitaran de esta novedosa creación, y que no lo autorizarían a los pobres sino que iban a hacer lo que desde el principio habían planeado: vender este resultado a los pudientes, a los que estuvieran dispuestos a pagar sumas bastante altas y que, además, decían, ojalá por ningún motivo lo supiera Thomas y mucho menos gente pobre y detestable. Así era como ellos calificaban a las personas que poseían pocos recursos y demasiadas necesidades y enfermedades.

—¿Y qué vamos a decirle al tonto de Thomas? —preguntó Roque.

—Nada —respondió Margarita—. Con lo tonto que es y lo enamorado que mantiene de mí no podrá resistirse a hacer lo que yo le pida. Él para mí no es más que un esclavo que utilizaremos para nuestros fines. Yo amo es a Telésforo y a esos millones de millones de pesos que nos vamos a ganar.

—¿Cómo así que ese joven está enamorado de ti? —preguntó sorprendido Telésforo.

—Sí, es verdad lo que digo; ya en varias ocasiones me ha expresado sentimientos amorosos y no pierde ocasión para darme cosas cada que estamos solos, pero no te preocupes que tú también sabes que yo nunca podré fijarme en ese tipejo. No te había dicho nada, porque creí que si te dabas cuenta podrías reaccionar de alguna manera impulsiva y terminarías acabando con nuestro gran negocio.

Esa era la conversación que sostenían sobre el destino del gran invento o descubrimiento, que no era otra cosa que la cura para una enfermedad extraña que nadie había podido curar.

Thomas decidió entrar y simular que no sabía nada de lo que estaban hablando. Lo que no sabían estos señores era que él era una persona honesta y comprometida con las clases sociales de escasos recursos y que, en ese preciso momento, estaba pensando cómo se iba a vengar de lo que pensaban hacer con él. Actuó con una normalidad que ni siquiera el psicólogo más preparado hubiera podido notar.

Ya terminado el día y comprobado que su nueva fórmula era un total éxito, y como estaba acostumbrado a no ser tratado como un tonto, empezó a preparar su venganza. Hizo creer a Margarita que seguía muy enamorado de ella, y empezó a enviar las cartas que a solas escribía cada vez que llegaba a casa y que eran el verdadero motivo por el que se había alejado de su familia, y lo habían convertido en un ser aburrido y sin importancia. Además, buscó la forma de hacer pública la creación de la cura contra la enfermedad que acechaba a muchas personas por aquella época, y hacer ver a la pareja Tamai como los más miserables del mundo pero, para su desgracia, ellos se dieron cuenta que Thomas ya sabía de sus intenciones.

Cinco meses después, Thomas tomó la decisión de anunciar a los medios de comunicación que tenía algo que acabaría con esos tortuosos sufrimientos que acechaban por esos días a gran parte de

la humanidad, y que lo revelaría al día siguiente en un programa de TV llamado: “La Voz de la Ciencia”. Allí iba a comunicar que ya había descubierto y tecnificado una fórmula para ayudar a toda la sociedad, y también que había unos interesados en que nunca se supiera este novedoso invento curativo. También anunció que iba a revelar sus nombres y denunciaría esto ante las autoridades. Al oír esto, la familia Tamai y don Roque Félix, no les quedó más que llamar a Thomas y tratar de conciliar con él. Y enviaron a unos tipos *malacarosos*, que trabajaban a sueldo para ejecutar todo tipo de delitos. Al llegar Thomas a su casa le abordaron estos sujetos y lo subieron a una camioneta, lo condujeron hasta la mansión de los Tamai donde se encontraban, por supuesto, los señores de la casa, don Roque Félix y otros inversionistas.

— Buenas noches — dijo el señor Tamai muy secamente.

Thomas lo miró a la cara y no le contestó, sólo le dijo:

— Nunca pensé que existiera gente tan miserable y bastarda como lo son ustedes, que no piensan más que en su beneficio propio.

— Deja esa rebeldía y gestos de salvador del mundo — le dijo doña Margarita —. Te hicimos venir de esta manera porque sabíamos que si te citábamos formalmente no íbas a venir. Nos imaginábamos que te íbas a portar como una persona digna. Pero, en fin, estas palabras sobran. Solo queremos hacerte una oferta y que lleguemos a un acuerdo.

— La cosa es muy sencilla — dijo don Telésforo —, usted amenazó con decir lo que sabe acerca de nuestra creación y además denunciarnos. Te propongo lo siguiente: sé que vives enamorado de mi amada esposa. Me he enterado porque ella me lo ha manifestado y, además, he leído todas las cartitas de amor que le envías. Bien sabes que sólo por ese motivo puedo matarte, pero te propongo que pases una noche con ella y ya, asunto arreglado. Te olvidas de todo y te dejas ir libre, no dices nada de mí ni de nadie, y haces de cuenta que nunca nos has conocido.

— Pues déjeme decirle algo, señor — contestó Thomas —. Es cierto que su mujer es físicamente encantadora, pero interiormente no es más que una víbora que inspira desprecio. Y es cierto que le he escrito pero esto ha sido no más para hacerles creer que me muero por ella, lástima que siendo una mujer tan bella por fuera esté tan

podrida y desquiciada por dentro, y sea tan despreciable. Y, señor, si usted lo que quiere es matarme, hágalo, pero no voy a ceder ni por mil millones ni mucho menos por estar con su esposa que ya le dije lo que me inspira.

Los señores presentes al oír esto decidieron darle muerte, aún sabiendo que Thomas era un tipo de moral alta y no iba a ceder por nada del mundo, lo cual acabaría con sus planes y negocios de miles de millones. Antes de morir dijo estas palabras: “Muero por ser un hombre leal a mis principios, pero vivo en los corazones de aquellos necesitados”.

UNA IRONÍA DE LA VIDA

Soldado Desconocido



¡Las ironías de la vida! Trabajaba en el Ejército y pasamos mucho tiempo buscando a una persona. La meta era: vivo o muerto. Un día salí de permiso un mes de descanso. Llevaba como cinco días de haber llegado a Cali, cuando unos amigos me invitaron a un paseo y yo acepté.

Cuando llegamos al lugar comenzó la diversión, empezamos a bañarnos. Luego, salimos del río a bailar en una caseta, y me encontré una señorita con la cual nos gustamos. Por como me miraba la saqué a bailar y me la conseguí. Bailamos todo el día y parte de la noche porque el paseo se alargó. Nos despedimos y quedamos en volvernos a ver. Pasaron los meses y volvimos a encontrarnos y ese día me di cuenta de que el hombre que buscábamos era el hermano de ella, pues ese día me lo encontré frente a frente: cuando me lo presentó yo supe quién era, porque tenía fotos de él.

Ahora tengo dos hijas con la hermana de él y en el momento son mi adoración.

POESÍA DE AMOR Y VIDA

María Lucero Meneses



Qué lindo es Amar,
amar de corazón.
Qué linda es la amistad,
amistad honesta y sincera.
Esa amistad sincera y honesta
es difícil de encontrar
en el difícil camino de la vida.
Digo difícil pero no imposible,
así que tendré que aprender
a sembrar,
para cosechar sus buenos frutos.

CALARCÁ



JUAN FELIPE GÓMEZ
DIRECTOR DEL TALLER

MALOS HÁBITOS

Jorge Hernán Acevedo Ramírez



*Todo tiene su final,
nada dura para siempre
tenemos que recordar
que no existe eternidad*

—¡Uy, qué tema tan *bacano!* ¿Quién es ese *man* que canta ahí?

—Ese es el gran Héctor Lavoe. Es una de mis canciones preferidas. No me diga que nunca habías escuchado cantar a Lavoe. Claro, usted no conoce de buena salsa. ¡Esa es la música que le pone a uno a cantar el alma! Y más cuando llegan buenas noticias —me contestó.

Tenía en su voz un tono de satisfacción. El hombre era conocido con el alias de “Baltazar Juanambú”. Nunca conocí su nombre de pila. Era tan reservado para todo que creo que había olvidado su propio nombre, con tal de que la gente que lo rodeaba no supiera más de lo necesario sobre su vida.

Esa mañana me pareció verlo más entusiasmado que de costumbre, y cuando lo indagué por el motivo de tanta alegría se paró de un solo impulso de la silla donde descansaba, dirigió su mirada al horizonte y soltó la noticia que lo llenaba de orgullo:

—¡Me voy para el pueblo a dirigir la red urbana! El propio comandante Castaño me designó para expandir la organización en los pueblos de esta zona.

Era principio del mes de agosto de 1998 y la escena política estrenaba a un Presidente que, por algunas actuaciones y declaraciones en los medios de comunicación, haría todo lo posible para un acuerdo de paz con el enemigo. Era la oportunidad que esperaba, pues seis de sus diecinueve años los había dedicado a la guerra, al servicio de una organización que lo adoctrinó para cumplir órdenes y nunca discutirlos. Esto lo había llevado a obtener cierta jerarquía en las filas.

Esta era, según él, la única familia que llevaba en su corazón y por la que entregaría sin temor su vida en el momento que se necesitara. Su férrea ideología la expresaba hasta en la manera impecable de lucir su uniforme camuflado. A veces bromeaba diciendo que se podía confundir fácilmente con un general de la República. Además, la naturaleza lo había premiado con elegantes atributos físicos y a donde llegaba despertaba la admiración de todo el personal femenino, mejor dicho, era el *tumbalocas* de la Compañía.

Esa mañana, mientras hacía los últimos arreglos para el viaje, reunió a los hombres que estaban bajo su mando y les habló como un verdadero estratega militar. Hasta el mismo Napoleón habría sentido envidia de la capacidad de su oratoria. Lo que más recuerdo era cómo les insistía a los subalternos acerca de la idea de que el respeto y el dominio territorial sólo se ganaban con la implantación del terror, sin sentir la más mínima piedad por el enemigo, aunque a veces ni siquiera el propio enemigo se reconociera con facilidad. Recordé en ese instante un par de ocasiones en que lo vi actuar de acuerdo a sus pensamientos: la primera vez fue cuando después de un combate, él mismo, con un hacha, le quitó los dedos a unos cadáveres y se los entregó a varios compañeros recién incorporados a la organización para que los cargaran entre sus pertenencias por unos días, y así se fueran acostumbrando al olor de la muerte. Otra vez fue contra un supuesto colaborador del enemigo al que le introducía un alambre al rojo vivo por entre las orejas para que confesara su pecado. Ahí comprendí cómo aquel hombre había adquirido la fama de sanguinario de la cual huían no sólo los campesinos, sino

sus propios compañeros de lucha, puesto que no perdonaba con facilidad un error que se cometiera en contra de sus ideales.

Lo vi partir con una pinta con la que se le veía en muy raras ocasiones: una cachucha con un perro Bulldog estampado, camiseta blanca de manga corta que llevaba, con letras negras a la altura del pecho, la frase “I love peace”; un *bluejean* del que no recuerdo la marca, pero que llamaba la atención por unos hilos desflecados que tenía sobre las rodillas y las piernas, tanto que parecía como si fueran producto de una caída sobre la calle pavimentada. Terminaba su indumentaria con unos tenis Nike, como todo buen mafioso que se respete.

Pasaron unos días antes de volverlo a ver. Esto ocurrió una ocasión en que viajé hasta un pueblito del norte de Antioquia donde debía recoger una propaganda política. Allí me sorprendí, pues cuando vi a Baltazar noté que me encontraba frente a un hombre diferente a aquel con el que días antes había compartido horas de tertulia y discusiones político militares. Lleno de curiosidad, pero con toda la reserva, acepté acompañarlo a una cita, según él, de carácter importante. Llegamos a una fuente de soda en las afueras del pueblo. Nos atendió un hombre de unos cincuenta años que por su amabilidad me dio la impresión de que era de confianza, pero la exagerada muestra de ansiedad de mi anfitrión me causaba inquietud. Mi mayor sorpresa fue cuando el mesero nos preguntó sobre nuestro consumo, y Baltazar ordenó para él un trago doble de un licor con alto grado de alcohol, pues hasta donde yo sabía él era un abstemio declarado. Entonces, me preocupé aún más por la delicada situación que tal vez estaría a punto de presenciar. Parecía como si aquel hombre hubiera abandonado la disciplina y los lineamientos de los que había sido digno representante. Claro que al darme cuenta de que al menos lo acompañaba su pistola Beretta, sentí algo de calma.

Mientras “Juanambú” me contaba algunos detalles de cómo seguía ganando zonas la organización y, entre chistes, me confesaba que ese lugar era como su *búnker* para cuando quería escaparse de sus responsabilidades, me hablaba, también, del clima tan sofocante de aquel pueblito paisa. Creo que ya habían pasado treinta minutos en un reloj de pared situado sobre la barra. Por mi garganta

ya se había perdido el contenido de media docena de Pilsen frías. Cuando hicieron efecto en mi vejiga, me dirigí hacia el lugar donde un letrero luminoso me indicaba que podía orinar. Cuando regresé, observé una figura femenina acompañando a Baltazar.

Al acercarme a la mesa se hicieron las presentaciones de rigor, y debo resaltar que aún recuerdo la atracción que aquella figura juvenil ejerció sobre mí, sobre todo recuerdo cómo llamó mi atención la extrema blancura de su piel que hacía juego con unos ojos color gris profundo. Las delicadas facciones, adornadas con su cabello rojizo ensortijado, y su figura de sirena me hipnotizaron por unos segundos. Esa belleza contrastaba con las figuras indígenas que predominaban en la mayoría de mujeres del pueblo. Al instante me di cuenta que mi compañero recobraba la seguridad que lo caracterizaba. La sonrisa reflejaba el lugar importante que aquella doncella ocupaba en el alma del comandante. Se llamaba Yineth, no me dijo su apellido. Ella era la culpable de que aquel hombre que antes era recomendado para los trabajos de mayor peligrosidad y crueldad, se hubiera convertido en un poema humanizado. Ella tenía en su ser la combinación perfecta de belleza y sencillez, y esto ya lo sabía profundamente el corazón de “Juanambú”. Luego me di cuenta que ella era hija de una enfermera del hospital municipal y de un benefactor de la iglesia. Tal vez por esto último la divina providencia los había bendecido con tal representación angelical en su hogar. Pero no todo era color de rosa para Yineth y Baltazar, pues los padres de ella no consentían que ningún hombre se le acercara a su niña. Como decían las abuelas, no permitían que se le acercara un mosco y menos si ese mosco tenía los antecedentes de Baltazar.

Pero él mismo me lo dijo aquella tarde, después de compartir con su amada unos besos apasionados, y me pareció que si no fuera por el lugar donde nos encontrábamos las cosas habrían terminado de otra manera.

—Esa niña me cambió, por ella dejó todo lo que conozco y me entrego al mundo como un hombre nuevo. Estoy enamorado y siento que el amor me liberó de la esclavitud en la que he vivido.

Sólo debía resolver el problema mayor, convencer a sus suegros de que le dieran la oportunidad de mostrar que su nuevo pensamiento era sincero. Pero, ¿qué iban a pensar las personas que habían

confiado en él como hombre de guerra? ¿Seguiría siendo el ejemplo para sus subalternos? Yo sabía que no, y se lo dije. Le aconsejé que llevara las cosas con la prudencia que siempre había mostrado, pues los altos mandos no verían con buenos ojos que alguien como él se dejara vencer por el arma infalible que lleva la mujer dentro de sí, y más delicado aún, que se vieran en duda los ideales que le habían inculcado durante tantos años. Pero él insistía en llevar ese amor por encima de cualquier cosa, sin importarle las consecuencias. Al día siguiente regresé al campamento lleno de inquietudes y reflexiones al ver el efecto que ejercía sobre un hombre ese sentimiento tan incomprendido por la humanidad.

Habían pasado tres meses en los que ya había olvidado todas esas reflexiones sobre el amor. La realidad de la guerra me mantenía concentrado en mi mundo. De repente, una mañana lluviosa de noviembre, me notificaron que a causa de unos movimientos estratégicos en la organización me debía trasladar hacia la zona urbana, pues en el país había un nuevo mandatario que en los escasos noventa días que llevaba en el Gobierno ya hacía notar un favorecimiento para el enemigo, hasta corría el rumor de que le entregaría una gran parte del territorio nacional a la subversión. Este hecho, por lógicas razones, producía un remezón en la manera como se había conducido la confrontación armada hasta esos días, y en la posición que se adoptaría en adelante.

Al menos volvería a trabajar al lado de aquel hombre, del cual había aprendido gran parte de la ideología que me mantenía fiel en un conflicto del que tal vez nunca vería el fin. En efecto, dos días después me reencontré con “Baltazar Juanambú”. Inmediatamente mi curiosidad me llevó a pensar qué había ocurrido con el romance que meses antes embriagaba la agudeza mental del comandante. Luego de unas indicaciones sobre mi nuevo papel en el pueblo, invité a Baltazar a charlar de algo menos formal. Casi de inmediato capté la necesidad que él tenía de desahogarse.

—Hermano, no se imagina lo que me está pasando —me dijo.

Le pedí que se tranquilizara y que confiara en mí. Esto se lo dije para ganar terreno e intentar llegar con más facilidad a su intimidad. Me hizo saber que precisamente la noche anterior había regresado de una misión que lo mantuvo alejado del pueblo el último mes, y

que había pasado varios días sin comunicarse con su joven amante. Esta vez fue abierto conmigo en lo que se refería a sus sentimientos. Me dijo que se había enamorado de una manera desquiciada, y que además hacía varios días estaba considerando la idea de abandonar la organización. Creía que dejando atrás su oscuro pasado conseguiría el boleto de entrada al cariño y la confianza que los padres de Yineth le habían negado. Le contesté dándole todo mi apoyo como compañero y, por lo tanto, tendría toda mi comprensión ante cualquier decisión que tomara, no sin antes advertirle que actuara de acuerdo a la razón. Pero lo que me respondió me dejó más desorientado sobre lo que realmente pasaba en la mente del comandante, pues se apartaba de la lógica de un realista como él:

—Llevo cuatro noches soñando con Yineth. Es como si quisiera transmitirme un mensaje.

Mi respuesta ante tal idea fue de rechazo. Cosas como esas son difíciles de aceptar. Pero seguía insistiendo hasta que despertó mi interés por lo que mostraban sus sueños. Me dijo que veía cómo su novia lloraba, y de una manera desesperada le pedía su ayuda para que le quitara algo de encima que la quemaba y le causaba un sufrimiento horrible. La manera como me contaba esto suscitaba en mí un sentimiento de asombro y solidaridad a la vez. Fui testigo de cómo sus penetrantes ojos se inundaban de lágrimas que, inmediatamente, hizo desaparecer con las manos, antes de que delatara el estado delirante en que su alma se encontraba. Supe que era un momento en el que “Juanambú” necesitaba de un amigo, y en vez de continuar con mi escepticismo, me mostré más decidido a colaborarle para que conociera de algún modo sobre la suerte de Yineth. Para tranquilizarlo le dije que los sueños eran sólo eso, sueños, y que ya encontraríamos la manera de que hablara personalmente con su amada, y así supiera que estaba bien. Me surgió la idea de invitarlo al lugar donde meses antes habíamos compartido un trago, y donde yo había conocido a Yineth.

—Tal vez allá alguien note su presencia y le lleve el chisme para que llegue de sorpresa —le dije para tratar de convencerlo.

Accedió con desgano a la invitación. Mi último argumento funcionó. Mi intención era que departiéramos un rato para olvidar las preocupaciones y a la vez refrescarnos y, sobre todo, calmar la

ansiedad que enloquecía a Baltazar. Para mí, él estaba exagerando con esa historia de los sueños, y tal desespero era natural en un enamorado que completaba varios días sin estrechar en sus brazos a la mujer que adoraba.

Al dirigirnos hacia nuestro destino no vi ninguna situación que llamara la atención o estuviera fuera de lo normal. En el camino sólo nos encontramos con algunas mujeres con cara de melancolía y cierta expresión de desgano al andar. Pensé que esto era por el cansancio que producía en sus cuerpos el calor que soportaban continuamente los habitantes de la zona. Al llegar a la fuente de soda me di cuenta que la cara de amabilidad y cortesía con la que el dueño del lugar nos había recibido en la ocasión anterior ya no existía. En su lugar un rostro lleno de miedo y recelo nos daba la bienvenida. “Juanambú” no se había dado cuenta de la expresión de temor del hombre y lo primero que hizo después de estrecharle la mano fue preguntarle si sabía algo de Yineth. El hombre evitó la mirada del comandante y caminó hacia el sitio donde estaba yo. La pregunta que me lanzó me dejó sin norte:

—¿Es qué no se han dado cuenta de lo que pasó?

Baltazar se le lanzó como una fiera hambrienta y lo agarró del cuello de la camisa. Haciendo un esfuerzo enorme por controlarse, vi cómo le salían las palabras ahogadas. Tal vez el temor que antes le embargaba estaba a punto de confirmarse, algo pasaba con la mujer que lo había enamorado:

—¿Yineth, qué pasó con Yineth?

El hombre de la fuente de soda seguía como si no tuviera lengua o fuerzas para responder. Entonces, traté de intervenir y aportar un poco de calma. Ahora fui yo quien le preguntó al hombre y le dije que no sabíamos de qué hablaba. Él, con la cara hacia el suelo, nos contó que Yineth había muerto de una manera extraña y la habían sepultado el día anterior. Además, que a esa hora también estaban realizando el velorio del padre de ella, pues al parecer no pudo resistir la pérdida de su única hija y se había quitado la vida lanzándose de lo más alto del campanario de la iglesia.

Sin que el hombre terminara su relato, vi que “Juanambú” salió corriendo, desesperado. Yo traté de seguirlo y, más adelante, lo alcancé, pues se detuvo justamente frente a la sala de velación donde

se encontraba el cuerpo de su suegro. Me miró y dijo que entraría a buscar a la madre de Yineth para tratar de aclarar los episodios que habían ocurrido, y que su mente no alcanzaba a comprender. En medio de una multitud se encontró con la mujer. Sujetándola con fuerza por los brazos y zarandeándola para sacarla de una especie de trance, le gritaba algo que yo no pude entender. La mujer sollozaba y, ante el desconcierto de los presentes, logró desprenderse del cerco humano en que se había convertido Baltazar y corrió hacia un cuarto oscuro a donde fue perseguida por éste. En ese momento observé que el comandante llevaba en su mano derecha el arma que nunca lo desamparaba. La gente, dándose cuenta del alboroto, corría despavorida hacia la salida. Después de un par de minutos escuché el ruido de tres disparos que provenían del lugar donde se encontraban suegra y yerno. Al momento salió este último y como un autómatas pasó por mi lado sin mirarme.

Salió y anduvo unos cuantos metros hacia donde estaba la entrada del cementerio. Seguí sus pasos cautelosamente. Al encontrarse con el sepulturero vi como éste le indicaba al comandante con su índice una bóveda. “Juanambú” agarró una especie de maceta y empezó a golpear la lápida recién colocada. Ésta cedió fácilmente a los embates de un hombre que, sin darme cuenta, se había transformado en una especie de espectro diabólico. Sus ojos estaban a punto de salirse de las órbitas y su rostro parecía transformado por una fuerza superior. Estaba irreconocible. El hombre sacó con sus propias manos el ataúd con el cuerpo de Yineth, lo abrió y un olor putrefacto llenó el ambiente. Le di una mirada al cuerpo y mi sorpresa fue total al darme cuenta que aún después de muerta conservaba en su rostro mucho de la belleza que lucía en vida. De repente, un grito seco me apartó de mis pensamientos. Baltazar decía con rabia:

—¿Cómo pudo ser capaz? ¿Cómo su propia madre la pudo matar?

Aún sin comprender nada intenté brindarle consuelo con un abrazo y me rechazó con una mirada que infundía terror. Conteniendo la ira y el dolor, su mandíbula ajustada de repente se abrió para contarme lo que había obligado a confesar a la madre de la difunta antes de ajusticiarla. Dijo que Yineth estaba embarazada y

que su madre le había practicado un aborto a sangre fría, provocándole una hemorragia que le causó la muerte en pocas horas.

Pensé en el mal que puede causar el ser humano. No podía creer que una madre recurriera a tal atrocidad contra su propia sangre, sólo porque en el vientre de su hija germinaba la semilla de un hombre que los avergonzaba ante la sociedad. “Juanambú”, entre lágrimas, retiraba del despojo mortal una vestimenta parecida a las que usan las monjas, sólo que esta tenía la imagen de una virgen en el pecho. Recordé que tal vez esto tendría que ver con los supuestos mensajes que recibía Baltazar en sus sueños. Al terminar de quitarle la prenda, cerró los ojos por un momento, se arrodilló junto al cadáver, lo besó y, sin darme cuenta, desenfundó su Beretta y la accionó por debajo de su oído izquierdo. Allí terminó la vida de un guerrero enamorado. Al final, con su corazón destrozado, y la ilusión de ser padre interrumpido de la peor manera, creo que al menos sintió algo de alivio en su alma al expirar sobre el cuerpo de su amada.

Hoy, después de un tiempo de tan lamentables hechos, escuché por casualidad aquella canción que tanto le gustaba a mi comandante “Juanambú” y pensé que, contrario a lo que canta Héctor Lavoe, tal vez haya cosas fuera de este mundo que quizás sí duran para siempre.

VIAJE AL COLISEO

Darío González Montoya



Cuando comencé el viaje entre Pereira y Quinchía, nunca imaginé que sería uno de los más largos que he hecho en el tiempo que llevo viajando por diferentes municipios de Colombia. Claro que, desde el principio, ya se auguraban malos acontecimientos.

Desde nuestra salida del centro de Pereira, más concretamente desde el parque El Lago, se suscitó una discusión acerca de cuál era nuestro destino. Diego, el chofer del carro, mencionaba el municipio de Quinchía como el más indicado, ya que allí podríamos encontrar personas que trabajaran con ese metal precioso que es el oro. Sin embargo, mis pretensiones estaban puestas en el municipio de Marsella, también en el departamento de Risaralda. Las compraventas de café y otros atractivos lo hacían ver mucho más interesante.

Después de tanto discutir para determinar cuál sería el destino, fue Mary Luz, esposa de Diego, la que decidió terminar nuestras diferencias tirando una moneda al aire, para que hubiese un ganador al cara y sello. Desde ese preciso momento mi suerte, si es que puede llamarse así, empezó a fallar. Diego ganó. El trayecto estaba definido, iríamos a Quinchía.

Nuestra llegada no fue esperada por alguien en especial. Llegamos a un hospedaje localizado cerca a la estación de Policía. Era un segundo piso ubicado en una de las esquinas del pueblo. Su ambiente era agradable, muy buena la atención del conserje y de la alimentación no podría decirse nada malo.

Nuestro primer día en aquel municipio transcurrió sin novedades. El desayuno fue al mejor estilo paisa: *calentao* de frijoles, una gran carne asada, arepa, queso y una buena taza de chocolate. Todo parecía normal hasta que pasó lo inesperado. Un agente de la Policía nos abordó para solicitar nuestros documentos y allí comenzó otro viaje del cual aún no he regresado.

Yo, con una orden de captura en contra, fui conducido no al hostel del que había salido en la mañana, sino a un pequeño calabozo al interior de la estación de Policía. Desde allí comenzaron a tejerse otros pensamientos acerca de cuál sería mi destino a partir de ese momento.

Al otro día fui conducido en una camioneta de la Policía por una trocha al municipio de Anserma, Caldas. Demoramos alrededor de media hora por ese atajo hasta salir a una vía principal. De ahí seguimos por la cuarta, una de las principales calles de ese municipio, hasta llegar a una vieja casona pintada de azul y blanco, con ventanas de madera protegidas por numerosos barrotes de hierro. Era, sin duda, la cárcel de aquel pueblo.

Nueve meses después se inició un nuevo viaje. A eso de las siete de la mañana fui llamado en compañía de otros cuatro internos para iniciar un traslado. Hasta ese momento desconocíamos nuestro destino.

Después de casi tres horas de camino, llegamos a Calarcá, Quindío. Este era nuestro lugar de llegada. Después de seguir el riguroso protocolo, que comprendía una minuciosa requisa, reseña y asignación de pabellón, fui conducido al patio sexto de ese Penal.

A mi entrada a ese pabellón vi en su estructura una cierta semejanza con un coliseo. Con su techo en forma de domo y sus mesones y cancha de microfútbol, se asemejaba a esas moles de concreto donde se practican, entre otros deportes, el baloncesto, el *ping-pong*, la lucha, etcétera. Pero más que un coliseo, podríamos llamarlo un zoológico, ya que está lleno de “animales”. Entre la gran variedad de

especies podemos encontrar grillos, ratas, micos, zorros, guaguas, gurre, en fin, toda una amplia gama de seres, de personas que por alguna circunstancia de la vida llegaron a este sitio y que ahora, al igual que en mi caso, esperan comenzar un nuevo viaje, pero esta vez hacia la libertad.

¡CÓMO NOS CAMBIA LA VIDA!

Segundo José Ortiz



Han pasado veinte años, él se encuentra sentado en la misma mesa de aquella taberna donde hace dos décadas dieron por terminado un apasionado romance que duró tres años, siempre viéndose a escondidas, pues ambos tenían sus respectivos hogares.

Mientras transcurrían los minutos hacía remembranza de aquel idilio que casi le cuesta su matrimonio. Se conocieron porque una amiga de ambos los presentó. Desde el primer momento hubo empatía.

A los pocos días ya eran amantes. Ella trabajaba en un local de Sanandresito, él era comerciante informal, de tal manera que los encuentros siempre estaban sujetos al horario de trabajo de ella.

No perdían oportunidad para escapar de la realidad y vivir ese mundo fantástico que les ofrecía sus citas clandestinas. Él, que siempre fue hogareño, ahora pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa.

Ella le decía que ya no soportaba aquella situación. La vida con su esposo se había convertido en un infierno. Debían mandar todo al carajo e irse a vivir juntos de una vez por todas. Él le decía que no lo pusiera entre la espada y la pared, pues si ella estimaba su hogar, él no quería herir a su esposa y mucho menos separarse de sus hijos.

Un día lo vio en un centro comercial con su esposa. Se dio cuenta de que esperaban un bebé. Se llenó de motivos porque él no le había contado nada. Terminaron. Él se sintió morir cuando le dijo que siguiera cuidándole el embarazo a su mujer, y que se olvidara de ella. Estaba tan dolida que amenazó con contarle todo a la esposa.

Sabiendo que cumpliría su promesa, decidió sincerarse con su mujer. La puso al tanto de todo, de tal manera que cuando ella cumplió su promesa, ya la señora estaba enterada. La esposa, a pesar de estar destrozada, manejó la situación con dignidad. Le dijo que a pesar de todo le agradecía el no haber dejado de ser cariñoso y detallista con ella y los niños.

Sintió que la vida se terminaba. Sin embargo, a pesar de amarla tanto, no quiso buscarla, pues por su culpa casi destruye su hogar.

Los años pasaron. Un mal día, por un error, fue condenado a varios años de prisión. Una mañana le llegó una carta de España, era ella que al enterarse de su situación le ofrecía su apoyo incondicional. A él le pareció poco correcto aceptar la ayuda que le ofrecía después de haber terminado su romance de una forma tan conflictiva.

La comunicación continuó, por correspondencia y una que otra llamada. Esas cenizas que parecían completamente apagadas se comenzaron a avivar. El amor renacía. Y es que el amor, a pesar de que hay que regarlo para que crezca, también es como la mala hierba que aparece en el momento menos esperado y crece donde menos uno cree.

Su esposa e hijos siempre lo apoyaron, jamás lo abandonaron. Se sentía ruín al acudir a aquella cita clandestina, traicionando la confianza de los suyos. Pero una fuerza superior lo impulsaba a reencontrarse con la única mujer que le había movido el piso en su vida de casado.

Se comentaba que a ella, al separarse de su esposo, la vida le había sonreído. Estuvo un tiempo en España y regresó con dinero y posición. Pero con sus amistades había cambiado radicalmente. Se volvió orgullosa y prepotente.

Fue hasta el baño, quería mirarse al espejo. Pensaba cómo lo vería después de tantos años. Su pelo castaño estaba salpicado de canas, sus ojos zarcos se notaban cansados; ya no usaba bigote como en su juventud, y en su frente comenzaban a surcar las arrugas.

Volvió a la mesa, pidió otro trago. Justo en ese momento la vio entrar. A pesar de los años seguía hermosa, con ese garbo al andar que siempre la caracterizó.

En su estadía en la cárcel él aprendió a tallar la madera y a pintar al óleo. Aprendió a ver con los ojos del alma más allá de lo superficial.

Era bella, elegante, sensual. Pero el brillo de sus ojos era mustio. También el otoño había llegado a su alma.

Al entablar el diálogo se dio cuenta de que tenía una posición económica definida, pero le faltaban valores, carecía de sentimientos, cuando mencionaba sus antiguas amistades lo hacía con desdén, como si fueran poca cosa. Él en cambio aprendió a valorar las cosas simples de la vida, supo el valor de las cosas que en libertad eran insignificantes. Se dieron cuenta de que si un gran sentimiento los unía, un gran abismo de prejuicios los separaba. Ahora pertenecían a mundos diferentes.

Se despidieron como buenos amigos. Al menos esta despedida fue más grata que la primera vez. Quince días después recibió una llamada. Era ella. La habían capturado en el aeropuerto El Edén, en Armenia, a donde viajó desde Cali tratando de burlar a las autoridades para salir del país con un cargamento de droga.

El juicio fue breve. La condenaron y le hicieron extinción de bienes. Todo lo que consiguió en sus viajes al exterior, ahora pasaba a las arcas del Departamento de Antinarcóticos. Ahora es él quien la visita y le colabora. Ella trabaja manualidades y poco a poco está aprendiendo a querer las cosas simples de la vida, a valorar los amigos de verdad. ¡Cómo nos cambia la vida!

DURMIENDO CON EL ENEMIGO

Segundo José Ortiz



—¡Quindianos *hijueputas!* Por el culo con ellos, miren como nos mataron al paisanito que era un *man* serio y echado *pa'delante* —vociferaba “El Negro”, quien era el encargado de llevar el patio sexto de ese Penal.

Los trescientos y pico internos que estábamos ahí lo escuchábamos, unos con rabia, otros con temor a las represalias. El motivo por el que *la pluma* y todos *los carros* (encargados de llevar el patio) estaban tan dolidos, era que un quindiano les había matado a un integrante del rancho: “El Santarrosano”.

Desde que llegó trasladado de otro Penal, “El Santarrosano” hizo parte del rancho, que estaba integrado en su mayoría por pereiranos. Fue ganando estatus porque siempre que tenían que notificar a algún interno que no podía vivir ahí, él iba adelante, y si este se rebelaba, era quien le daba la pela.

Hacia mes y medio que habían sacado varios internos, la mayoría quindianos, dizque porque había rumores de que se querían tomar el patio (*trampiar*). Pero esa misma tarde la guardia los volvió a reintegrar. Desde entonces la vida de ellos se convirtió en un calvario. Si cogían un celular, plata, o se caía la *vuelta* (droga) decían que eran

los quindianos los que *sapeaban*. La verdad hasta yo llegué a dudar, pues siempre que la guardia se metía iba derecho al ilícito. Qué más podía uno pensar sino que había un sapo.

Aquel día, 13 de mayo, madrugaron a notificar a los quindianos que los iban a sacar del patio. Como siempre “El Santarrosano” iba adelante sacando a los empellones a los que tenían que irse. Nadie podía revirar pues estaba respaldado por el resto de *carros*. Era un joven de poca estatura, casi un enano. Cuentan que en su pueblo tenía conformada una banda cuya principal característica era la baja estatura de la mayoría de ellos. Los que los conocían en la calle decían que lo que les faltaba de estatura, les sobraba de maldad.

A los empellones llevaron hasta la reja a todos los que sobraron. Sólo faltaba que la guardia les abriera para salir con sus cachivaches para otro patio. Era la hora del desayuno. Varios internos del rancho estaban dizque “controlando la fila”, entre ellos “El Santarrosano”. Tres de los muchachos que iban a *arriar* se vinieron desde la reja a recibir el desayuno. Como llegaron directamente a las ollas sin hacer fila, éste los agredió verbalmente al tiempo que dejaba ver un chuzo en su mano.

Fue cosa de segundos. El quindiano sacó a relucir un afilado cuchillo que clavó en el pecho de aquel hombre que estaba enseñado a humillar a los demás. Alcanzó a decir muy quedamente: “*parcero*, me mató este *man*”. Lo que siguió fue el caos total. Los que tenían que salir estaban dispuestos a hacerse matar. Las *plumas* se olvidaron que eran los encargados de llevar el patio y pagaban *escondedero* a millón. Sabían que la mayoría de la gente estaba inconforme con su actitud, pues permitían muchas anomalías como que robaran y sacaran a la gente para vender las *planchas*.

Gracias a la oportuna reacción de la guardia pronto volvió el orden. Nos encerraron en las celdas hasta que llegó la Fiscalía. Claro que no hubo levantamiento, pues al hombre lo sacaron de inmediato tratando de salvarle la vida. Los siguientes días fueron un verdadero viacrucis para los quindianos, eran tratados de *sapos* y a toda hora les recalcaban que tenían la culpa de la muerte de un *man* serio.

La prensa le dio gran despliegue a la noticia. Fue como si un balde de agua helada hubiera caído sobre todos los que veían en

su compañero muerto un verdadero *malevo*. Leyeron sin poder dar crédito a lo que decía la prensa.

El culpable, al ser capturado, decidió colaborar con la justicia para poder acceder a los beneficios que otorga la ley. Gracias a la información que suministró fue capturada casi la totalidad de la banda. En la cárcel siguió colaborando, por tal motivo, la *pluma* y todos los *carros* tuvieron que reconocer que estaban durmiendo con el enemigo.

UNA VISITA

Segundo José Ortiz



Fue en la mañana del 12 de agosto de 2011. Los integrantes del Taller de Literatura del Establecimiento Penitenciario de Calarcá (Peñas Blancas), esperábamos con gran expectativa la visita de dos reconocidos personajes del periodismo: Alberto Salcedo Ramos y Jesús Abad Colorado.

El primero, un gran escritor de crónicas. Tal es su prestigio que la revista *Soho* lo tiene como cronista de planta. Jesús Abad Colorado estudió periodismo, apasionándose por la fotografía para así realizar un impactante trabajo a lo largo y ancho de nuestro país.

Felipe Gómez, el encargado del Taller Literario en el Penal, nos había hecho trabajar las crónicas de Salcedo Ramos. También nos mostró algo del trabajo fotográfico de Jesús Abad Colorado. Por tal motivo, los que verdaderamente estamos interesados en el Taller Literario, esperábamos ansiosos esa charla con estos dos maestros.

Como el grupo de literatura es reducido, pues han seleccionado a los que verdaderamente nos interesa, ese día también asistieron los del grupo de Artes y Oficios.

A las ocho y cuarenta y cinco de la mañana, después de sortear todos los controles y requisitos establecidos en el Penal para los visitantes, hicieron su arribo nuestros invitados de honor.

El cronista, un *currambero* alegre y jovial, conversador como todos los de su raza, nos transmitió con su sencillez la confianza necesaria para hacer preguntas e intercambiar ideas.

El segundo invitado, un paisa de *racamandaca*, nos tocó el corazón hablándonos de su trabajo periodístico a través de la fotografa. Nos contó cómo fue su trabajo en El Aro, un pueblo de Antioquia donde los paramilitares cometieron la primera masacre de la que se tenga registro. Fue una incursión armada contra los pobladores de aquel apartado lugar, según ellos (los *paras*) porque esa gente colaboraba con la guerrilla. Así mismo, nos mostró imágenes de las incursiones guerrilleras.

Al contemplar las imágenes nos dábamos cuenta de que no hay diferencia en el rostro y las lágrimas de un campesino víctima de los paras, comparado con el dolor y la tristeza de otro víctima de la guerrilla, el Ejército o las bandas criminales. Es el mismo dolor, dolor de pueblo, dolor de campo, dolor de patria.

Las horas pasaron volando. Cuando menos pensamos el comandante encargado nos anunció que teníamos que abandonar el recinto, pues eran las diez y media, hora en que nosotros, los internos, debíamos reclamar el almuerzo en los respectivos patios.

Fue tan amena y constructiva la charla, que hasta los más escépticos que sólo van a las clases por las horas de redención deseaban que continuara. Propusieron sacrificar el almuerzo con tal de compartir más tiempo ese rato tan agradable que estábamos disfrutando. Pero nos tocó despedirnos de estos dos grandes hombres que han recorrido el territorio nacional haciendo periodismo a su manera. Uno escribiendo crónicas de las cosas simples que para muchos pasan inadvertidas, pero que están cargadas de una inmensa riqueza cultural, emocional pero, sobre todo, humana. El otro reafirmando aquella frase: “una imagen vale más que mil palabras”, pues su imágenes nos tocaron el alma.

Ojalá estos encuentros fueran más frecuentes, pues enriquecen nuestro intelecto y nuestro espíritu, nos hacen sentir libres al poder expresar nuestras emociones, nuestra forma de pensar desde este lado del mundo, el lado oscuro de la prisión. Porque nosotros también tenemos sentimientos, también somos Colombia.

VILLAVICENCIO



HENRY BENJUMEA
DIRECTOR DEL TALLER

EVOCANDO A MI LLANO

José Arnulfo Moreno García



Vengo de padres *guates*, pero llevo el Llano en el pecho. He vivido viajando siempre por él, mirando su grandeza. Todo el Llano llega hasta Venezuela, con muchos paisajes, chigüires en las pocetas, venados en los esteros, garzas, corocoras, garzones, paticos, y toda clase de aves y otros animales.

En las lagunetas y haciendo competencia con Martín pescador, un tucán de varios colores da un gran salto. Se pasea una danta corriendo para tomar posesión de la laguneta. Un erizo se para firme tirando sus agujetas para parar un marrano cerrero que llega a la fiesta de los animales. Mientras sigo cabalgando en el potro de mis recuerdos, evocando los días libres de mi niñez, siento el empujón de un guardia que no cabe por el pasillo.

No queda sino el Llano y voy a dejarlo que crezca porque dicen que en el Llano está el futuro del país, que es una gran despensa. Fauna, todavía queda. Esperemos que no acaben con todo.

EXTRAÑO CASO

Oswaldo Ávila Martínez



A las siete de la mañana empieza el trajín. Los vendedores de fruta ofrecen sus sabores cantando. De repente, del callejón de la derecha sale un hombre. Parece borracho y camina como si estuviera herido. Ante la mirada inquisidora de los vendedores, se disculpó:

—Soy Raúl Quiroga, de Bucaramanga —dice—, ¿dónde me encuentro?

—En Cáqueza —le contesta alguien—, un municipio en la vía al Llano. Y, ¿qué está haciendo tan lejos de su tierra?

—Mire usted, yo voy para Bogotá, soy vendedor de Colgate; en el terminal de San Gil, después de comer alguna cosa, se subió una mujer, me preguntó si el puesto estaba ocupado, le dije que no, que se sentara, que sería menos *jarto* el viaje. Para abreviar la historia, la tal señorita Sonia, si mal no recuerdo, en Tunja, luego de hablar y hablar, y después de tomarnos un café, se dio mañas de preparar escopolamina que me dio en el bus, antes de llegar a Bogotá. Ahora si me permiten, yo salí el lunes de Bucaramanga, ¿qué día es hoy?

—Hoy es miércoles.

—¿O sea que dormí dos días y este malestar no se me pasa? Y lo que no entiendo es por qué me cortaron las piernas.

LA ESPERA

Armando González Marín



El martes 22 de septiembre de 2009, transcurría como cualquier otro martes. Sin embargo, ocurriría algo que lo haría totalmente diferente. Todo comenzó sin que yo me diera cuenta. Sin pensar que mi vida cambiaría por completo.

Ese día me capturaron y me llevaron a la Unidad de Reacción Inmediata. Al verme tras las rejas sentí que mi vida se acababa; sentí la rabia y el temor actuar dentro de mí, y sentí que las dudas se apoderaban de mi mente. ¿Por qué me pasaba esto?, ¿es que he sido tan mala persona?

Pasados tres días me llevaron a la audiencia de legalización de captura, con la novedad de que mi abogado no tenía argumentos para defenderme. Fue ahí, entonces, donde comenzó mi nueva odisea como hombre, como ser humano.

El 23 de septiembre, que fue un miércoles, me trajeron a la cárcel principal, Casa Blanca. A las siete y media de la noche, la SIJÍN me entregó a la guardia civil del INPEC. Tuve ganas de llorar, pues sabía que en ese momento las cosas se habían complicado bastante.

Me reseñaron y me dejaron en una celda que llaman “primaria”. Me dejaron solo, sentado en el piso sucio (inmundo). Mi vida se

acababa de derrumbar por completo. Esa noche no pude dormir, o mejor dicho, mientras una parte de mí trataba de dormir, la otra buscaba explicaciones al absurdo.

A las siete y media de la mañana del 24, Día de Las Mercedes, me llevaron para la Octava de Seguridad a curarme la fractura de la pierna a causa de una bala que se me alojó arriba de la rodilla. Allí se portaron muy bien. Me ayudaron en todo lo que pudieron: bañarme, curarme, llevarme la comida..., en fin, estaban pendientes de mis cosas.

El primer día de encierro me dio durísimo, me costaba trabajo pasar de la *plancha* hasta el patiecito pequeño y sólo pensaba: “Dios, ¿qué seguirá ahora?”. Ahora que me veía cojo, en muletas y pensando en lo que más me dolía, la posibilidad de perder a mi mujer, el único ser al que amo como loco.

El primer domingo de visita vinieron mi hermana y mi esposa. Qué alegría, qué felicidad tan grande verlas. Sin embargo, después de aquella visita, me dominó la nostalgia, me despertaba en la madrugada con ganas de llorar. Miraba los barrotos y trataba de ser consciente y aceptar que era verdad que estaba preso.

A los quince días me llevaron a la clínica para la operación de la pierna. No se sabe qué fue peor, si la enfermedad o la cura: hacía un calor impresionante, no había ni ventilador, ni televisor. La única recompensa fue el regalo de la guardia, porque se ha portado bien: las visitas diarias de mi esposa. Era feliz pensando que a pesar de mi situación ella me amaba. Pasé dieciséis días de tortura en la clínica.

Un viernes me operaron. Empezaron a las cinco de la tarde y terminaron a las ocho de la noche. De la sala de operaciones me llevaron a recuperación. Cuando pasó el efecto de la anestesia el dolor fue intenso, insoportable.

El domingo me sacaron para la cárcel. Al llegar no lo creía, son tantas cosas a las que no me acostumbraba, llegué a pensar que estaba en otro planeta, pues la verdad no entendía nada de nada.

A las cinco de la mañana era la levantada. Levantarme y caminar hasta el comedor para las comidas, que era todo mi trabajo en esos días, me resultaba complicadísimo. Me sentía vulnerable a todo y a todos, sentí el peso de la incapacidad. Mi situación se puso cada vez más dura. Recordé que había resistido en la misma situación los dos meses de la Octava y eso me dio alientos para continuar.

El 9 de diciembre de 2009, de repente, llegó el capitán de la guardia y preguntó: “¿quién está por Fiscalía?”. Cada uno expuso su caso. Yo le conté que el problema mío era el tornillo que me colocaron. Él contestó:

—Eso no es problema del Patio Colombia, pero *pa’ que* vea que queremos ayudarlo —dijo alguien de rango—, lo vamos a trasladar al baño de una celda que está bastante cómodo.

A tirar baño. Sí, para rematar, con dolor, aburrido y durmiendo en un baño. Así duré ocho días. Después me volvieron a trasladar de celda, al bloque tres. En la celda había diez reclusos, calor, cucarachas y vicio en cantidad. Cuando llegué, me dijeron:

—Hermano, le toca dormir debajo de esta *plancha*.

—Listo —dije—, en la buena.

¿Qué más podía decir? Esos treinta días fueron eternos, la convivencia era dura. Hasta las *recochas* eran aburridoras en la cancha, debajo de tanto calor. Además, llegar a la *plancha* de mi celda y encontrarme todo patas arriba, elementos de aseo partidos, ropa pisoteada. Y lo peor, sin poder decir nada, porque la guardia es la que hace eso. Uno aguanta, resiste, se calma, pero la ausencia de visitas, eso sí se vuelve una terapia de las más bravas.

En los primeros cien días de prisión acostumbrarse a los reglamentos es muy duro. Son muchos, suaves, pero duros. Por ejemplo: levantarse todos los días a las cinco; no esperar visitas los domingos y, en cambio, ver a los compañeros felices con sus esposas. El cambio de horario de las comidas es muy tenaz para el organismo y, lo más duro de todo, es perder la libertad, que no tiene precio, pero como todo colombiano, no sabía que la tenía hasta que la perdí. Lo único seguro era que, quisiera o no, me tocaba echarme al dolor.

Los primeros días en prisión son todo un tormento. La nostalgia de saber que todo lo que uno construyó se va a perder: hogar, hijos, familia. Saber que el ser más hermoso de la Tierra sufre por culpa de uno y su rebeldía. Ahora me vuelvo a mirar preso, solo, y aburrido, pero con la decisión de aguantar hasta el final. Conservo la esperanza de salir ligero y con otra mentalidad. En la cárcel uno está enterrado vivo, la única diferencia es que se puede hablar por teléfono, o si no, ahí sí estaríamos todos jodidos. Pero la verdad es que

no hay deuda que no se cumpla ni fecha que no se venza. Mientras tanto, como dice Alejo:

—Esperar, esperar...

LA HORA MUERTA

Agustín Hortúa Rodríguez



El día empezó caluroso. Cuando hace calor no hay brisa y empieza a subirse una calentura insoportable. El aire trae recuerdos de malos olores: estiércol, verduras podridas, aguas estancadas, alcantarillas urbanas. En esos días, la estadía en las celdas se convierte en una tortura. Si es jueves, por lo menos se puede asistir a misa, aunque allí también se sienten los olores fuertes: impermeables guardados que huelen a moho, a sudor viejo, a preso; de vez en cuando se alcanza a sentir el olor a *pecueca* y hasta a semen nuevo de algún feligrés recién llegado.

Lo mejor es la hora del almuerzo. Cincuenta, ochenta, cien reclusos con la mirada extraviada, esperan su ración mientras hacen cara de no soportar los tantos olores a que se expone el olfato. Son las once de la mañana y el sol se muestra inclemente. Se suda a chorros, a ríos, a mares, pero nadie dice nada. Es peor el encierro, la incertidumbre, los manejos externos de la vida interna.

El silencio no se sienta a comer con nosotros. Siempre hay murmullos, rumores, gritos de alguien llamando a alguien, guardias de mirada inquieta que buscan lo que nunca van a encontrar.

Después, la hora muerta. Tomar tinto si tienes quinientos pesos. Jugar cartas o dominó, o leer algún libro de autosuperación

o cualquier volante con llamadas divinas, porque Dios aparece siempre en los hospitales, en las cárceles, en los cementerios pero nunca en las calles, en los *agites*, cuando se le necesita. Parece que prefiere la tranquilidad impuesta al borbollón de la vida diaria.

A veces se puede dormir en la hamaca del *parce*, mientras la hora muerta sigue muriendo, mientras yo sigo muriendo, mientras todos van muriendo poco a poco.

LA MALDICIÓN

Armando González Marín



Mientras la hojarasca se empeñaba en remolinear sobre el pueblo, muchos recordaron la maldición del padre Benigno. El único al que no le preocupaban tales cuentos, dijo:

—No entiendo cómo, a estas alturas, se puede seguir creyendo en semejantes pendejadas. ¿No ven, no sienten el odio, la violencia, la guerra silenciosa que recorre las calles día y noche? Y ustedes aquí pensando en *güevonadas*.

—Un momento, señor, yo estuve aquí, fui testigo presencial de los hechos —replicó don Roberto—, y desde el día de la maldición, 26 de junio de 1948 para ser más exactos, todo ha cambiado: los jóvenes se marcharon, el verano nos tiene jodidos, los ríos se secan, los animales se mueren, la tristeza crece entre nosotros...

—¿Y?, ¿no hay nada qué hacer?, ¿nos ponemos a llorar? Sáquense esas mierdas de la cabeza, nosotros, *sííí*, nosotros mismos somos los responsables, no responsables, *nooo*, culpables de todo lo que nos pasa, todo está en esas mentes calenturientas en las que anidan fantasmas. Pongámonos a trabajar mejor, en vez de estar buscando explicaciones entre los muertos.

—Y, ¿qué hacemos con esto? —preguntó una viejita, levantando la imagen que los había protegido durante los días malos de la maldición.

Rodolfo, tranquilo, respondió:

—Todos de rodillas, recémosle una oración en señal de gracias.

MY LIFE

Armando González Marín



Esta historia comenzó en el 2004. Yo andaba solo, desilusionado porque una novia me había dejado, así es uno de *güevón*. El 29 de mayo en la mañana, muy aburrido, salí en la moto a dar un *bote* por ahí, cuando vi a una niña hermosa (no sé decirlo de otra manera), que atendía la cafetería de don Ramón. Di la vuelta, *parquié* la moto, me senté y le pedí un tinto. Mientras saboreaba el tinto me imaginaba a qué sabría esa cosita tan rica. La llamé, le pagué todo serio y me despedí con una sonrisa medio maricona. A las dos y media en punto volví a tomarme una Coca Cola. Le pedí que me la sirviera en el vaso, diciéndole siempre “por favor”, con tan buena suerte que se le regó.

—*Uyyy*, qué pena.

—Tranquila, ¿cómo te llamas?

—Stella.

Seguí pasando, mirando disimuladamente. Tres días seguidos tomando tinto en la mañana y Coca Cola en la tarde.

—Te invito el sábado a comer pizza.

—¿Pizza? Me encanta.

—Entonces, a las ocho paso por ti.

Me compré una pinta como *pa'asombrar* a Amparito Grisales. Cuando salió, el sorprendido fui yo. Hermosa no es la palabra; Julio, mi compañero de apartamento, diría despampanante. A la tercera salida me le declaré. A los tres meses nos fuimos a vivir juntos. Creo que debo decir que todo marchaba bien: salidas a bailar, a comer, paseíto los fines de semana, un viajecito a Cartagena a conocer el mar.

Hasta que un día un “amigo” me invitó a hacer una *vuelta* sencillísima.

—Marica, te ganas unos pesos, unos buenos pesos.

Pero todo salió mal. *Pa'la* cárcel, papá. Por supuesto uno a la cárcel va solo, sin mujer, sin amigos, hasta sin alientos.

Mis colegas se burlan, los *hijueputas*, dicen que por qué me quejo. Pero cómo no, si tenía todo, perros, y ahora, ¿qué?, ¿qué me espera en estas cuatro paredes? Veinte años de *cana*. *Pirobos*.

LA RASCADA

José Arnulfo Moreno García



El 30 de agosto de 2011, a la hora del desayuno, ingresaron al patio cerca de cincuenta guardianes. Se pararon como siempre, con don de mando, y nos enfilaron hacia la panadería del Penal. El argumento: una requisita.

Luego de permanecer una media hora en aquel lugar, nos ordenaron quitarnos toda la ropa, menos los interiores. Pasamos por un anillo de seguridad que nos llevaba hasta el punto de la requisita, parándonos al frente de un guardia de seguridad.

El guardia ordenaba entregar la ropa con el fin de proceder a requisarla, luego ordenaba sacudir los zapatos y los interiores, después debíamos abrir la boca y, por fin, dirigirnos al comedor.

En la entrada del comedor nos aguardaban dos guardias bachilleres, armados de un aparato llamado *garre*, que nos introducen entre las piernas para verificar que no llevemos ningún metal. Luego, ingresamos de una vez al comedor.

Después de que todos hemos pasado, cierran la puerta para requisar el patio. Requisan el patio, se abren las puertas del comedor y de nuevo el tropel buscando algún rayito de sol en el patio. Como siempre, cuando pasa la *rascada*, todo vuelve a la normalidad.

LA VIDA REGRESA

Mauricio Parra Serrato



Una familia conformada por el padre, la madre y dos hijas: Indira y Enriqueta. Indira, la mayor, de veinticinco años y Enriqueta, de diecinueve.

Indira se marchó un día de casa buscando mejorar el futuro familiar en otra ciudad. Pasados dos años, recibió un telegrama con la noticia escueta de que su hermana había fallecido. No lo podía creer.

Al llegar al pueblo, a la casa, sintió una gran desolación y tristeza. Sus padres estaban destrozados por la muerte de su hija menor, que hasta ese momento había sido su aliada y compañera.

En la noche, Indira se sentó junto al ataúd a la luz de una sola vela, a mirar el cuerpo inerte y frío de Enriqueta y a preguntarse por qué diablos se había muerto.

Indira, en su tristeza, rezaba: Buda, haz que la vida de mi hermana vuelva a esta habitación.

Buda, al escuchar la ferviente oración, se quedó un momento pensativo: “Verdaderamente, la muerte es necesaria para la vida, pero si hago una excepción a la regla, no sé a qué complicaciones me expongo. Sin embargo, por primera vez cambiaré las reglas”,

se dijo, y por primera vez, Buda permitió que la vida regresara a la habitación sin ninguna restricción.

Al instante, se sentía palpar el corazón de la joven muerta, sus mejillas se pusieron rosadas. Era la vida que volvía a la habitación.

Las moscas en la pared movieron las alas y empezaron a volar. Era la vida que volvía.

Un canario embalsamado hizo sentir su trino. Un tigre embalsamado que se encontraba al lado de la cama, abrió las fauces, lanzó un aullido horrendo y devoró a la muerta revivida, a la hermana y al canario. Era la vida que regresaba a aquella habitación.

RECUERDOS DE INFANCIA

Yebrail Ramos



Viví con mis abuelos desde muy pequeño. Mi crianza con ellos siempre fue a la antigua. Estudio, madrugo, prendo el fogón, hago el tinto, me baño, me enrumbo al colegio, vuelvo a casa a las doce y de nuevo al colegio a las dos de la tarde.

Pero un día mi papá me llevó donde él vivía con otra señora. Ahí mi vida dio un giro total.

Mi madrastra me hacía pegar, día y noche. La única forma de salvarme era irme para la finca. Pero no me escapaba del tormento cuando llegaba al pueblo. Me internaron para que pudiera estudiar, pero como no di rendimiento me tocó volver y seguir con la tortura.

Mi papá me cascaba todo el tiempo por culpa de mi madrastra, pero un día me escapé y llegué a donde mis abuelos. Me miraron la espalda y se asustaron. Le iban a pegar a mi papá para que sintiera lo mismo en carne propia. Lo llamaron pero él no llegó a la casa, sabía que mi abuela no se andaba con cuentos.

Y yo, como un niño, me dejé comprar por una bicicleta que me regaló mi papá y ahí quedó todo. Mi abuela, todavía hoy, con noventa y siete años, detesta a mi madrastra, que murió el año pasado.

DÍAS DE ENCIERRO

José Antonio Díaz



El día comienza a las cinco de la mañana. Mis compañeros de celda y yo nos levantamos, nos cepillamos, nos bañamos, nos vestimos, organizamos nuestras cosas. Como yo estudio con los Testigos de Jehová, organizo mis libros de estudio, la *Biblia*, el cuaderno, la lección del día.

A las seis y media abren la celda. Los guardias cumplen su rutinaria tarea, saludar sin ganas, contar los presos y gritar: ¡pueden salir! Hacemos la fila para el desayuno, seguimos para el patio y comienza otro día, uno más. Desayunar, *patinar* (caminar) por la cancha de *básquet*. A las siete y cuarto empieza la clase con los Testigos y termina a las ocho. Me tomo un tinto y arranco a estudiar el ciclo cuarto, que es el grado octavo y noveno de educación media. A las diez terminamos, salimos al almuerzo.

Como no tengo donde dormir la siesta, me pongo a leer y siempre es lo mismo. En este encierro, uno se va volviendo rutinario, de tanto hacer lo mismo. Todos los días la misma mierda. Lo único que cambia la rutina es cuando llegan cursos cortos y chéveres como el de *Fugas de tinta*, que nos sacan de los esquemas.

Claro, también cambia la rutina cuando hacen “rascada”. Es *maluco* porque mientras los guardias requisan nuestras pertenencias,

nos hacen parar en el patio bajo ese sol ardiente, con esa sed tan verraca. Entonces, uno se pregunta en serio, marica: “¿qué estoy haciendo aquí, por qué la *embarré*, por qué no pensé un poquito más allá?”. Pero luego uno se tranquiliza y vuelve a la rutina.

Cuando no había pasado por esto, creía que todo lo que decían era pura mierda. Siempre escuchaba decir, “eso es pagable”, pero nunca me imaginé que me fuera a quedar tan alta la cuota.

LA SABANA ES UN HERMOSO PANORAMA

José Arnulfo Moreno García



Toda la sabana es un hermoso panorama. Cabalgando por el estero se ven muchas especies de aves, vuelo con mi imaginación y me encuentro con las corocoras vestidas de mil colores, revueltas con garzas que, empinadas, buscan su carnada junto al patico cirirí, haciendo gran algarabía, todas en los esteros, reunidas por manadas. El patico carretero muestra su cuello verde, haciendo una gran travesía. El pavo real llega al alboroto, esponjando su enorme cola, tratando de tomar el mando, pero la guacharaca pone a todos alerta porque vienen varios desconocidos a la reunión. Un loro real, junto con un carasucia que revoloteaban con alegría, también vieron un curumare que llegó con la catarnica. Y un loro español estaba como en su casa. El alcaraván, junto con la caica, formó nuevamente otra algarabía, muy contentos de ver al cristofué con un loro de monte, apostando quién llegaba primero en un juego que habían inventado, pero les ganó un ruiseñor. También se unió un Martín pescador que no había sido invitado y todo porque sobraba la comida. El gallito de agua se reía. Caracoles y sardinas, agujeros y cuchillas sabían que eran la comida preferida. Los loros tumban guayabilla para alborotar a los peces, y ahí mismo, los demás se pegaban su festín.

Esta fiesta sólo se la pierden el picoyatero y la guacamaya, para no mojarse las patas que mantienen entumidas. Los chigüires juegan con altanería, la nutria se sumerge para probar la profundidad y se siente muy contenta acompañada del perro de agua que está en la comitiva.

Este es mi Llano, no sé pintarlo mejor.

BUCARAMANGA



HERNANDO MOTATO
DIRECTOR DEL TALLER

EL OTRO YO

José Arturo Quintero



Se trata de un muchacho corriente. En los pantalones se le forman rodilleras, leía historietas muy a menudo, hacía ruido cuando comía, se metía los dedos a la nariz, roncaba en la siesta que siempre hizo debajo del tamarindo. Su nombre era Armando. Era corriente en todo menos en una cosa: tenía otro yo.

El otro yo tenía poesía en la mirada, se enamoraba de las actrices, mentía cautelosamente y se emocionaba viendo los atardeceres. Al joven le preocupaba su otro yo y le hacía sentirse incómodo frente a sus amigos. Por otra parte, su otro yo era melancólico y debido a ello llegó cansado del trabajo. Se quitó los zapatos, movió lentamente los dedos de los pies y encendió la radio. Sonaba Mozart, pero el muchacho se durmió al final de la *Primera Sinfonía*. Cuando despertó el otro yo lloraba con desconuelo. En el primer momento, no supo qué hacer, pero después se rehízo e insultó concienzudamente al otro yo. Éste no dijo nada, pero a la mañana siguiente se había suicidado.

Al principio la muerte del otro yo fue un rudo golpe para el pobre Armando, pero en seguida pensó que ahora sí podría ser enteramente vulgar. Este pensamiento lo reconfortó. Sólo llevaba

cinco días de luto cuando salió a la calle con el propósito de lucir su nueva y completa vulgaridad. Desde lejos vio que los amigos se le acercaban y eso lo llenó de felicidad e inmediatamente estalló en risotadas; sin embargo, cuando pasaron junto a él no notaron su presencia; para peor de los males, el muchacho alcanzó a escuchar los comentarios: "... pobre Armando, pensar que parecía tan fuerte y saludable".

El muchacho no tuvo más remedio que dejar de reír y al mismo tiempo sintió a la altura del esternón un ahogo que se parecía bastante a la nostalgia, pero no pudo sentir la auténtica melancolía porque toda ella se la había llevado el otro yo.

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN

Lino Rey Anaya



En las ferias y fiestas de Bucaramanga baila alegre una hermosa mujer a quien todos admiran y desean tener a su lado, pero ella se muestra un poco esquiva porque se siente acosada por muchos hombres que la asedian, entre los cuales se encuentra Carlos, quien le solicita bailar un vallenato. Ella le dice que sí porque le cae bien.

Carlos inicia la conversación preguntándole el nombre, y ella contesta que se llama Lucy. En seguida le pregunta por su profesión. Ella responde que es una empresaria; luego, ella le pregunta a qué se dedica. Carlos respondió que era zapatero y que a ella le haría un par de zapatos, pues era muy hermosa y quería que lo recordara toda su vida.

A Lucy le interesó la oferta y se llevó a Carlos para el apartamento. Al llegar destapó una botella de vino. Y resultó que Carlos no era ningún zapatero, pues en medio de las caricias le suministró escopolamina.

Lucy terminó con graves problemas cerebrales y anda por las calles en busca de ese hombre que amó una noche.

EL LORO ENCANTADO

Ludwing Hernández



Isaías, un campesino que vivía con Hortensia, su mujer, en una finca de la Costa, cuidaba el ganado de su patrón Aristóbulo. Y, mientras, se dedicaba a cazar pájaros para venderlos a orilla de la carretera, a los viajeros ocasionales, a los *muleros* y camioneros.

Un día, un viajero, conocido de Isaías, le encargó un loro de la India que hablara varios idiomas. En efecto, Isaías lo cazó en las montañas del Perijá. Lo trajo a su casa y en los ratos libres se lo llevaba a los turistas que iban a caminar a La Sierra. Pasó el tiempo y el loro saludaba en inglés, se despedía en italiano, pedía el alimento en portugués y decía malas palabras en alemán. El loro ya estaba negociado con el viajero en doscientos mil pesos pero, Isaías, que ambicionaba más dinero, salió a la carretera a venderlo al mejor postor.

Así fue que estando a orillas de la carretera pasó un camión con una trompeta de bocina. El ruido fue tan aterrador que el loro saltó a la vía, después de decir *son of...*, y las plumas quedaron debajo del camión.

FUE POR LANA Y...

Luis Alberto Contreras Ortiz



Aquella mañana, Luis se levantó eufórico, alegre a más no poder. Vivía de “gorra” en un sector de la capital, pues lo que se ganaba en una prestigiosa empresa multinacional lo dedicaba a jugar tejo, billar y el más sagrado de los deportes empinados: la rana.

Su alegría provenía de que el día anterior tuvo un apasionado encuentro con su cuñada Gloria, quien era como su segunda esposa, pues Luchito, su hermano, estaba ya separado. Ella gozaba de unos senos bellos, aunada a un cuerpo *albúreo*, ojos verdes y rizos monos que hacían botar la baba a los vecinos del sector.

Concha, su esposa, recién levantada, cual Venus en celo, le ofrecía a Luis los atributos físicos donados por la naturaleza para que éste se saciara en ellos, pero él sólo tenía mente para evocar la tarde anterior en la cual en un destartalado bus capitalino había besado a su cuñada Gloria. Sus deseos eran tener sexo con ella.

Con el paso del tiempo, le llegaron rumores a Concha de que su Donjuán andaba en amoríos con una mujer que, según los chismes, vivía al norte de la ciudad, pero como Gloria siempre llevaba el cabello recogido en una pañoleta y gafas oscuras, era casi imposible reconocerla.

Para tormento de Luis, Gloria no había tenido sexo con él, sino que lo complacía por medio de masturbaciones y felaciones que lo enardecían día a día hasta el punto de que ya no buscaba a su hermosa mujer, pues la idea, ahora sí generalizada en su mente, era desflorar a su adorada cuñada.

Una tarde, llegó temprano del trabajo a su casa y se recostó a “perecear”, cuando sintió unos golpes en la puerta del, por cierto, espacioso cuarto donde vivía con Concha y sus dos hijos. Y al no levantarse a abrir, ésta fue abruptamente tirada por Gloria, quien con una plancha General Electric lo atacó furiosa, reclamándole el por qué lo había visto haciendo el amor con Concha, sí, según la misma Gloria él era todo para ella. Esta situación originó inquina, peleas y al fin, la explosión de esa bomba de TNT que era la relación extramarital con su cuñada.

De este modo, al galán le tocó marcharse de allí, quedando sin el amor de su esposa, con la risa de su cuñada y el recuerdo del llanto de sus dos pequeños hijos.

JAMUNDÍ



MIGUEL ANTONIO RAMÍREZ
DIRECTOR DEL TALLER

AMOR AUSENTE

Diana Abella



Sola camino por este valle tan sombrío
donde sólo veo flores con colores muy extraños.
El llanto recorre mis heladas y pálidas mejillas;
me pregunto, ¿dónde estás? Si desde tu
nuevo mundo piensas un poco en mí.
Querida mía, extraño tus caricias, dame
un beso de esos que en aquellos días
de seguro mis ánimos seguramente restaurarían,
ya no te ríes de mis tonterías, ya olvidé
tu rostro, pero no logro olvidar tus
ironías, cuando en vida me decías que
por ser tan grande nuestro amor
estaríamos juntas de por vida.

Ven, levántate y cúpleme todas las
promesas que me hacías, ¿o acaso no
recuerdas cuando a oscuras me decías
que contigo yo envejecería?

Hoy sigo joven, pero muero en vida
sin tus besos, sin tus caricias. Por favor,
dale fin a esta agonía, que es lo
único que me ha dejado tu partida.

Ahora sólo conozco mi llanto y melancolía;
y tú ni me miras. No te portes egoísta y
compárteme un poco de este valle que te
acompaña todo el día.

Cadavérica y fría, ahora muerta,
amada mía.

Sin ti mi vida se siente vacía
y no tengo más que mi triste poesía,
para que, desde el cielo, sepas que
siempre serás el amor de mi vida.

UN AMOR QUE NO TERMINA

Diana Abella



Llevo tres años tratando de acostumbrarme a todo esto, pero en mi intento y desesperación aún no puedo lograrlo. La tristeza y la soledad se apoderan cada vez más de mí. Hoy siento que es inútil seguir luchando por algo que sólo Dios sabe cuándo llegará. A veces me pregunto cómo Dios permite tanto sufrimiento a un solo cuerpo. Llevo un año sin poder ver a mis hijas, un año en el que sólo les puedo oír sus tiernas e inocentes vocecitas, y me duele el alma, porque soy consciente de que todavía falta mucho tiempo para volver a verlas.

Me pregunto cómo puede haber gente tan dura e insensible como lo es el papá de ellas, que tiene la capacidad, pero no la voluntad, de traerlas. Todos los días me pregunto cómo serían las cosas si él fuera el que estuviera en mi lugar. No le deseo la cárcel, nunca lo he hecho, es sólo que me gustaría que sintiera un poco de soledad.

Hay días en que mi mente construye una película en la que yo estoy fuera y él aquí viviendo este encierro; y me imagino todos los domingos visitándolo, cada mes diciéndole a mis hijas: “muñecas, alístense que vamos a ver a papito”. Pero esto es sólo mi maldita

imaginación, porque mi verdad es mis días de prisionera, purgando una condena de doce años y seis meses, que parecen no tener fin, y no logro contener mis lágrimas, siento que mi corazón se va a estallar. Me duele la cabeza y no logro conciliar el sueño, pues mi mente no deja de viajar al lugar donde tal vez pertenece mi cuerpo: a mi casa, al lado de mis hijas. Las abrazo con mi corazón, las beso con mi imaginación, les repito una y otra vez que las amo y que jamás las olvido, que son mi razón de vivir, la fortaleza de mi lucha, que jamás, jamás, las voy a dejar solas.

Mientras recuerdo en mi soledad la canción de cuna que cada noche les cantaba para dormir, esa linda canción que tanto les gustaba y que con recelo guardo en mi memoria cada una de sus letras, para cuando salga, volver a cantárselas..., pero despierto de mis deseos y recuerdo que el tiempo sólo se detuvo para mí y para ellas no, y que cada día pasa y se convierten en unas hermosas señoritas, y que tal vez cuando yo salga ya no quieran oír mi vieja canción de cuna.

LA BELLEZA DE MI SOLEDAD

Carolina Garzón Ruiz



I

La belleza de mi soledad está en que en ella encuentro a mi ángel
que ilumina mis angustias de una vida sin vida.

Ángel, tú que me inundas de esperanza,
tú que me acompañas en la agonía
agonía de la vida maldita
por cientos de espectros que habitan el día.
Ángel guardián de mi mundo
mundo oculto a las sombras malditas
llora mi fatigada vida.
Vida ya apagada por sus mentiras
mentiras dadas a nuestra existencia.
Existencia marcada por una belleza de nada
belleza hecha de ilusiones baldías.
Ángel de mis días,
luz de vida,
arráncame de este mundo que odio,

déjame ver la verdad que se me niega,
verdad escondida, y el que la tiene
está loco, pobre loco rechazado del mundo.

II

Loco como yo, como ninguno,
que ama a un ser que no existe.
Existe en su mundo oscuro
pero oscuro amante del alma.
Deseo implacable que llena mi existencia baldía.
Te espero en mí y espero que tú me esperes
en la soledad tan placentera,
sin palabra, sin ruido más que mi alma.

III

Placer que encuentro en mi silencio
soy yo, sin nada, con todo,
desnuda mi ser
sin satisfacer a nadie ni a nada.

DOLOR DE MADRE

Adriana Segovia



Hoy el dolor de no poder
tenerte conmigo ensombrece
mi alma; mis sueños y
anhelos se desvanecen y
caen en fragmentos al piso,
ellos forman charquitos rojos
de agonía, brillan escarlatas
en la oscuridad. Mis alas
ya no vuelan, se han roto
y ya no sostienen la cordura,
mis ojos están ciegos de
no querer ver, mis manos
no sienten y mis sentidos se
acaban, mis fuerzas no sostienen
el orgullo y la altivez.
Sólo escucho el reír de las
rejas y los muros,
saben que estoy vencida y
a su merced, ¡caso no entienden

que mi corazón y mi ser no
les pertenecen? Que nunca
serán suyos, se apropiaron
de mis alas, mis recuerdos y mi libertad.
¿No es suficiente el holocausto ofrecido?
Las penas y los suspiros, las
lágrimas y las vidas no
las complacen, desean más,
desean el corazón y el amor,
consumen interminables dosis
de dolor, de locura, de
agonía y soledad.
Son invencibles
en su encierro y represión.
Mas queda algo que
nunca obtendrán, que me pertenece,
que no podrán sustraer, robar,
comprar o negociar jamás:
mi corazón, mi alma y
mi amor por tí, hijo mío.

HERMOSO ATARDECER

Mariluz Poveda Castañeda



I

En un atardecer me siento a recapacitar en todo lo que ha sido mi vida hasta ahora, y he llegado a una conclusión: si mi madre no hubiera fallecido todo sería totalmente diferente. Pero quiero contar un poco de lo que ha sido mi vida hasta ahora.

Mi madre falleció cuando yo era muy pequeña. La vida me ha dado muchas oportunidades. Sin embargo, siempre queremos hacer todo lo que se nos antoja sin medir ni mirar las consecuencias. En este momento creo que estoy pasando por una de las situaciones más duras de mi existencia.

El día de hoy me hice un chequeo médico. En este momento me siento con mucha ansiedad, pues estoy esperando los resultados de unos exámenes ya que últimamente no me he sentido muy bien de salud. Tendré que esperar unos días para el resultado y esos días para mí serán como años. Es como si en el fondo algo estuviera pasando, siento un gran presentimiento.

II

En este mismo momento me dirijo hacia la clínica para que el doctor me diga cómo han salido esos inesperados exámenes, creo que siento demasiada ansiedad. Llego, me dirijo hacia el consultorio, camino por un largo pasillo pero por más que trato de llegar siento como si me estuviera dirigiendo por un laberinto sin salida y en vez de ir hacia el consultorio del médico es como si me estuviera dirigiendo hacia el consultorio del terror. En las paredes hay muchas imágenes, nada agradables. Creo que voy por el pasillo de la muerte, en medio de todo escucho voces, gritos. Todo lo que en algún momento tenía color se ha tornado de un color gris. En vez de sentarme en una silla normal, creo que me sentaré en una silla eléctrica. Es algo inexplicable en medio de tanta tristeza.

—Hola, señora Diana, vengo para lo de mis exámenes.

—Espera un momento porque tiene que estar presente la psicóloga.

—¿Pero..., por qué? ¿Qué pasa?

—Nada, solamente un requisito que debo cumplir. No te preocupes que no es nada malo.

Después de un largo rato llegó la psicóloga en compañía del doctor. Entramos al consultorio, me siento. Me dan una de esas charlas baratas, esas que hablan y hablan; de lo aburridas que son se siente como sueño, un poco de pereza. Después de tanta palabrería llegó el momento que tanto había anhelado.

—¿Qué pasa, doctor?

En ese momento se siente todo el lugar como en suspenso. El doctor me mira pero no sabe ni cómo hablarme. De nuevo repito:

—¿Doctor, que pasa?

Él me dice:

—Quiero que tomes esta noticia con calma.

—Dígame de una buena vez, no quiero más rodeos.

—Listo, te la diré, tienes VIH.

—Doctor, dígame que no es verdad.

—Mira, no quiero que te pongas mal, solo quiero que hagas memoria, ¿quién te pudo contagiar?, pues en este momento puede estar contagiando a alguien más.

—No sé, pues trabajaba en un bar de esos que les dicen que son de mala muerte y son tantos los clientes que no sé ni el día ni la hora. Solo sé que en este momento mi vida no tiene ningún sentido.

—No digas eso, tienes unos hijos por quienes luchar. No te des por vencida sin dar la pelea, en este momento la medicina está muy avanzada. Quiero que pongas un poquito de tu parte, tenemos que hacer unos estudios más a fondo.

—Pero, doctor, no quiero que mis hijos pasen por todo lo que me ha tocado pasar. Creo que lo único que me preocupa es el cómo podré lograr sacarlos adelante. Con todo esto siento como si mi vida en este momento hubiera tomado otro rumbo, pero sin ningún tipo de esperanza, como en un callejón sin salida. Creo que nunca pensé en que me pudiera pasar esto, quisiera saber quién fue, pero es triste el no saber nada de esa persona.

III

Por un largo tiempo entré en una depresión sin saber nada de mi vida. Me refugié en la medicina psiquiátrica, llevo más de un año tomando esa medicina, pero en este momento creo que debo tomar una decisión. Llegó la hora de darle la pelea a esta situación que estoy pasando, pues mis hijos me aman y es una buena razón para luchar. No quiero seguir mirando atrás, quiero mirar hacia el futuro aunque confieso que no dejo de sentir miedo. No quisiera el rechazo de las personas que más amo, ya que en algún momento se tendrán que dar cuenta que en mi sangre habita un mal muy grande. Siento un gran temor, pero considero que tengo la necesidad de hacer un *stop* en mi vida para poder pensar en todo esto más a fondo.

Llevo año y medio sin tener un control medido, ha pasado tanto tiempo que no sé ni para dónde coger, creo que el miedo que se siente de uno morir es lo que lo motiva a uno para luchar, a hacer cosas que nunca habíamos hecho. En este instante creo que la enfermedad no es como muchos dicen, pues así aprendemos a querernos más, a cuidarnos, a tratar de no hacer cosas que dañen nuestro cuerpo, cosas que nunca antes se habían tomado en cuenta para nuestra forma de vida, situaciones que en algún momento no

pensamos que eran malas para nosotros mismos, pues el VIH no te mata si tienes un cuidado adecuado con tu salud; pueden pasar muchos años, pero si te cuidas puedes durar muchos años más. Creo que en este momento le estoy ganando la pelea a la muerte, quiero vivir cosas que nunca había podido hacer o que nunca había tenido en cuenta.

Quiero tratar de recuperar el tiempo perdido al lado de mis hijos. Este hermoso atardecer me ha puesto a pensar en muchas cosas y creo que la vida vale mucho; por difíciles que sean los problemas, nunca debemos darnos por vencidos sin haber dado la pelea.

LA BÚSQUEDA DEL AMOR

Diana Giselle Nieto



Nací el 7 de septiembre de 1984, y nunca imaginé que iba a sufrir tanto dolor, tristeza, rabia, y la ausencia de lo que más amaba: mis hijas. Yo contaba con la presencia de mi madre, con la que me sentaba a conversar muy agradablemente hasta que a mi vida llegó un mal hombre. Ahí empezó mi pesadilla. Él se llama Jorge.

Mi mamá se separó de mi padre porque no llevaba una vida sana, pues estaba consumido en los vicios. Ella dijo que lo había dejado porque ya no tenía arreglo. Yo siempre quise tenerlo a mi lado, pero eso era imposible. Mi anhelo era contactarme con alguien para encontrarlo, pero era aún muy pequeña, no sabía cómo hacerlo. Pero, bueno, volvamos a donde comenzó mi pesadilla.

No recuerdo exactamente la edad, sólo recuerdo que era muy pequeña cuando mamá empezó a dejarnos solas con ese señor. Y digo solas porque somos cinco (cuatro mujeres y un hombre). Yo sé que mamá no nos dejaba solas con él porque quisiera, sino porque el abuelo estaba muy enfermo y no tenía quien lo cuidara. Así empezaron esas horribles noches. Un día, él llegó borracho y yo estaba durmiendo. De pronto sentí que me estaba acariciando, pasaba por todo mi cuerpo sus manos, hasta quitarme la ropa interior y así

satisfacer sus necesidades. Así trascurrió mucho tiempo, mientras yo vivía con ese miedo a que llegara la noche y mamá no estuviera. Recuerdo que al fin tomé aire de valentía, eso sería cuando tenía trece años. Él llegó con una chocolatina, me tocó y se sentó al borde de la cama donde me encontraba. Se me acercó, me dio la chocolatina, me tocó las piernas. Yo, enfurecida, se la tiré a los pies, lo miré a los ojos y le dije:

—Nunca más me va a tocar y menos a pegar porque usted no es mi papá.

Y nunca más me volvió a abusar, y tampoco a pegarme. Seguí con mi vida normal: estudiaba, jugaba, aunque a veces lo hacía para que mamá no se diera cuenta. En mis pensamientos estaba no contarle, porque ella nunca había sido feliz y también había sido abusada.

Cuando cumplí quince años estaba validando el bachillerato, sábados y domingos todo el día y, la verdad, no era muy *amiguera*, aunque había una muchacha que era muy buena persona. Un día me invitó a jugar, yo le contesté con negativa, pero ella no se conformó con esa respuesta. Me preguntó qué me pasaba, y yo le conté todo. Fue por ella que decidí contarle la verdad a mi mamá. Y fue allí cuando decidí salir de mi casa.

Empecé a trabajar interna con dos sargentos, don César y la señora Gladis, por cierto excelentes personas, pero les fallé, traicioné su confianza cuando ellos decidieron viajar en diciembre a Santa Marta. Yo tenía salida cada quince días y en una de esas volví a encontrarme con un chico que conocía desde niña y me gustaba mucho. Entonces, le di el número telefónico donde me encontraba trabajando. Cuando mis patronos se fueron yo empecé a llevarlo a la casa. Al regresar, doña Gladis tenía orden de ir a trabajar en Estados Unidos. Yo les cuidaba a su hermosa hija de dos años, Angie. Don César sí se quedaba, pero igual, no mantenía en casa. Salía muy temprano y llegaba muy tarde; así yo aprovechaba su ausencia y entraba a Danis.

En resumidas cuentas, me retiré de trabajar para irme a vivir con él. Inclusive abandoné a mi mamá, que me había puesto a escoger entre él o ella; obviamente lo había escogido a él. El problema fue que no vivíamos solos puesto que estábamos en la casa de un amigo

que teníamos en común, y por el cual terminamos. Ahí mi vida empieza a ser mucho más difícil.

Nicolás, el amigo, me había dicho que yo había sido una apuesta entre ellos dos. Yo reaccioné muy mal y, sin pensar en las consecuencias, me acosté con él, y a los poquitos días él mismo se encargó de decirle a Danis que había estado con él. Nos separamos. Poco tiempo después me enteré de que estaba embarazada. Vivía con mi mamá y con aquel hombre que había arruinado mi vida, por el que decidí irme de casa.

Un día Danis me llamó, se enteró de mi embarazo y se puso muy contento. Al nacer mi hija, mi mamá decidió separarse de ese señor. Ella sufrió mucho, me dejó con Danis mientras iba a buscar un lugar donde vivir dignamente. Según lo que ella me cuenta, pasaron frío, sueño, hambre y hasta humillaciones. Bueno, la verdad no quiero recordar algunos capítulos de mi vida que son dolorosos; solo quiero contarles que he andado por muchos lugares y he estado con muchos hombres buscando olvidar a Danis, el amor de mi vida y el padre de nuestro retoño. Aunque conocí un hombre casi que maravilloso, digo casi porque en algunas ocasiones fue muy brusco conmigo. Con él compartí seis años de mi vida. Cuando lo conocí yo tenía dos hermosas muñecas, una de ellas murió. Hoy en día vuelvo a tener dos niñas, la niña de Danis y la que tengo con él.

En la actualidad me encuentro purgando una pena de doce años de prisión. Ya llevo nueve sin ver a Danis, pero aún en este lugar sueño volver a verlo y aclarar muchas cosas que fueron un mal juego del destino y de quienes no nos querían ver juntos. Y sé que algún día lo voy a lograr, porque aún lo espero.

TAN LEJOS

Doris Suárez G.



Ya no reclamo pertenencias,
territorialidades ni hastíos.
He perdido mis raíces
y el futuro es sólo un niño
que espera con ojos desolados.

Ya no sé qué significa
regreso ni memoria.
Vacía estoy e insomne
en esta noche que tampoco
me reclama.

He quedado aquí, escéptica,
rodeada de murallas.
Y, ¡vos tan lejos!

SIN LUNA

Doris Suárez G.



De repente te derriban.
¡Y no sé por qué el asombro!
Otros han caído antes que vos,
de algunos no ha quedado rastro.
Hemos llorado y puteado
pero seguimos de pie
sin orgullos heroicos,
sólo de pie,
sin una lámpara ni una luna,
alumbrados solo por una rabia loca
que hunde sus preguntas
como garfios.
¡Y ahora también cae tu frente derribada!
Decisión de mercaderes,
gula poderosa y siniestra,
hambre de tierra que no sacia:
Madre, de repente te derriban
y yo quedo sin vos,
aullando sola sobre la Tierra.

DECISIONES

Doris Suárez G.



A Sofía ya no le gustaban los días brillantes y soleados. Los ojos le lloriqueaban un poco y, para colmo, observándose detenidamente en su espejito clandestino, había notado unas finísimas grietas en la nariz y en las mejillas. “Tendré que pedir un protector más potente para la próxima encomienda”, se dijo Sofía con un dejo de preocupación. Aun así, no faltaba ni un solo día a su jornada de *chateo* amoroso.

Adquirió gran habilidad en la escritura y en subirse a las ventanas. Enlazaba la toalla blanca de dotación en un travesaño de la ventana, apoyaba la pierna derecha en el alféizar y, agarrando las dos puntas de la toalla, tomaba impulso y quedaba de pie en el marco. Luego escalaba cuatro “escalones”, sacaba las piernas por los agujeros de la ventana y se sentaba en uno de los estrechos travesaños. Finalmente sacaba los brazos hasta quedar como una tortuga en su caparazón enrejado. Una vez instalada en su “oficina”, empezaba a ondear la toalla haciendo pequeños remolinos con ella.

Este era uno de sus códigos en el *chat* carcelario: una ingeniosa forma de comunicación interactiva entre hombres y mujeres prisioneros en un mismo establecimiento, donde una toalla hace las

veces de teclado y la pantalla es el aire. A lo lejos, a unos trescientos metros, pegados a las ventanas, aparecen los hombres, ávidos de contacto femenino, tan débiles como Adán, ondeando también sus toallas y respondiendo con entusiasmo a los mensajes recibidos. Así como en las misivas reconocemos a nuestros corresponsales por la inclinación, el ancho o los adornos que le hacemos a las letras, las *chateadoras* también reconocen los trazos y movimientos serpenteantes de las toallas, y difícilmente pueden ser falseados.

Sofía es paciente. Forma pequeños remolinos y espera a que Hugo le responda desde la lejanía con una señal similar. Una vez identificados, Sofía escribe un, ¡ola!, sin hache, y recoge los dos extremos de la toalla simulando una cuna. Al otro lado, Hugo leerá: “hola, bebé”. Ya llevan más de siete meses chateando diariamente. También se escribían por el correo interno, pero este servicio era muy lento y poco seguro. Ellos preferían *chatear*. De ventana a ventana se escribían frases cortas y triviales, se enviaban besos, se reían escribiendo la universal onomatopeya del *ja, ja*, y de vez en cuando también se enojaban. Cuando esto sucedía, tenían que acudir a los demás *chateadores* para restablecer la comunicación. Casi siempre Sofía se hacía de rogar un poco, pero terminaba cediendo. *Chatear* para ella se había convertido casi en una adicción, un vicio que no lograba calmar ni con el cigarrillo, ni con una caminata circular por el patio.

Uno de esos días en que estaba enojada con Hugo, aceptó *chatear* con otro prisionero y desde otra ventana. Luis, su nuevo *chateador*, era un joven de veinticuatro años, de la misma edad que ella, con el que inició una conversación tipo indagatoria y casi sin darse cuenta terminó en un romance juvenil, poblado de risas y ternezas.

Cuando no *chateaba* con Hugo, lo hacía con Luis y así los días planos y repetidos le parecían más entretenidos y hasta emocionantes. Total, la reclusión no ofertaba casi actividades, así que el *chateo* resultaba el mejor recurso ocupacional para muchos. No había querido enviarles fotos para que la conocieran, pero su juventud le daba licencia para autodescribirse favorablemente y pidió que ellos hicieran lo mismo. Luis, con mucho humor, se hizo un autorretrato caricaturesco; y Hugo, un poco más formal, le envió una pequeña

fotografía con su rostro para que ella misma juzgara. ¡Le gustó! Un hombre de unos treinta y cinco años, de mirada segura, facciones regulares y viriles, y cuello y hombros anchos. ¡Un *bizcochote!*, pensó Sofía con lujuria. Claro que Luis no dejó de parecerle “indo”.

Casualmente, por esos días llegó a la penitenciaría Fabián, un prisionero con el que había coincidido en varias remisiones en otra cárcel, quien luego de enviar varios mensajes indagando por ella, logró ubicarla. Por experiencia sabía que los *chateadores* son excelentes observadores, así que dudó en responderle porque Hugo estaba en la misma torre y podía darse cuenta. No quería propiciar una escena de celos. Ante tanta insistencia de Fabián y el grato recuerdo que tenía, aceptó *chatear* con él pero tomó algunas precauciones: se cambiaba de camiseta y se recogía su largo cabello de manera diferente. También modificó el estilo de las letras. Simuló no tener experiencia *chateando*, así se dio el lujo de escribir cada letra lentamente, haciéndoles pequeños adornos y dobleces hasta que llegó a mecanizarlos hábilmente. Con Luisito no había problema pues no sólo *chateaba* con él en la ventana opuesta sino que también usaba su segundo nombre para identificarse.

Con este virtual trío amoroso, Sofía se sentía amada, deseada, sublimaba sus normales pulsiones sexuales y uno que otro obsequio económico. Salvo por los pequeños enojos de enamorados, su vida transcurría tranquilamente. Casi se podría decir que vivía contenta. La guardia ya no se ocupaba de las *chateadoras*. Inútiles habían resultado las tácticas empleadas para disuadirlas y evitar que se treparan a las ventanas. Ni la amenaza de traslado de patio, de informe o de *gaseada* habían logrado refrenar ese Eros voluntarioso y transgresor que inundaba a las jóvenes prisioneras. Además, aunque intentaron castigarlo como falta grave, no encontraron en el restrictivo reglamento un numeral que prohibiese el *chateo*. ¡Qué suerte!

En cierta ocasión, Hugo le escribió fastidiado y celoso diciendo que la había visto *chateando* con otro. Ella lo negó firmemente, pero él insistía que era ella pues la había reconocido por las botas rojas. Unas botas inconfundibles que Sofía sólo se ponía ocasionalmente y que había olvidado ocultar cuando *chateó* con Luis. ¡Carajo! Aun así, continuó negándole. “Esas botas las vendí, ya no son mías”, insistía. Hugo continuaba enojado sin creerle. Para colmo, había leído parte

de las señales y juzgó que esas no eran charlas de “amigos”. Sofía al verse pillada optó por el último y más eficaz recurso: el enojo. “Respéteme que yo soy muy seria y si no cree en mí pues dejamos las cosas así, y listo. Suerte y *chao*”. Y se fue bajando de la ventana en actitud digna. Durante dos días se negó a responderle los llamados a Hugo, quien al sentirla tan firme en su negativa le pidió perdón por sus celos y su desconfianza. Sofía lo aceptó nuevamente y se prometió a sí misma ser más cuidadosa y nunca más volverse a poner las botas rojas.

Entre *chateos* y cartas, los sentimientos de Sofía se confundían. Lo malo era que tendría que decidirse por uno de ellos, al menos para la visita íntima, que luego de llenar varios requisitos la cárcel concede por cuarenta y cinco minutos, una vez al mes. Es una lástima que no permitan el ensayo (error), o la “bigamia”, pensaba con picardía Sofía. Uno solo debía ser el elegido. Los tres decían amarla y ella también en sus cartas desfogaba sus necesidades afectivas y carnales. Para no confundirse, había optado por enviarles simultáneamente las mismas caricaturas amorosas que coloreaba con delicadeza, al igual que los mismos versos y mensajes de tarjetas a los que indefectiblemente remataba con un “Te amo”.

Las tres cartas que semanalmente enviaba eran tres copias con ligeras variantes. Una vez contaba su corta vida y, *chateando* diariamente con ellos, sus misivas se reducían a un enorme dibujo rodeado de fragmentos de canciones que intercambiaba con otras *chateadoras*, aderezado con frasecitas cursi, amorosas e insinuantes que todos disfrutaban.

Sofía fantaseaba con ellos, su corazón latía aceleradamente imaginando a sus potenciales amantes. Quería y no quería escoger. Le gustaba ese juego infinito de ternura y lujuria pero la piel también le reclamaba. El deseo a veces la acosaba: llevaba mucho tiempo dando y recibiendo besitos tirados, o de papel que no la compensaban. Tenía que elegir, pero como niño en palettería no sabía cuál escoger.

Consultó con sus amigas hasta encontrar una que coincidía con ella y así ratificó la decisión tomada: sacaría la visita íntima con Hugo, el mayor de los tres y el más serio. A juzgar por sus apasionadas cartas, era tierno y sensual. Le contó que tenía un hijo y que

su mujer lo había abandonado, “le había cogido la curva” a los pocos meses de caer en la cárcel. Por eso le agradecía a Dios que Sofía hubiera aparecido en su vida, pues no sólo le alegraba los días sino que le había devuelto la confianza en el amor y en las mujeres. Estaba segura de que cuando los dos estuvieran libres formarían una hermosa familia. Sofía suspiraba leyendo sus cartas y los planes optimistas que Hugo le proponía. Estaba segura de haber hecho una buena elección. Los hombres maduros no sólo eran más expertos sino también más fieles y estables.

Cumplió con los trámites burocráticos exigidos por la reclusión para que le autorizaran la visita íntima y continuó con el mismo entusiasmo *chateando* con Luis y con Fabián, eludiendo hábil y cariñosamente sus requerimientos. Ni por un solo instante pensó en contarles y tampoco les negó los “Te amo” a los que ya estaban acostumbrados.

Ante la falta de respuesta a su petición, Sofía decidió averiguar directamente qué pasaba. La funcionaria encargada le informó que no podían concedérsela, porque el señor Hugo González, a quien ella presentó bajo declaración juramentada que era su compañero permanente, tenía registrada otra esposa que lo visitaba periódicamente.

Rabiosa e indignada se dirigió al *chat*. Pidió a varias de sus compañeras que le averiguaran la verdad. ¡No es fácil! Los *chateadores* no quieren meterse en problemas. Con argucias mujeriles lograron vencer la solidaridad masculina bajo la promesa de no revelar la fuente. Confirmado: Hugo no sólo recibe visita quincenal de su esposa sino que es ella la que trabaja y lo sostiene económicamente...

Sofía se desgajó en insultos. Lloró rabiosamente. Su ego de mujer quedó lacerado. Una compañera le prestó su hombro para que se desahogara: “todos los hombres son iguales, unos falsos, perros, traidores e infieles. Mira que hacerme esa *chanchada* a mí, justo a mí, ¡que soy tan seria...!”.

NEIVA



BETUEL BONILLA
DIRECTOR DEL TALLER

DÍAS EN PRISIÓN

Rodrigo Horta Charry



Llevo diez meses en prisión, en donde te quitan un mundo y te introducen en otro, como a un ave que engorda y que por su peso no ha logrado volar de nuevo. Aquí vivimos días de altibajos en los cuales se pierden las ganas de seguir existiendo. Todos los días ocurre lo mismo.

Cinco y media de la mañana: abren las celdas, te duchas, te vistes y desayunas.

Once de la mañana: llega el banquete del almuerzo.

Tres de la tarde: abren las celdas para ir al baño. Llega la cena, tragas y te encierran. ¡Qué rutina tan *hijueputa*!

Lo único que cambia son los sábados y los domingos. Otro dolor de testículos. Sábado, visita de hombres. La mayoría de las veces viene mi padre, un adulto de sesenta y seis años de edad, mi pobre viejito, al que le han pasado unas...

Un día de visita el puto perro lo olfateó de los pies a la cabeza, ladrando, y lo dejaron para hacerle una requisa más cuidadosa. Le hicieron quitar la ropa y a mi viejo, que no se le pela sino a mi mamá, le tocó mostrarles su *güevo* a los guardias. Lo hizo por entrar a verme.

Los domingos, visita de mujeres. Generalmente viene mi esposa, y cada vez que entra me hace unos comentarios... Me cuenta

que algunas mujeres se las dan de avispadas, llegan tarde y quieren entrar de primeras. Y cuando las pillan, empieza la venta en la plaza: “Está que se *culea*, ¿no? ¡Muy *arrechita*, o qué, malparida?”.

Además, comienzan a compartir sus experiencias vividas en el Instituto, haciendo comentarios tales como: “El mejor *polvo* que me he echado en la vida es el *polvo* carcelero”, “mi pareja me hace el oral con menta”, “lo mejor es el *turbo*”; “no, *hijueputa*, entremos ligero”.

Mi esposa, con gran curiosidad, me preguntó si yo sabía algo del *turbo*. Le dije que sí y le expliqué que son unas bolitas pequeñas que el hombre se hace colocar encima del pene, las cuales, al tener relaciones sexuales, hacen que las mujeres tengan más placer. Ella me respondió: “En treinta años de edad es la primera vez que escucho eso del tal *turbo*. Amor, también escuché algo de la *pasta*, ¿qué es eso?”. Le expliqué que es un medicamento que da la cárcel a los psiquiátricos para mantenerlos dopados. Los internos le dan otro uso, cogen la *pasta*, la trituran hasta que se hace polvo y luego la mezclan con un poco de agua y se la aplican en la cabeza del pene para adormecerla, y de esta manera prolongar la relación sexual.

En realidad, aquí he tenido muchas experiencias nuevas, y qué experiencias! Casi todas las noches, por las rejas, miro el cielo, y cuando está despejado logro ver lo bonito que es. A veces creo que estoy loco, porque le hablo a las estrellas y a la Luna y creo que éstas me responden. De hecho, son mis nuevas amigas, no revelan mis secretos, no me reprochan, no me dan malos consejos, casi siempre están disponibles para escucharme y, lo mejor, no tengo que caminar tanto para encontrarlas, basta dar dos pasos y una mirada al cielo, y ya está.

Esta es mi rutina, esperando que los días pasen para cumplir mi pena y recobrar mi libertad, como aquella ave que intenta regular su peso y vuelve a levantar el vuelo.

EL HOMBRE DE LAS ALMOHADAS

Jorge Eliécer Ortiz Manrique



Ahí estaba, pasando ante mis ojos, aquel sujeto de caminar lento y cuerpo tirado hacia atrás, como si resistiera la fuerza de un caballo que estuviera halándolo hacia adelante, hasta el punto de hacerlo ir de bruces. Pero la cuerda que lo unía al animal invisible también era invisible. Yo solamente podía ver al individuo que continuaba oponiéndose a la fuerza descomunal de aquello que lo arrastraba.

Fue transcurriendo el tiempo. Para entonces, ya se me había convertido en una costumbre asomarme a observarlo desde el corredor del segundo piso del patio donde vivo. Hasta que llegó un día en el que pude notar su grosura, y de inmediato imaginé que el sujeto se había colocado un enorme almohadón debajo de su camiseta, sobre su estómago, y otros dos dentro de su pantalón, un poco más abajo de la cintura, sobre el inicio de sus piernas, una a la derecha y la otra a la izquierda. Se veía tan grueso que sólo le faltaban el asno y el sombrero bien alón para que fuera el fiel escudero del caballo *Rocinante* cuando iban contra los molinos de viento.

Entonces me dije: “¡Qué inteligente! Él sabe que uno de estos días no va a poder resistir más y va a ser obligado a visitar este duro suelo, y se ha preparado con aquella blandura para amortiguar

la caída”. En ese momento se le acercó alguien y escuché que le decía:

—Entonces, ¿cómo fue, viejo?

—La *rebuena* con *teus* mi padrecito, *sisarra*. Todo bonito que ya casi llegan las gordas, y las gordas son todo, papá, porque está haciendo una *gurbia* maquiavélica.

También escuché que lo llamaron por el nombre de una empresa transportadora. Yo pensé: “Eso se ganó por las almohadas; lo están comparando con algunos de esos buses que viajan por el país”.

Ese día se realizaba un encuentro de microfútbol en el patio, y el señor de las almohadas se encontraba sobre un costado de la cancha, observando el encuentro deportivo. Habían transcurrido unos pocos minutos del primer tiempo cuando uno de aquellos formidables jugadores pateó al arco en busca del gol, con tal fuerza e intención de hacer que el balón entrara, no importaba que fuera con el portero, si este se oponía. Pero quiso la mala fortuna que el disparo saliera totalmente desviado. El balón fue directo a la cabeza del señor de las almohadas, lo impactó de manera que se desplomó pesadamente, como si se tratara de una ceiba que ha sido talada. Inmediatamente pensé: “Lo tumbó el caballo”. Pronto me quitaron esa idea, puesto que entre la multitud se escuchaba decir:

—Eso fue mucho riendazo que le pegaron al *cucho*.

Otro decía:

—En la juega que casi le vuelan el *caspero* al *viejorro*.

Otros comentaban:

—Eso *pa'que* la cuelgue y aprenda a vivir en las cuarenta, porque estamos es en la *cana*, y el que la cuelga, grave es que le digo, *tuqui tuqui lulú*, o si no cuélguela usted también y verá que cuando siente es el *ayayay*. Usted sabe, camarón que se duerme, a cinco mil la libra.

Abundaban infinidad de comentarios despiadados. Poco a poco se fueron calmando. El sujeto fue trasladado a sanidad. Una vez examinado por los médicos del establecimiento carcelario, decidieron remitirlo de urgencias al Hospital Universitario de Neiva. Como si el destino así lo deseara, yo tenía una cita médica para ese día, y los dos fuimos trasladados hasta este centro asistencial. En el

hospital, los galenos descubrieron que debido al brutal impacto se le formó un coágulo de sangre en el cerebro. Una vez diagnosticado, autorizaron intervenirlo quirúrgicamente para extirparlo y evitar complicaciones.

Los dos quedamos hospitalizados: él, por su balonazo, yo, por una masa hepática. Las camas asignadas quedaban cerca la una de la otra. Al rato llegaron las enfermeras para prepararlo para la operación, le rasuraron la cabeza y lo despojaron de toda su ropa. Entonces vino mi sorpresa: el sujeto no tenía almohadones sino un enorme estómago, impresionantemente grande, una cantidad de grasa acumulada quién sabe desde cuántos años antes. Los otros dos almohadones tampoco existían. Todo era obesidad. Ese era el caballo invisible que lo halaba permanentemente hacia adelante. Hoy es el chofer del carro de las gordas, somos amigos y me ha contado que su remoquete se debe a que trabajó como transportador para la empresa Coomotor.

UNA NOCHE SIN ESTRELLAS

John Steed Bustos Puentes



Los guerrilleros llevaban días huyendo en la selva. De los veinte que participaron en la emboscada quedaban quince, puesto que el resto había muerto en el enfrentamiento. Estaban agotados. Sabían que faltaba aún una semana de dura marcha, por territorios conocidos sólo por ellos. Luego de varios días acamparon en la orilla de un río. Esa misma noche decidieron enfrentar la situación. Los nueve soldados que llevaban con ellos entorpecían la avanzada, además de que no tenían provisiones para alimentarlos. Al final de la tarde, al borde de un río y luego de una breve discusión, decidieron fusilarlos. Los votos fueron de diez contra cinco. Condujeron a los soldados, maleza adentro, con las manos amarradas tras las espaldas. En la oscuridad, parecían niños asustados que enfrentan lo desconocido.

Para ahorrar municiones, resolvieron que lo mejor sería matarlos en grupos de a tres. Alinearon a los tres primeros muy cerca uno del otro. Los jóvenes, con los uniformes desgarrados y sudorosos, parecían no entender lo que en verdad estaba pasando. Una guerrillera joven se paró delante del primer soldado, apoyó su fusil R-15 contra la frente brillante del joven, que la miraba con ojos incrédulos y, entonces le disparó. La cabeza de él, y luego las de sus dos compañeros, estallaron

como manzanas verdes. Arrojaron los cuerpos al agua y vieron, sin siquiera comentarlo, cómo el río se los iba llevando, como danzando al mismo ritmo de la misma melodía.

El segundo grupo lloraba y maldecía a los guerrilleros. Murieron igual. Los tres últimos soldados fueron alineados, obligados por la punta de los fusiles a quedarse quietos, y la misma mujer apuntó contra la frente ancha y caída del primero. Apretó el gatillo y entonces éste sonó con un *click*. Nadie se rió del suceso. La mujer examinó desconcertada el arma y procedió a recargarla mientras los soldados, en silencio por el temor, imploraban con los ojos para que no los mataran. La mujer repitió el procedimiento y disparó a quemarropa. Los dos primeros de la fila se derrumbaron luego de producido el estruendo.

Después de unos segundos, el último de los soldados comprendió que aún estaba vivo. El cráneo de uno de sus compañeros le había explotado en la cara, pero la bala no alcanzó a tocarlo. Mantuvo los ojos cerrados, aguantando la respiración, consciente de que la masa babosa y caliente que le escurría por sus párpados, la nariz y los labios, eran los sesos diseminados de su amigo. En medio de un silencio algo extraño para la situación, sintió que le revisaban los bolsillos y le quitaban las botas. Luego, que lo alzaban de los hombros y de los pies y lo arrojaban al río junto a los demás. Se dejó arrastrar por la corriente, flotando bocarriba, en una noche sin estrellas. En cuanto pudo dar vuelta, se aferró a un tronco que lo llevó varios kilómetros río abajo. Nadó despacio hacia la orilla, cubierta de una maleza espesa, y salió escurriéndose el agua. Cansado, lleno de lodo y de lágrimas, con los dientes castañeteando, miró hacia los costados y se introdujo descalzo en la espesura de la selva. Entonces se largó a caminar sin saber hacia dónde se dirigía.

RITUAL DE UN PSIQUIÁTRICO

Hubert Abel Losada Yanguma



Amanece. Acabo de despertarme cuando escucho a los demás internos del patio: “¡Esos psiquiátricos! ¡Esos locos! ¡Llegó la *jíbara!*”, como suelen decirle jocosamente a la enfermera. Me pasa en la mano dos pastas grandes y dos pequeñas. Doy las gracias y regreso a mi celda con mi primer alimento del día. Me siento en la *plancha* que me hace arder el culo y el cuerpo, recordándome que estoy aquí en esta pensión de mala muerte.

Saco las pastas de las tabletas mientras observo las fotos de Mónica Fonseca y las desnudo. Hace rato no me acordaba de Moniquita, desde que terminamos nuestra relación y la “olvidé” para no hacerme daño. Tengo una botella de agua en mis manos y asisto al suicidio eléctrico de mis pensamientos al tomarme las pastas y beberme el recuerdo de Moniquita. Seguido a esto empieza formalmente mi día.

De siete a nueve de la mañana enseño literatura. Digo que es un arte para humanizar al hombre y redimirlo. Pero el hombre no tiene redención ni con la literatura ni con Jesús mismo. Por naturaleza es irredimible.

De nueve a once de la mañana enseño denotación y connotación, pero mis estudiantes no connotan el viaje tan hijo de puta en

el que estoy. Lo único que hago en ese viaje es enseñarles a Alfonsina Storni con sus casas enfiladas y a Neruda con su “sucede que me canso de ser hombre”, y todos ríen porque creen que el poeta les está diciendo que sean maricas.

A las once y quince regreso al patio y hasta las doce y pico duermo. Me despierto para ver el noticiero y lo hago impulsado por un masoquismo sansónico, ya que siempre es lo mismo: sangre, fútbol y culos. El único noticiero colombiano distinto es el de Jorge Barón, y sería el colmo que este anacrónico presentador hiciera lo de Mockus para subir el *rating* de su programa.

De doce y media a una y media de la tarde sigo el registro de las noticias y algunas son unos chistes buenísimos. Los Nule vestidos de paño no pagarán más de cinco años en prisión. Esto es hilarante e increíble. Las sentencias de los grandes delitos en Colombia es la “crónica de una risa anunciada”.

A la una y treinta y cinco me tomo otra pasta y recapacito en medio de mi *traba* y mi cuarto de cordura. Vivimos en la cuna del realismo mágico, acá el dinero público y las personas desaparecen como Remedios la Bella.

A la una y cuarenta y cinco, los deportes. Mi Millonarios del alma volvió a perder con los de la oficina de Medellín, “El Nacional”. Por eso es que mi Millos no toma Pony Malta, porque es bebida de campeones.

A las dos de la tarde, las pastas empiezan a hacer efecto y miro a todos con mi cara de sueño. En un lapsus pasan las tres y llegan las cuatro de la tarde. Ya todos están cenando. Escucho nuevamente: “¡Llegó la *jibara*, esos psiquiátricos, esos locos!”.

Y entonces pido a la vida lo mismo que Gonzalo Arango: “La desesperación de creer y la felicidad de destruirme”.

EL PAN DE CADA DÍA

Edwin Gómez Varón



“Esos palanqueros...”.

Estas son las palabras que tienen el poder para mover todo un patio en cualquier cárcel del país; aunque también se pueden escuchar otras, tales como: “Esos que le comen al INPEC”, “esos de *murrio*”, “esos de wimpy”, “llegó el loco”, y hasta con un simple silbido de un silbato emitido por un guardia.

Estas son las “palabras mágicas” capaces de alborotar a toda la comunidad, tan poderosas que despiertan al más perezoso de los dormilones, le quitan el dolor al que está pidiendo que lo lleven a sanidad. No hay actividad educativa o jornada deportiva que se le pueda resistir, ya que en ese preciso momento se paralizan todas las demás actividades y todo el mundo corre en busca de su “wimperera” o de su loza. Luego se disponen a hacer una fila que en algunos patios se respeta y en otros es un completo desorden. Y esto ni hablar de otras cárceles, porque si analizamos patios tales como el Cuarto o Quinto de La Modelo, en Bogotá, no hay punto de comparación, ya que allí se hacen filas de mil seiscientas a mil ochocientas personas, en donde la multitud lo lleva a uno prácticamente “cargado”. Muchos, por el afán de pasar primero, quedan atascados

en la puerta, y para reclamar el “exquisito alimento”, se pueden demorar fácilmente entre una hora u hora y media, sin contar con la combinación tan especial de aromas y el bullicio característico de dicha actividad, o los “*waiper* en el pedazo” y su respectiva *gaseada*.

Pero bueno, gracias a Dios ya estamos en “la tranquilidad” de La Rivera. Aquí muchos comparamos el menú. Ya no tenemos que probar la famosa “sopa de visajes”, la inolvidable “sopa de masacre”, “el caldo de caballo”, “la arepa congelada con el polvo burro”, “el jugo de alcanfor” y el tan conocido “arroz con suerte”, porque es una suerte que salga carne o pollo dentro de él.

Siempre podemos observar a los que se ganan la “*pole position*”, más conocidos como los famosos “sopas”, a quienes los molestan con comentarios tales como “parece que viniera sindicado de hambre”, “aquí viven amañados porque en la calle sufren”. Pero es que este afán de los primeros puestos no es en vano, es para ganarse la clasificación para el tan anhelado *repelo*. Es impresionante ver a la persona de pie y al mismo tiempo haciendo cola para el *repelo*, y a la vez anunciando: “¡Si me lo fumo!”.

La llegada de los palanqueros convierte el patio en un mercado persa: unos negocian la carne, otros la frita, el desayuno, el queso, el huevo, el pan, y si se aproxima una fecha especial, como las fiestas de Las Mercedes o Navidad, la comida especial que nos regalan ya esta negociada con anticipación. Lo que realmente ha causado sensación es la mojarra del miércoles a la comida, porque uno oye comentarios tales como: “Estas son las que abortan los pescados y las abandonan”, “son de las que se ahogan y quedan flotando muertas, y como nadie se las come en la calle, nos las dan a nosotros los presos porque comemos lo que sea”.

Pero bueno, esto no importa al momento de negociarla, porque hoy pude escuchar al interno “Yomemato”, cambiarla por seis minutos para llamar a hijo; otro, la cambió por cuatro cigarrillos y otras ofertas que por reserva del sumario no se pueden revelar. Lo curioso de esta mojarra es que su tamaño no supera los diez centímetros, estando de buenas, y no la pueden fritar más porque se desaparece. En mi caso particular, cuando la vi por primera vez tuve sentimientos encontrados: por un lado, de tristeza y melancolía; por otro, de felicidad y gratitud. Tristeza y melancolía porque

en ese preciso momento me acordé de cuando estaba en libertad, hace ocho años, y podía comerme lo que quisiera y a la hora que yo eligiera, pero no valoraba, y muchas veces llegué a dejar la comida servida por el afán de irme a *rumbiar* con mis amigos, o la rechazaba, simplemente porque estaba simple, pasada de sal, demasiado caliente o fría, o porque estaba tibia.

Alegría y gratitud porque me doy cuenta de que necesitaba vivir esta experiencia para aprender a ser humilde y valorar hasta lo más mínimo. En prisión uno recibe y se come las cosas como estén y como caigan. Hay casos tan extremos en los que a uno se le pierde el vaso, y uno debe improvisar con el rabo de una botella plástica de gaseosa; si se pierde la cuchara, toca con la del vecino recién usada, y si uno la llega a limpiar esto le puede ocasionar problemas serios.

Volviendo al tema de las mojarras, yo nunca me comía la cabeza del pescado, y muchos me rogaban que la regalara. Yo los miraba comérsela con unas ganas, pero le restaba importancia. Ahora no dejo ni las espinas: ¿será qué me estoy volviendo *sopa*? En fin, este es el pan de cada día.

VIAJE INESPERADO

Aldemar Rivas Patiño



Me encontraba en un pueblo desconocido no sé por qué razón. Pero ahí estaba, frente a muchas personas que jamás había visto. Era un pueblo antiguo; sus calles no tenían pavimento, ni concreto. Caminaba por esa calle destapada hacia la salida del pueblo. Esa carretera, decía un aviso, también conducía a una mina que habían descubierto, una mina de cierto material valioso.

Antes de llegar a la mina había un grupo grande de personas que gritaban asustadas. Me acerqué rápidamente, con la intención de saber lo que pasaba. Cuando iba llegando al grupo, una mujer salió de entre la multitud, muy alarmada y llorando llena de angustia.

—¿Qué pasa, señora? —le pregunté.

De inmediato me contestó:

—Se abrió un hueco en la orilla de la carretera, y se está tragando todo lo que se acerque. Eso se tragó a mi pequeño hijo.

Sentí que el dolor que ella tenía era muy grande. No sabía por qué, pero sentía que yo podría sacar al niño sin que me pasara nada.

—Yo lo sacaré —le dije.

Ella me haló de la camisa, diciéndome:

—No es posible. Soy consciente de que nadie lo puede sacar. Todo esfuerzo es perdido. He visto a muchos intentando ayudar a sus familias y también se van con ellas. Ninguno de los que se acerca logra escapar.

Pero yo insistí, tenía una confianza algo extraña. Pensaba que conmigo no pasaría lo mismo y que lograría sacarlo de allí sin ningún problema. Avancé con decisión hacia el hueco, abriendo campo entre la gente. Varias personas me tomaban de los brazos y me decían que era en vano que sacrificara mi vida porque si me metía tampoco yo lograría salir.

No hice caso a ninguna de las advertencias y cuando estaba muy próximo al hueco, este me absorbió sin darme tiempo de arrepentirme. Entonces comprendí que ellos tenían la razón. En un instante la Tierra desapareció por completo para mí. Bajaba por el espacio rodando por entre unas mallas de acero. Paré de rodar y nada me ocurrió. Seguía con vida, viendo claramente y con asombro lo que jamás había imaginado. Era otro mundo. Todo lo que entraba por ese hueco perdía inmediatamente la vida porque se convertía en oro puro al parar de rodar.

Frente a mí había una construcción gigantesca. Era de un material como el acero. Por debajo de mí, y por entre la gigantesca construcción, cruzaba un río enorme. Corría espeso como la lava y era de color amarillo, brillante como el oro. Empecé a caminar sin saber qué era todo eso. Ví a un hombre trabajando el oro. Era alto, de piel trigueña. Su cuerpo apretado y musculoso bruñía como si estuviera frotado con aceite. La perfección de su piel era asombrosa. Con sólo verlo se adivinaba su velocidad y fuerza. Trabajaba con un mazo grande de un material también desconocido, aunque se notaba, por la contundencia de los golpes, que era más fuerte que el acero. Cuando trabajaba el oro lo pulverizaba de un solo golpe.

De repente vi cuando los orines de oro del niño caían al río y corrían formando una sola sustancia con la lava. El hombre me miró de frente. Sentí una energía aterradora. Me di cuenta de que con sólo soplar me podía hacer estallar en mil pedazos. Jamás había visto una criatura que me hiciera sentir tan indefenso.

—No entiendo por qué motivo estás aquí —me dijo—; nadie había podido llegar hasta este lugar con vida. Todo lo que cae de

arriba hasta acá se transforma. Su mundo tendrá un cambio que ninguno se imagina. Todo tiene que transformarse. Quizás tengas un alma diferente y por eso estás con vida, y me impresiona la manera en que te aferras a ella. No me interesa quitarte la vida, pero nada de lo que entra aquí puede salir igual. En todo caso, creo que vas a morir, pero aún no, pues tengo curiosidad por saber hasta dónde podrás llegar. Has cometido un gran error al dejarte caer por ese hueco. Está claro que no era para ti.

Siguió trabajando y me dejó pasar. Sentí mucho interés por él y me las ingenié para aproximármele lo más que pude. A su lado, sentí una corriente que me llegó hasta los huesos. Seguí caminando, pensando en salir pronto de aquel lugar porque me negaba a la idea de tener que perder la vida. Una fuerza interior creció repentinamente dentro de mí. Sentí que podía convertir en polvo una piedra con sólo apretarla en la mano.

Miré a mi alrededor y ya no había nadie, aunque sabía que estaba siendo observado. Escuchaba de lejos unas voces que me ordenaban transformarme igual que los demás:

—Vayan, trátenlo con cuidado para que no sienta cuando se transforma —dijo una de las voces.

Entonces, vi aparecer de frente a quien así hablaba. Concentré todas mis fuerzas, haciendo lo posible para que no advirtieran que ahora mi poder era diferente. La voz se me acercó suavemente. Cuando levantó la mano, me hice a un lado y la empujé. La voz iba tan confiada que no tuvo tiempo de defenderse y se dejó caer al río. Parecía como si el río lo hubiera convertido en oro porque se tornó amarillo primero y luego no volvió a aparecer.

Di la espalda al río y seguí avanzando. Mi fuerza iba más y más en aumento. Creía tener la fuerza descomunal del hombre del mazo. Entonces, escuché otra voz que me decía:

—¿Cuál es la razón para que te hayan dejado pasar y sigas con tu vida de hombre?

Quien portaba esta voz dio la orden a dos seres similares a los hombres para que cumplieran lo que los anteriores no habían podido realizar conmigo.

—Si dejan que pase, no tendré más remedio que enviarlo de nuevo a la Tierra —dijo con voz atemorizante.

Los vi aparecer de frente y antes de que pudieran acercarse los ataqué evitando que me apresaran. Pude pasar por entre ellos y llegué hasta la voz que mandaba. Me postré de rodillas frente a él. Sabía que no podía hacer nada más, pues su poder era insuperable. Las voces que me seguían se detuvieron y nos miraban a lo lejos. Yo no atinaba a decir una sola palabra, pues hasta entonces había estado muy asustado. Sentía que moriría pese a mis intentos por permanecer aferrado a la vida. El que manda, dijo:

—Usted debe tener el mismo cambio de todos los que entran aquí, porque al haber decidido ingresar ya usted no es un hombre normal. Tiene mucho poder, y eso puede llegar a representar un peligro para la vida natural de afuera.

Los dos que miraban hicieron una venia de aprobación para lo que el hombre decía. El que mandaba me señaló la salida con la mirada. Corrí sin esperar un segundo aviso. Salté a lo alto de una pequeña torre pero no hallé la anhelada salida. Pensaba que no podría salir de allí. En ese momento la torre empezó a crecer a una velocidad impresionante. Sentía escalofríos al subir en el espacio. Segundos después todo había desaparecido alrededor mío y continuaba subiendo. Me agarraba con todas las fuerzas a la cima de la torre, pues era tanta la velocidad que todo mi cuerpo amagaba congelarse por el miedo. Fue tanto el miedo que perdí el conocimiento. Desperté en un tiempo que me pareció eterno, respirando cortadamente. El sol estaba frente a mí y el viento que me despeinaba certificaba que estaba vivo.

DON EMILIANO

Ferney Gutiérrez Puentes



La vereda Bajo Pedregal consta de ocho casas, la caseta comunal, el polideportivo, el seminario San Esteban y varias pequeñas fincas, entre ellas la de don Emiliano Perdomo Chavarro. Él tiene ochenta y cinco años, cabello cenizo, cejas pobladas, ojos marinos y nariz aguileña. Toda su piel tiene el color de algo tostado por el sol. A diario viste los mismos harapos, a diferencia de los días domingo, cuando sale a misa de seis de la mañana con pantalón blanco de dril, camisa guayabera del mismo color, sombrero suaceño y chocaperros. Ese día, especialmente, camina con la solemnidad del cura.

Don Emiliano vive solo en su finquita de dieciocho hectáreas. Se entra a ésta por una puerta de golpe, desde la cual inicia un camino empedrado y a sus lados, haciendo calle de honor por cada orilla, marcha una fila de totumos y de orquídeas florecidas durante la mayor parte del año. Al final del camino está ubicado el rancho, con paredes de bahareque, techo de palmicha y cumbreira de zinc. Está rodeado por abundantes árboles de mamoncillo que dan una fresca sombra a todo el frente. En la entrada nos recibe una pareja de perros, *Resistido* y *Libertad*.

Cualquiera que ve la forma en la que vive don Emiliano puede dar fe de su prosperidad. Lo testimonian al menos dos centenares de gumarras que anidan entre chillidos en los chamiceros de cagüanejo, y debajo de los montones de piedras que les sirven como escondite para cuando los güambis de la vereda hacen sus incursiones nocturnas para repartírselas como botín. También se ven pastando tranquilamente decenas de reses, a las que no descuerna. Con el paso del tiempo, las vacas de don Emiliano se han ido volviendo muecas de lo viejas. Al morir, cualquier día, fatigadas de andar en círculo y de comer un pasto que nunca merma, sirven de banquete a manadas de chulos que aguardan en las estacas de las cercas que sirven de lindero con las otras fincas.

Don Emiliano es un hombre noble y de una cultura que causa admiración con sólo oírlo. Dicen las malas lenguas que vive solo por castigo de Dios, porque le pegaba a su mamá, una vieja ciega, y que le quemaba las manos para obligarla a que le hiciera de comer. Dicen que vive solo para poder hablar con el diablo, que lo han visto fumar tabaco en las noches y hacer extrañas figuras en el aire con el humo. También dicen que le gustan los muchachos, que cada tanto un jornalero le sirve de compañía, y que tiene innumerables bienes que va dejar como herencia a la iglesia.

El viejo ha sido la preocupación de todos nosotros desde que comentó en la iglesia, a todo grito, que unos güambis lo estaban robando y que le lanzaban guijarros. Entonces, los más grandecitos decidimos unirnos para vigilarlo, como Dios manda. Así lo hicimos en adelante, viéndolo moverse mañana y tarde como un fantasma por entre la finca, primero componiendo los cercos de piedra, luego apartando los becerros mamonos del corral, y al caer la tarde quemando boñiga seca para espantar el jején. Todos los días lo mismo, mañana, tarde y noche.

Una mañana nos extrañó ver que la puerta permanecía cerrada más de lo normal. Pasó la hora del desayuno, llegó la del almuerzo, y nada que don Emiliano asomaba la cabeza. Mirándonos con recelo nos dirigimos a ver qué había sucedido con el viejo. Corrimos la puerta, que cedió a la presión fácilmente, y chirrió como cuando los guaduales son azotados por el viento. Yo les dije a los otros que nunca había metido mis narices en el rancho de don Emiliano y que

iba asustado. Cuando entramos por completo, sentimos el revolotar de cientos de murciélagos, iban del suelo al techo, de una pared a la otra, como si estuvieran haciendo una fiesta por nuestro ingreso. La mierda de éstos caía en picada y en el piso se amontonaba tal cantidad que uno pensaría que llevaban siglos viviendo allí. Las paredes estaban adornadas con numerosas imágenes de la Virgen de Las Mercedes. Parecía que cocinaba en este sitio, pues así lo hacía constar un fogón artesanal, hecho con tres piedras y leña.

Pasado el susto, tomé la decisión y me asomé al que creímos era su cuarto. Don Emiliano yacía tirado en el suelo, con un brazo sobre la *cuja*. Parecía un Cristo recién crucificado. Al vernos, sus ojos se abrieron, aunque no podía emitir sonido alguno, quizás por el dolor o por el miedo.

Doña Myriam, la señora del rancho más próximo, apareció providencialmente y como pudo le limpió los goterones de sangre que se le pegaban con el pelo. El viejo, recuperado en algo del trance, nos contó que sobre medianoche unos bandidos ingresaron al rancho silenciosamente e intentaron robarlo, pero como él les dijo que no tenía nada, la tomaron contra su cuerpo y lo molieron a palo.

Mientras él iba contando esto, yo inspeccionaba el lugar, ponía los ojos aquí y allá. Varias veces le pregunté al viejo si era verdad que la plata no estaba en el rancho, si era que la tenía tan bien escondida que ni él mismo se acordaba de su escondite. Entonces, el viejo volteó la mirada y puso sus ojos marchitos sobre mí, al tiempo que yo divisaba, en un rincón oscuro en el cual no había reparado, un baúl con doble candado. Con entera seguridad que el viejo miserable tenía allí sus ahorros, pero habría que esperar varios días, hasta que se pasara la confusión y el viejo entrara otra vez en confianza, para volver a intentarlo.

Con seguridad que en una segunda vez yo no fallaría.

MANOECULO

Gabriel Alberto Moreno Lancheros



Guarnizo es su apellido. Es cansón, fastidioso, repelente y aburridor. Así era en el Batallón este soldado. Por eso nadie lo quería. Sólo el cabo Reina lo soportaba, porque era su S-4. Guarnizo era de la Compañía Bolívar, una compañía dedicada al patrullaje. La actitud fastidiosa de Guarnizo llegó a tal punto que el comandante Urriago lo trasladó. Así, fue enviado a la Intendencia, pero también allí, muy pronto, empezó a hacer de las suyas, como amarrarle las botas a un soldado con las de otro, o hacer cundir falsas alarmas.

El capitán Narváez, comandante de la Compañía de Intendencia, solía castigar a Guarnizo enviándolo de guardia a la temida garita número tres. Allí, se decía, vivían los espíritus de soldados muertos a manos de la guerrilla. Estar en esa garita significaba tener los ojos bien puestos.

Un viernes en la mañana, Guarnizo, como cosa rara, amaneció aburrido, con ganas de evadirse o *desertarse* del todo. No quería permanecer un solo minuto más en el batallón. Era tanto su aburrimiento que decidió probar la marihuana ese mismo día. Conseguido esto y, tras el efecto, el aburrimiento no mermó. Entonces, decidió pegarse un tiro. Preparó todo, pero el destino quiso, con

tan mala fortuna para él, que el disparo brotara antes y le perforara la mano izquierda. Fue remitido de urgencias al Hospital Militar.

Los médicos hicieron lo posible, lo consultaron una y otra vez entre ellos, y decidieron que lo mejor sería hacerle un trasplante. De regreso al Batallón, otro Guarnizo apareció por la puerta. Era un Guarnizo con la frente agachada, con cara de pena y de no querer hablar. Pero las preguntas eran tantas que no tuvo otra alternativa que contarlo. Con la mano hecha añicos, el único lugar capaz de proveer tal cantidad de carne había sido su nalga. Desde entonces, el otrora *burladero* Guarnizo es el mayor objeto de diversión de sus compañeros de Batallón. Hace mucho rato que nadie le dice Guarnizo. En su lugar, se ha pasado a vivir el callado y cabizbajo “Manoecuño”.

CÚCUTA



NORWELL GONZÁLEZ
DIRECTOR DEL TALLER

EL CABALLERO Y LA PRINCESA

Diana Elizabeth Moreno



En la ciudad eran buenos trabajadores y emprendedores. Gozaban el clima y las buenas costumbres. Disfrutaban los lugares, la distracción y el esparcimiento. Casablanca era una ciudad tranquila y apacible; sin embargo también existían, en una pequeñísima parte de la ciudad, los socavones, las cuevas donde se mezclaban personas buenas y malas, delincuentes y ladrones. Allí compartían los malos hábitos y las drogas que les proporcionaban las falsas alegrías que ataban su vida: un demonio que los invitaba a la fiesta y la lujuria. Muchos hombres entregaron su vida por esas cosas sin valor pero con un alto precio. Por los socavones solo corrían ríos de suciedad, droga, miseria y muerte. El hambre y la enfermedad habitaban allí, y se respiraba un aire enrarecido por el humo. Los cuerpos sudorosos y malolientes se paseaban de un lado para otro y conciliaban el sueño cuando las fuerzas, disminuidas por largos días y noches de consumo y ausencia de alimentos, los agotaban completamente.

Salían de los socavones a mendigar, robar, reciclar y hacer cualquier dinero para suplir la ansiedad del consumo; las mujeres se ofrecían al uso y abuso de quienes las invitaban a la dosis de consumo. Alejados de sus seres queridos transcurrían los días, los meses, los

años. Esos familiares que ocasionalmente hacían presencia para invitarlos a una vida menos angustiada en su compañía, un día ya no volvían. Algunos intentaban regresar a la vida, otros se entregaban a su suerte y nunca levantaban la cabeza para divisar una luz de esperanza que los alejara de las tinieblas en medio de las desventuras, el maltrato, el olvido y el desprecio. Entonces, continuaban deambulando por los socavones de una realidad falsa, oscura y mal intencionada.

Aquellos socavones no eran más que casas viejas. El paso del tiempo y la mala conservación las carcomían de suciedad y abandono. En otros tiempos, eran parte de la zona de tolerancia de la ciudad, hoy transformada en un lugar de expendio y consumo de drogas. Esas casas se convirtieron en un problema para la sociedad, los políticos y la población civil. Atracos, robos y basura generaban su mal ambiente y un malestar general en los vecinos. Los habitantes de los socavones, cualquier cantidad de personas, venían, muchas de ellas, a hacer intercambios, pero no llegaban a entenderse y menos a establecerse.

Entre los apretados callejones el amor no podía entrar a ese lugar, y si por algún motivo entraba, sólo podía tocar los corazones más dulces y tiernos que muy pocos tenían. El noviazgo sólo era una palabra. No iba más allá de lo que pudiese durar el gasto de un dinero espontáneo, un buen botín o hasta el derroche de una herencia. En el mundo subterráneo nunca tuvo asomo la felicidad y la comprensión. Maltrechos y heridos en el amor propio se disputaban con peleas e insultos las acusaciones de su diario vivir.

Aun así, una pareja en especial compartió momentos de aceptación, comprensión y afecto durante los meses en los que se juntaron para vivir en la habitación de un socavón. La princesa era delgada por el consumo de las drogas, blanca y de cabello liso hasta los hombros, y él, el caballero, delgado, orgulloso pero tierno. Ambos trabajaban por los intereses del dueño y allí se relacionaron de una manera más humana y respetuosa. En medio del odio y el acoso, por alguna rendija se les metió el afecto. Pasaban los días compartiendo las alegrías, los problemas, los alimentos, los días y noches de trabajo y consumo, el sueño y el amor. Trataban en lo posible de lograr una buena convivencia y un buen trato, pues si por algo sobresalían era por su cultura y don de gentes.

Ellos, por un tiempo largo y a la vez corto, vivieron la felicidad que se les había olvidado. El amor era las horas juntos, los colores en la oscuridad, hablar muy bajito para decir cosas bonitas. Y aun así, existiendo en ambos formación intelectual y una manera mesurada de encarar los inconvenientes y que, además, nunca les faltaron los malos entendidos y discusiones con los otros, pudo más la fuerza de las acciones tristes y desencantadoras. Ellos, a veces, confundían la felicidad con la tranquilidad, y otras, alcanzaban a soñar con las manos juntas, aunque otras, el sueño parecía que se volvía pesadilla. Y como un sueño malo se marchitaron las ilusiones de sobreponerse al desconsuelo y la desdicha. Esa luz propia que los iluminaba y que los hizo preservar, se interrumpió. Quedó latente en sus corazones un amor encendido, como cuando se va la llama del fuego pero quedan ardiendo las cenizas.

Ellos sabían que el amor no cabía en los socavones, pero no hicieron caso. Allí donde el amor latía en fuerza viva, aumentando sus pulsaciones, ahora sus miradas se encontraban disimuladas y tímidamente advertían que la oscuridad había crecido en los pocos días que llevaban de distanciamiento, pues a diario se tropezaban sin medir palabra. Pero las miradas iban, venían, pasaban y volvían.

Para su desgracia, una mañana de esos días, aquel caballero vio cómo los policías detenían a la princesa y la llevaban a la Estación. Requisaron su pecho y en vez del amor le encontraron varios deditos de plástico. Una vez más la suerte los volvía a abandonar. “Por posesión de drogas”, le dijeron al príncipe, y entonces se apresuró a entrevistarse con ella. Sólo se le permitió cruzar unas palabras, alimentos y cigarrillos sin más comunicación. Con el corazón destrozado, no atinaba a pensar ni advertir la significancia y magnitud de lo que podría suceder con el amor que acuñaba dentro de su corazón. A los pocos días se enteró que su princesa había sido sentenciada a prisión, pero no tenía conocimiento de cuánto tiempo estaría tras las rejas.

En los cuentos de niños, las princesas muchas veces están presas y son maltratadas, pero para la princesa de esta historia era la primera vez que se encontraba en una cárcel, que no dejaba de ser otro espacio despreciable e inhumano. Uno más de los que ya conocía.

Luego, el tiempo y la soledad fueron sus enemigos. Pero en últimas a la princesa el tiempo la separaba de la adicción desmedida de una vida agitada y dolorosa y dejaba ver a la mujer callada, sumisa, tierna y dulce. Sus pensamientos se ocupaban del amor por su madre, sus hijos y hermanos, pues años atrás los había abandonado y merecían, entonces, los primeros pensamientos en el amanecer y transcurrir de cada día; sin embargo, ocurría también que en sus recuerdos moraba la imagen de aquel caballero que quería olvidar, tanto como todas aquellas vivencias que marcaron una vida penosa y triste, la que no deseaba para ninguna mujer de este mundo. La realidad de la prisión le hizo reencontrarse con amistades que había conocido en aquellos socavones y para bien o para mal ahora serían compañeras de presidio. En el medio carcelario nadie quiere a nadie y así entendió la princesa que se tendría que valer por sí misma para sobrevivir en este mar de necesidades y de incomodidades.

Transcurrieron diez meses desde aquel incidente. A la princesa le llegaron noticias de que el caballero seguía metido en el vicio y estaba consumiéndose en los socavones. La droga y la miseria lo tenían acorralado, infringiendo la ley y protegiendo intereses ajenos. El caballero seguía arriesgando su integridad física y su libertad día tras día, sin dejar de lado su entrega al consumo activo, endemoniado y voraz, que lo mantenía esclavizado a esta labor de expendio, en el que se hacía responsable por el manejo y ventas en una de estas casas, teniendo a diario que escapar por la presión de la acción policiva. En ese otro mundo, que él por estar tan cerca ya no veía, hay luchas diarias que la gente de la ciudad de arriba no sabe y no ve, donde los seres humanos cada día son menos humanos y se juegan la vida a los dados, a las carreras o en el cansancio del humo del vicio.

El caballero de esta historia no quería comprometerse con alguna otra mujer, pues aunque era un caballero andante venido a menos y sin un reino, no era persona de aventuras o amores pasajeros. En su corazón llevaba tres marcas que habían cicatrizado en el transcurso de su vida. Con la princesa él había sido detallista y tierno, pero también celoso y posesivo. En muchas ocasiones personas conocidas le preguntaron por su princesa y esto le recordaba casi que a diario el sentimiento de amor que le dolía y que

desesperadamente ansiaba volver a acariciar. Y él no sabía de ella nada nuevo.

Tan solo dos días antes de que lo alcanzara el castigo sospechado, se enteró de que su amada había sido trasladada a otro lugar, a una ciudad cercana. Allí ella sufría su silencio. Entonces, porque así es el destino, le llegó la hora en que lo sorprendió el peso de la autoridad. El caballero sin reino debía responder por sus errores, los mismos que antes se habían llevado a su princesa. Fue condenado y conducido a otro tipo de socavón, en las mazmorras de la ciudad.

Ahora, ambos encerrados en presidios de diferentes ciudades y condenados por el mismo error, vivían sus penas, sin libertad, separados por la distancia y las rejas, víctimas de su desesperada búsqueda de refugio en una causa denigrante y sin valor.

El encierro en prisión llevó al caballero a profundas reflexiones sobre su pasado, sus malas actuaciones en los últimos seis años. Las drogas que lo apartaron en vida de su verdadera profesión llegaban a su final. Comprendió que él no había sido un caballero andante, que lo vivido hasta allí había sido una pesadilla y una mentira, que el mundo en donde podía luchar no se parecía al socavón. Tal vez las gentes de la ciudad, las de arriba, eran buenas, trabajadoras y emprendedoras.

Luis, el caballero, se había destacado como un educador respetable, ingeniero estudioso en el área de la física y las matemáticas. Esa era su verdadera profesión, que ejerció por un largo periodo de su vida. Ahora, añoraba y anhelaba ese pasado. Entendió que los caminos equivocados conllevan a acciones lamentables, pero que lo más significativo es sobreponerse a las caídas enfilando decididamente y con sacrificios todos los esfuerzos necesarios para salir adelante ante la adversidad. El conocimiento de muchos años de estudio no se había olvidado y dedicaría su tiempo completo a recuperarlos. Las batallas nunca se terminan y Luis le indicó a su familia que le trajera libros de su biblioteca personal. Estaba comprometido a regresar con un alto nivel de conocimiento, pero se preguntaba qué sería de la suerte de su adorada princesa y dudaba. Ahora que estaba aprendiendo a ver el mundo de otra forma no sabía a ciencia cierta lo profundo que era el amor de Diana, su princesa. Se preguntaba si aún lo amaba o si ya había sido olvidado.

Transcurrió el tiempo en prisión para ambos, en sus menesteres, de regreso al crecimiento personal y la autoestima. La princesa Diana pasaba las horas del día trabajando figuras con sus manos, pero el trabajo y las lecturas en ese lugar podían cambiarse por el tiempo. En el pensamiento de ambos existía la agradable sensación del amor que los unió como pareja, aunque ya transcurrían veintidós meses y no tenían comunicación alguna. Vivían la incertidumbre de lo que sería de cada cual, y en sus proyectos de vida ninguno contemplaba la idea de volver a estar juntos. Entonces, un futuro incierto se respiraba en sus corazones.

Después de veintitrés meses de cautiverio el caballero en un afortunado encuentro en prisión supo por un viejo compañero del socavón de su princesa. Al escribirle una carta, una vez más sintió que su corazón estaba vivo, lo invadió una emoción inmensa, una luz de esperanza. Era la oportunidad que estaba esperando desde hacía tiempo para desahogar todo lo que quería expresarle, cuánto le dolía la separación, lo que le estaba pasando, y decirle cuánto la amaba y ansiaba consentirla.

Fue su primer correo. Nunca antes le había escrito, ni aun cuando estaban juntos. Le escribió con el corazón en la mano, con sinceridad y sentimiento. Quería recuperar su amor, pero le decía que dejaba la decisión en manos de ella. Pasaron días de la larga espera.

Mientras tanto a Diana se le habían acumulado las desgracias y lo que menos se imaginaba era que llegarían noticias de Luis, su caballero. En medio de la soledad, el cansancio de dos años de encierro, la pena por la reciente pérdida de su hermano y la tristeza de su madre que ahora cuidaba a sus hijos, nada más pensaba en volver con ellos para definitivamente y por siempre alejarse de la adicción y de aquella ciudad que la vio desmoronarse. Pronto su reclusión llegaría a término. Diana se preocupaba por reponerse, tenía lastimado el cuerpo y el alma, y sabía que el camino por recorrer era largo y difícil.

Pero el correo llegó y con él su sorpresa. Se sentía emocionada y su cuerpo se estremecía por el sentimiento de amor. Amaba al caballero con todas las fuerzas de su corazón y no podía por más tiempo contener el deseo de leer la carta y enterarse de los acontecimientos,

confesiones, manifestaciones y pretensiones de su amado. Se entristeció al saber la vida que estaba llevando, pero se alegró porque sabía que todavía la amaba con la fe de su corazón. Al fin había llegado el momento de poner en orden sus sentimientos. A vuelta de correo le hizo saber de su vida y, reconciliados, siguieron escribiéndose, reafirmando sus sentimientos, planeando su vida futura en libertad.

Pocos meses después las puertas de la libertad se abrieron y princesa y caballero, Diana y Luis, encontraron lo que habían perdido: su reino y su misión. A veces cuando el cielo cae encima de los que aman y sufren, también cae la luna o las estrellas que los van a guiar. Los personajes de esta historia volvieron a ser pareja, familia, y vivieron con respeto y confianza, amor, buenas costumbres, comprensión, ayuda mutua, perseverancia y trabajo digno. Se sobrepusieron a todas aquellas situaciones que marcaron una vivencia oscura y complicada. La gracia del Señor les llenó de bendiciones por el resto de sus vidas y fueron muy felices y comieron perdices.

Recen conmigo para que así sea.

CUALQUIER PARECIDO ES COINCIDENCIA

María Ramona Contreras Soto



En la selva virgen sólo los animales y la naturaleza reinaban. Entre las praderas y los árboles no existían reglas y todos querían hacer lo que cada uno quería. Ninguno tenía privilegios, ni siquiera el león. Cansados del desorden, los animales decidieron reunirse para formar un plan de gobierno.

El día de los truenos, nombraron al león como rey de la selva y le dieron la facultad de gobernar como un presidente. Muy bien parado y con la melena al viento, de una vez, el león escogió sus ministros. A la lombriz, como ministra de agricultura, para que produjera humus para la fertilidad; ella armó con todas las lombrices un grupo de trabajo que miraba aquí y allá donde hacía falta la fertilidad para hacer de la tierra una fuente productiva. Eligió al búho como su vicepresidente para que siempre hubiese un sabio consejo. El águila fue elegida como ministro del interior, para que con sus poderosos ojos vigilara todas las días los peligros y pudiese avisar a los demás animales de los peligros que acechaban.

Pero con los días el león se dio cuenta que aun había funciones que nadie atendía. Por eso nombró al elefante como ministro de defensa. La señora búho fue nombrada ministra, pero de educación,

por todos sus conocimientos. Ministro de protección social fue nuestra hormiga, que bien saben es muy organizada y trabajadora; también se unieron la amiga abeja, responsable de la miel para el sustento de muchos animales.

Pero a medida que pasaba el tiempo la cosa se complicaba y por pedido de los animales llamó como ministro de relaciones internacionales al loro. En aquel momento todos quedaron contentos y así vivieron en paz por un tiempo.

Luego los lobos comenzaron hacer oposición al gobierno, porque según ellos el rey león era muy arrogante y los animales más necesitados estaban desamparados. Y formaron un batallón para luchar por los animales. Esa era una lucha sin cuartel combatiendo contra los elefantes, que se estaban diezmado ante aquella guerra declarada.

Las batallas eran muy duras y, en cada lado de la guerra, la muerte se paseaba a manteles. El rey león llamó a los zorros y les pidió su ayuda y éstos formaron una fuerza contra los lobos. En cualquier batalla iban adelante, limpiando el camino para que los elefantes aplastaran a los lobos, que se vieron en desventaja por tierra, por aire y por agua, con la ayuda de los tiburones, águilas, elefantes y zorros.

En esta mortal lucha caían todos los animales. La selva, que un día fuera verde, se estaba destruyendo y en su lugar la tierra tenía el color rojo de la muerte.

Crearon cárceles donde llevaban a los animales que se unían a los lobos y, también, a los que se unían a los zorros, los que estaban con el gobierno, y los que no. Llegaban a diario palomas, panteras, alondras, tigres, zorras, lobos, pollitos careneros, osas, mariposas, hormigas, gacelas, comadreja, anacondas, cascabeles y leones. Esos animales tuvieron que agachar la cabeza ante los osos, los guardianes.

Existía un equipo de trabajo para que todos pasaran su tiempo libre, dirigidos por una hermosa cisne, un gran perro danés y un caballo brioso y trotador que iba de un lado para el otro distribuyendo el trabajo entre todos los animales. Esto permitiría descontar tiempo para lograr obtener la libertad. Todos los animales se hicieron amigos y comprendieron que no necesitaban pelear, que era una lucha sin sentido.

Así que, por fin, cuando se entendieron, hubo nuevas votaciones y eligieron al búho como el animal con más sabiduría para regir a la selva, porque no es el más arrogante o el más fuerte el que mejor gobierna, y si un día un animal está abajo, también otro día puede estar arriba; porque la tierra se mueve como se mueve el universo.

Y así, todos quedaron felices.

EL AS BAJO LA MANGA

Gloria Patricia Pérez



Hoy íbamos lento en aquel carruaje verde por lo que una vez fue un camino fácil. El carruaje sonaba tanto que yo creía que se desbarataría en cualquier momento. Ya casi llegábamos al castillo de la gran Hechicera, cuando en un cerrar de ojos vi el color azul que lo resaltaba. Imponente, lleno de rejas y cubierto por gruesas navajas. Me daba a creer que sería imposible escapar.

Se abrió el gran portón, mi corazón entró en pánico, la bruja venía a recibirme. A su lado estaban muchos de sus súbditos. Unos tiraban a la suerte el día, otros miraban a la nueva prisionera, tal vez preguntándose qué hizo esta vez. La bruja estaba perpleja, cuando vio al hombre alto que me entregaba a ella. Él no quiso perder un instante para ofrecérselo de la manera más descarada. En la conversación no podían ocultar la risa y el deseo.

La espera y la agonía de no saber lo que me esperaba, quebrantaba más mi fortaleza. En el gran libro de luces y colores registraron mis huellas y la bruja caminó junto a mí para confirmar la nueva captura. Pasado corto tiempo, me entregó a otra de sus súbditas, pero mi admiración fue grande cuando ésta me habló y me pregunté por qué estaría una doncella en este infierno.

Su voz, llena de dulzura y aliento, daba fuerza a mi ser, pues las palabras dichas por la bruja instantes atrás me quitaban toda la esperanza. Me tomó del brazo en un gesto delicado, como si entendiera que estaba pronta a romper en llanto. Aquel momento duró poco, terminamos de caminar por el sendero que me llevaría a una de las mazmorras de tortura de la gran Hechicera. Golpearon las rejas, fuerte. El súbdito que me recibió se llenó de ira, ya que el momento era inoportuno porque estaba durmiendo.

Nuevamente se abrieron las rejas y se abrieron la intriga y el pánico al ver aquel grotesco sitio: rejas en todas partes y varias habitaciones con un olor y color indescritibles. Caminé dos pasos y vi otras caras llenas de espanto, más asustadas que yo, pero mi mente recordó que siempre superé las pruebas. Esta sería otra más.

Me presenté saludándolas y contestaron con temor. Isa y Ana estaban acostadas en una misma cama, sus rostros reflejaban el tiempo del llanto sin final. El frío de aquel lugar se hizo más intenso al llegar la madrugada; el frío empezó a desatar aquel dolor que hacía mucho no sentía, sólo me quedó gritar para que alguien viniera a ayudarme. Pasaron dos horas cuando, subiendo las escaleras, venía un súbdito. Quedé atónita cuando sus palabras fueron de preocupación. Pensé, “es un príncipe disfrazado”, pero él en realidad era duque. Abrió las rejas con gentileza y me llevó al sitio donde curaban a las prisioneras. Me habló con mucho respeto, eso me ayudaba a creer que podía tener un aliado.

Fui llevada nuevamente a la mazmorra donde estaban Isa y Ana, quienes me preguntaron “si podía dormir con ellas”. No quise caer tan fácil en semejante condición y, entonces, les dije que dormiría en el calabozo siguiente. No sé si dormí o sólo pensaba en el momento en que despertaría de la pesadilla.

Fueron gritos los que me despertaron en la mañana. Entonces, salí y vi una mujer diminuta que traía el desayuno, y con tristeza me dijo: “tenemos que comer de esto tan deprimente”. Sin embargo, las sorpresas que me daban las otras prisioneras no terminaban aún. De repente apareció la lujuria en persona, la locura desenfadada de lujuria: alta, delgada, con una cicatriz en su cara que le salía de su oreja y llegaba hasta el mentón, y con su pelo peinado como colegiala. Para nuestra sorpresa nos contó qué venía a hacer allí.

Esperaba a su amado para compartir con él dos horas de los más deleitosos vejámenes, pues ese era el privilegio de algunas prisioneras. Sacadas a empujones, bajamos por una escalera y esperamos por espacio de dos horas hasta que se cumplió el acceso carnal, violento y consentido. Luego la prisionera se despidió, pero antes de volver nos dijo cómo era el sitio adonde seríamos llevadas. “No se preocupen”, dijo, “al llegar pregunten por la Colegiala y la Diosa”.

Hablamos de todo. Del por qué la Hechicera nos atrapó y de qué nos harían en las oscuras mazmorras. Isa y Ana lloraban sin cesar y no sabían qué hacer. Sólo doblé mis rodillas y clamé a Dios. Al instante ellas también lo hicieron. Así la tranquilidad y la confianza llegaron como un milagro. Pero la tranquilidad también se apagaba en ese lugar: miles de gritos nos llamaban y no entendimos de dónde venían esas voces que preguntaban nuestros nombres y si gustábamos de cuánto vicio podía existir.

Por fin llegó el gran día. Nos conducirían a las tres a la torre de torturas. Entre una gran confusión vimos cientos de mujeres abarrotadas, furiosas, violentas. Era la hora de la lucha por la comida. Pero cuando estábamos más distraídas por esa lucha de animales, escuchamos la orden:

—Isa, torre sur.

—Ana y Gloria, torre norte.

Isa lloraba, pero nada podíamos hacer. Era nuestro destino. Al entrar Ana tomó mi mano, y aquel instante fue indescriptible.

—Aquí, aquí..., tranquilas.

La Colegiala y la Diosa nos llamaban.

Nos llevaron a un rincón frente a sus celdas porque nos querían hacer sentir tranquilas:

—Todo está bien —decían.

Pero las tristes o terribles sorpresas aumentaron con una más: la Colegiala nos presentó a Diasol y, entonces, comprendimos que la Hechicera también tenía prisionera a una hermosa niña. Las miradas eran inexplicables. Ella no entendía y nosotras tampoco.

En ese mundo sin explicaciones nuevamente los gritos de orden eran para nosotras:

—Ana, celda XX, Gloria, celda XXIV.

Fui encerrada allí, con el terror de no saber con quién viviría en ese calabozo. En él estaba una robusta mujer. En su cara se marcaban la rabia y el deterioro que sólo puede dar esta vida; la otra era su diminuta y regordeta sobrina. En ese rato no hablaron nada, pero no esperaron a que me recostara para someterme a un interrogatorio.

—¿Quién es usted para la Colegiala y para la Diosa?

—No las conozco —les dije.

—Pero ellas las recibieron y todas dicen que ustedes son sus secuaces.

—Les repito que no las conozco, nada más las vimos en la mazmorra de la lujuria.

No sé qué pensaron pero aclarada toda la confusión pude tranquilizarme. Pronto entendí el por qué de las miradas de todas el día anterior y las sorpresas eran cada vez menos mayores: nuestras conocidas eran las prisioneras más peligrosas.

El frío continuaba, era invierno. Pasábamos en la torre largas horas, entre el miedo y la total soledad que llenaba mi vida. Tan solo escuchaba cada día historias tras historias y me preguntaba cómo la Hechicera podía tener tantos seres, tantas vidas privadas de la libertad, sin dar ninguna oportunidad para que lucháramos contra ella.

Cuando formábamos para el recuento diario sólo se veían caras tristes, otras deseosas de sangre. Pensaba que tal vez no soportaría el horror. Cuando di una mirada hacia la puerta principal, vi que alguien me observaba. Me llamó. Era mi amigo aquel con quien muchas veces compartimos de jóvenes experiencias fabulosas. También era un súbdito y me hablaba, preocupado por saber cómo estaba. Pronto vendría para mí su apoyo y su total compasión al verme afligida.

No perdí ningún tiempo, busqué cómo salir de la torre. Ella y ellos no me vencerían, así que aprovechaba cada oportunidad para poder hablar con él, con mi amigo. Y un día llegó el momento en que escuché la orden:

—Gloria y Ana, pueden salir de la torre por tres horas.

Fue un tiempo vital que no lo desperdiciamos. Me presenté a todos los servidores de la Hechicera, necesitaba ganar su confianza y poder saber si había alguna oportunidad para escapar pronto de

allí. Entre ellos estaba una bruja que tal vez volaba demasiado, su aspecto era completamente dejado pues no sabía ni donde dejaba su escoba; de un discípulo joven, alto, decían que era muy cuerdo, pero su manera de hablar daba entender su inseguridad. Tostón era un hombre guapo, pero lleno de miedo. Nunca pude entender por qué hablaba siempre con tartamudez. Pero también estaba Dulce, una doncella frágil, con la más clara decisión de hacer todo bien, según las reglas. Y qué decir de Sancho, ese súbdito con apariencia de bueno, pero que según las prisioneras las sometía de la manera más descarada a sus pasiones. No resistía el tener que trabajar para la Hechicera.

Y al final de ese grupo de privilegiados se destacaba Mara, llena de fortaleza, la súbdita que dirigía todos los calabozos donde se trabaja. No me explicaba por qué se dejaron atraer por los engaños de la Hechicera.

Las tres horas siempre eran muy cortas, pero llegó el día de conocer al Comodín y supe que a través de él podía alcanzar la ansiada libertad. El Comodín me enseñó que todo esto era un juego para la Hechicera y que las cartas eran su pasión y su debilidad. Esta era la oportunidad para mi libertad, demasiadas fueron las peticiones y exigencias fallidas, pensé, pero entendí que no sería de esa manera como vencería a la Hechicera. Entonces, jugué su juego, y ella aceptó mi reto. Pero antes tenía que preparar mi juego. Ya conocía sus guardianes, sus manías y sus soberbias. Tenía que guardar mis ases para el final y eso era cuestión de tiempo.

El tiempo lo pude manejar, ya no podrían torturarme como acostumbraban con las prisioneras. Llegaban oportunidades de poderles hacer ver lo confiados que eran. Pero tenía que callar.

El juego fue largo y lleno de quebrantos, de tristezas y sustos. Lancé la primera carta y ella la respondió; el Comodín las repartía. Cada una tomaba del fajo sus números y figuras, y cuando parecían acabarse mis oportunidades hasta el Comodín parecía perder la esperanza. Pero él no sabía cuál era el as que había guardado para el final y también se sorprendió cuando vio que la última tenía la V de la victoria, la V de la venganza, la V de la verdad. Las cartas vencieron a la Hechicera.

Hoy faltan pocos días para escapar de la malvada que me sometió a sus deseos. Ella no podrá ya más porque la vencí en su

juego y también ella tiene que cumplir sus reglas. Pienso que es triste ver cómo el hombre da tan importante título, “Justicia”, a la que en realidad es una vulgar ramera, deseosa siempre de inspirar confianza, pero que en su interior es sólo engaño y muerte.

Ya tendré tiempo para burlarme y quitar su antifaz de diosa equilibrada. Humillante, así será el momento cuando tan poderosa Hechicera sea sometida y yo, con la verdad, la habré vencido.

DIABLA

Mayerli Mora



Tierna en la piel, cicatrizada y olvidada.
Cada marca son recuerdos, dolor, odio, lujuria y traición,
pero no tan grande como la cicatriz de tu corazón.
Buscabas a la muerte.
Ésta, al ver tan divina belleza, de ti escapaba.

¿CUÁNDO?

Mayerli Mora



Amargura, tristeza, olvido.
Todas compañeras de ese lugar.
¿Cuándo acabará?
Sólo el tiempo cumplido o el olvido
abrirán las rejas que hoy no te dejan estar conmigo.

OLVIDO

Mayerli Mora



Ahogué en lágrimas tu recuerdo.
Hoy, no más,
Mañana..., ¿te veré?
No sé.
Lo seguro es
que de otro seré.

BOGOTÁ



VÍCTOR MANUEL MEJÍA
DIRECTOR DEL TALLER

PERFUME DE MUJER

Walter Caicedo
Cárcel Modelo



Adelante y atrás movía la anciana su cuerpo mientras tejía, con dos enormes agujas, una lana color café que comenzaba a tomar forma de bufanda. Cada movimiento hacía crujir la madera vieja que producía su mecedora de mimbre.

—Nunca podrás imaginar cuánto odio los viernes y sábados —dijo, con voz entrecortada al observar a su hijo, Pedro, frente al espejo, pintarse los labios de color rojo y escoger del clóset un vestido azul de pliegues hasta la rodilla, ceñido a su cintura, una peluca con rayitos dorados y unas botas de cuero negro y de cierre a los costados con tacón cuatro y medio.

De esa forma, los ojos cansados por los años de la vieja tejedora, miraban perplejos transformarse a su hijo en la seductora Katrína. Luego, lo veía marcharse a la esquina de siempre, donde los hombres buscan hombres con perfume de mujer.

DESPERTAR

KARINA ESPINOZA
Buen Pastor



Mis ojos saltan de alegría, estoy ávida de una vida nueva que busco cada día en la profundidad del monte y en la inmensidad de la llanura. Me atrae su voz inteligente, su trato lleno de amabilidad y de ternura con los campesinos.

Los veo entregados con amor al trabajo y al progreso de mi vereda. Son muchos, como hormigas, cargando palos sobre sus hombros, abriendo trochas y carreteras en medio de la selva y la llanura. Son muchos trabajando hombro a hombro con el campesino, me gusta su justeza con las cosas diarias de la vida.

Me veo en un traje camuflado, con el equipo a mis espaldas y el fusil en la mano. Me veo con mis ojos que abrazan el camino con firmeza y valentía. De niña me hice guerrillera. Atrás quedó el rostro envejecido y sin esperanza de mi madre que ahogó con lágrimas mi partida.

Es el amanecer del 9 de enero, y se apodera de mí un dolor profundo que recorre mis huesos: desaliento, fiebre, dolor de ideas y el mundo da vueltas hasta derrumbarse conmigo. No hay enfermero y no tengo apetito, me hundiré en la hamaca con mi malestar. Hay vida y movimiento en el campamento, ruido de machetazos, risas,

voces de mando. La *rancha* arde en aromas y sabores que revuelven mi vientre.

Los monos se cuelgan entre las ramas y llenan el campamento con sus miradas curiosas. Una hormiga se desplaza lentamente por el guindo de mi hamaca. Ella huele y rebusca a lado y lado como buscando el lado dulce de la vida.

Pienso en los ojos tristes de mi madre, sus lágrimas resbalan por mis mejillas. Me hundo en mis sueños, está oscureciendo y se acerca el *guerrillo* que me gusta: joven, rubio, inteligente, afectivo y cariñoso. Su mano recorre mi rostro y mi cabello, mi piel se estremece y mi cuerpo se humedece de deseo. Me dice que yo le gusto. Iniciamos un romance lleno de besos y caricias. Con la noche guinda su hamaca junto a la mía, nos separan unos pasos pero siento su respiración y me duermo tranquila como quien se siente amada. Mañana será otro día que promete ser más grato.

De golpe me despierto, es cerca de media noche, no puedo conciliar el sueño, algo me inquieta y no me deja penetrar con atención en los ruidos de la noche. Me levanto en medio de la oscuridad, pido a mi socio de caleta la linterna, era la mía y la quería tener conmigo, no sé por qué, la quería en ese instante.

Vuelvo a mi hamaca, son las doce, un ruido surgido de en medio de la noche me estremece. Es ruido de aviones y amenaza de peligro, mi corazón se sobresalta y me pongo de pie de un salto.

Me coloco mis pecheras y mis manos aprietan con fuerza el fusil que es la vida, el fusil que no puedo abandonar. El ruido del comandante de guardia retumba en el campamento: “¡camaradas, van a bombardear!”. Todo es confusión y se viene sobre nosotros un estruendo infernal que estremece la tierra.

Gritos desgarradores de angustia, de desesperación y de dolor retumban en el campamento. A ello se une el quejido de los agonizantes, el llanto y el miedo de los que no hallamos camino para coger.

Se ilumina todo el monte de un color amarillo y se apodera de nuestros cuerpos un calor *quemante*. Al instante se remueve la tierra con el estruendo infernal de otra bomba. La onda me tumba al suelo. Derribada, abro los ojos, todo está lleno de luz, trato de respirar con la boca entreabierta, tengo un palo caído sobre mi cabeza. Siento miedo de morir, miro mi cuerpo y al tratar de incorporarme veo con

horror que mi mano y parte de mi brazo cuelgan y están llenos de sangre.

—¡Ayúdenme, ayúdenme, estoy herida!

Y me paro para correr, para huir despavorida de aquel lugar. Al momento cae otra bomba que estruja la tierra y todas mis entrañas. Me tumbo con fuerza boca abajo.

Reacciono inmediatamente, quiero pararme pero mis piernas no responden, quiero huir para salvarme de aquel infierno, me arrastro luchando por la vida. Avanzo a rastras por la oscuridad, mientras en mi mente digo: “¡quiero vivir!, ¡quiero vivir!”.

Mi cuerpo se aferra a la tierra y a la vida, se arrastra afanosamente como una serpiente, buscando una salida. Choco con el cuerpo agonizante de un compañero que se queja en la desesperación de su cercanía con la muerte. Siento un terror intenso, lleno de tristeza, de rabia, de ganas de llorar y de dolor.

Sigo arrastrándome hasta que no puedo más. Me invade una desesperación terrible, mi cuerpo es poseído por un intenso frío, ardo de dolor, me quemó viva y siento en mi ser una soledad terrible que me invade por dentro.

Me voy a morir, siento una sed horrible, estoy ávida de una chispa de agua. Estoy seca. Me envuelvo el pedazo de brazo que me cuelga en la camiseta como para no perderlo en el camino, para mantenerlo ligado a mi ser.

Amanece y se ilumina todo con bengalas que son lanzadas sobre el monte, se ilumina todo pero mis ojos se nublan. No lloro. El Ejército se aproxima, avanza, rodea el lugar.

Tengo mucho miedo, pienso que no voy a sobrevivir, que voy a recibir a quemarropa un tiro de gracia. El miedo hieló todo, mi cuerpo parece un tonto que no obedece al movimiento. Cierro los ojos esperando lo peor.

Preguntan mi nombre, me colocan sobre una camilla de palo, no sé por qué no vino el tiro de gracia. Tuve suerte esta vez.

Me llevan al campamento. Con mis ojos aterrados veo la destrucción de las bombas racimo. En la vereda veo los despojos de mis camaradas.

Cuerpos o, mejor, pedazos de cuerpos heridos y destrozados. Lamentos, tristeza, rabia, dolor e impotencia. Árboles derribados,

palos destrozados, huecos, tierra, olor a quemado, a pólvora, a muerto.

Sentí que el mundo había acabado para mí, pensé en mis queridos camaradas, en el país al que habría de entregarle mi vida para que en él viviéramos felices. Valió la pena, fui feliz y ahora entrego esta pequeña ofrenda con mi vida. Mi pedazo de brazo lo cargué enrollado en una camiseta negra con la imagen del *Che* y la leyenda: “Que la dureza de estos tiempos no nos haga perder jamás la ternura de nuestros corazones”.

Ahora me veo y me falta esa parte de mi brazo y mi mano: soy Karina Espinosa, estoy en la cárcel, aprendo de nuevo a caminar, y a dar pasos como cuando era niña. Uso pañal y todo me huele a medicina. Estoy ávida del verde aroma de la esperanza que me recuerda los montes de mi patria.

MUERTE ANUNCIADA

MARTHA CABEZAS
Buen Pastor



Ya se sabía que lo iban a matar. Las dos únicas vías posibles en su mundo de tinieblas eran la vida o la cárcel. Pero bueno, ahora descansa. Su funeral fue nefasto y triste para mí.

Me veo subiendo las escaleras blancas, barandas de acero que se hacen interminables para llegar a la sala dos. Por fin, he llegado: sollozos, gritos, intercambio de abrazos. No miro a nadie. Me detengo frente a su cuerpo, frente a su tez sombría y triste en donde refleja su inconformidad, frente a sus manos trajinadas y frías, las cejas levantadas por la dureza de aceptar en ese momento su final. Hay olor a muerto, a tristeza, a flores.

EL VUELO DE UNA PALOMA

BRIGITH CATHERINE PATARROYO
Buen Pastor



Paloma cumplió cinco años cuando su abuela “Nana” falleció. Ella era quien de verdad se hacía cargo de la niña ya que su madre se la pasaba trabajando todo el tiempo en una fábrica de zapatos.

Paloma empezó a jugar con su muñeca llamada “Pecas”. Ella sí le era fiel, sabía guardar sus secretos, sólo se limitaba a escuchar y nunca se iba a morir.

Cuando Paloma estaba asustada abrazaba a su muñeca, cerraba los ojos y decía en voz baja:

—Papito Dios, ¡ayúdame!

Casi siempre le daba resultado.

A pesar de las duras circunstancias en que se encontraba, no perdía la esperanza. Eso la mantuvo perseverante durante más de nueve años.

Paloma a sus doce, todavía era una niña frágil y noble pero no había felicidad en ella, sentía miedo, era muy insegura y tímida y en sus ojos se reflejaba tristeza.

Vivía con su madre y un hermano, ayudaba en la casa con los quehaceres, cuidaba a su hermanito. A su madre sólo le quedaba tiempo para trabajar, siempre llegaba cansada a dormir.

Paloma cursaba sexto grado. Aunque el colegio le parecía bueno, sabía que sus compañeros no lo eran del todo, el plantel estaba ubicado en un sitio muy feo y peligroso. Ella prefería estar callada y limitarse a estudiar.

Un día, cuando salía de clase, se le acercó Fernanda o “Mafe”, como le decían. Le puso charla y comenzaron a hablar de muchas cosas, congeniaron y se volvieron *parceras*. Ese fue uno de los mejores tiempos que recuerde Paloma.

En su casa había muchos problemas con su madre y su hermano. La situación era muy estresante y Paloma quería sentirse libre aunque fuera por una vez. Un día vio a una nena de su grado fumando hierba en el baño.

—Venga china, fúmese un *plón*.

—Yo no meto de esas cosas —respondió Paloma.

—Ah, bueno, usted se lo pierde. Ahora no es que se vaya a ir de *sapa*.

—Fresca. Yo no soy ninguna *sapa*.

Paloma se quedó mirando a su compañera.

—¿Qué se siente fumar marihuana? —preguntó.

—Se siente una *chimba*, le da *la risueña*, se relaja, es un *engome* —respondió su compañera con la voz parecida a la del Pato Donald.

Paloma se marchó de allí pero le quedó sonando la idea de probar la hierba. Un día les propuso a Mafe y a otras dos amigas que la probaran. Todas aceptaron, menos Mafe que se puso muy molesta:

—Si usted llega a probar esa mierda, la rompo, mamita —le dijo.

Paloma le tenía respeto a Mafe, era muy buena peleando y siempre la apadrinaba cuando alguien le quería hacer daño. Por eso ya casi nadie se metía con ellas.

Un día que Mafe no fue al colegio a Paloma le buscaron pelea. Trató de evitarla pero no lo logró, su compañera le mandó un puño a la boca y se la rompió. Cuando vio su saco lleno de sangre devolvió una cachetada. Las dos niñas se agarraron del cabello. A Paloma no le fue nada bien, le dejaron la cara como un mapa. Era la primera vez que peleaba pero de ahí en adelante la cosa sería distinta. Paloma aprendió a pelear.

Un día, por la mañana, no tenía clase así que se devolvió para su casa. Como vio que no había nadie, aparte de ella y su hermano,

decidió “darse en la cabeza”. Cogió una bolsa plástica para echarse las *bombas*: ¡Uy, que viaje en el que se metió!

Su hermano de siete años al verla loca quiso hacer lo mismo. Cuando ella despertó del viaje vio a su hermano igual de perdido. Ella le quitó la bolsa pero él siguió haciéndolo.

Después de las bombas con bóxer, Paloma probó la hierba. De ahí todo fue como subirse en una montaña rusa de esas del Salitre Mágico: *bazuco*, cigarro, farras, novio, amigotes y el *parche*..., el *parche*.

A los catorce su madre la echó de la casa. Al principio se estrelló contra el mundo pues era novata y no conocía la calle. Después de sufrir aprendió que tenía que aprender a sobrevivir, dejó los estudios y comenzó a vivir del dinero fácil. Su primer robo fue un pollo frito con papas y arroz que le arrebató a un viejo gordo que salía de un asadero. Paloma llegó al parque agitada, se encontró con unos *parceros* y compartió el pollo con ellos lo que le hizo ganar aceptación y respeto. Desde ahí los robos fueron el pan de cada día.

Pasó el tiempo y “Ratica”, un *parcero* amigo, fue detenido por la Policía de Menores. Paloma quedó sola pero aun así salía a “trabajar” hasta que un día se fue toda “crazy” y se le fue la mano con unos *manes*. Entonces, no volvió a delinquir durante un buen tiempo.

Meses después, Paloma conoció a un hombre cinco años mayor que ella. Se enamoró y volvió a las mismas andanzas de antes. A los diecisiete años llegó a la reclusión de menores por *jalar* un carro. Allí duró siete meses. A los dieciocho salió y emprendió una nueva vida, lejos de las drogas, problemas y “vueltas”.

Paloma empezó a estudiar en la Universidad y se convirtió en ejemplo para muchas mujeres de su condición.

UN LUGAR EN DONDE NADIE ME ENCUENTRE

MARTHA CABEZAS
Buen Pastor



Llego a casa muy de mañana, cansada, agotada, pero aun así triunfante pues he logrado evadir a los *tombos*. Las sonrisas y abrazos de mis hijos hacen que me sienta aun más triunfante. Están felices porque he llegado viva y con el “diario”.

Me dejo abatir por los quehaceres de la casa, el desorden. El realizar las actividades de aseo me indispono, pues estoy cansada, pierdo el control, salen lágrimas de mis ojos y todo lo que puedo decir es:

—¿Cuándo será que me voy a un lugar donde nadie me encuentre?

Así transcurre todo el día con los afanes normales. Nuevamente a trabajar, pasa la noche lenta con mi dosis encima. Ese pánico que se apodera de mí lo quiero fuera de mi cuerpo, pero mi mente lo pide: vender y consumir, que combinación tan extrema.

En medio de mi tristeza, he decidido que el día siguiente no voy a trabajar. Es el momento de dedicar un día para mis hijos. Con el cigarrillo en la mano me dirijo a casa de mi hermana. Ella me abre la puerta, me mira con compasión:

—Entra y descansa.

Es la mejor hermana, la única que con su comprensión quiere hacerme entender que ya debo parar. Mientras tanto, mi hija duerme.

El 24 de junio de 2010 decido no ir a trabajar pero me quedan ocho *papeletas* de *bazuco*. Debo venderlas porque no quiero fumarlas. Me quedo mirando a mi hija:

—Voy a salir y vuelvo rápido para prepararte el desayuno, luego nos vamos a casa.

—Dios te bendiga, mami —responde la niña con ternura.

Salgo en sudadera, un tanto desordenada. Ya he recibido cuatro llamadas de mis clientes:

—Flaca, te esperamos en Aures II, en la esquina del colegio.

—Listo, ya voy para allá —respondo con fingida tranquilidad.

Llego al punto de encuentro, me siento en la silla que hay en el parque al lado del colegio. Llega mi cliente que con su trágica presencia, se sienta a mi lado, recibo el dinero. Justo cuando voy a pasar la mercancía escuchamos ese ruido atormentador de la moto.

—¡Los *tombos!*, ¡los *tombos!*

Paila. Tengo el celular, la plata y ocho *papeletas* de *bazuco*.

Esposada, humillada, con el rostro de mi hija esperando el desayuno en mente, caí.

Los *tombos* me “radean”:

—¡Bingo! Esta *hijueputa jibara* tiene orden de captura. Se va para el Buen Pastor.

Me arrepiento de las palabras que dije la mañana anterior: “ir a un lugar en donde nadie me encuentre”. En estos largos meses no he podido dejar de escucharlas y retumban en mi cabeza.

BARRANQUILLA



LUZ E. ARROYO RUIZ
DIRECTOR DEL TALLER

EVOCACIÓN DESDE EL OLVIDO

Ricardo Álvarez Preteft



Me condenó al olvido
por hablar de libertad,
de justicia e igualdad.
Me condenó al olvido
por pensar y decir:
¡Basta ya!
Que su justicia y
la del verdugo
se parecen en la maldad,
que no pueden ser
el hambre y la muerte
el destino de la humanidad.
Y peor aún:
me condenó al olvido
por hablar de paz,
pero yo me niego
a cumplir su sentencia
y aún en el olvido...
¡recuerdo la libertad!

VEN, PARA ESTAR PRESO

Bladimir Estrada



Ven, entra en la pupila de mis ojos y mira mi universo desde adentro de estas celdas heladas y estos muros de concreto y hierros.

Ven, entra en mis sesos y recorre mi sistema nervioso y cuando descubras que aquí el sol es opaco y no existe para nosotros el cielo, te invadirá el miedo.

Ven, entra en mi corazón y camínalo por dentro y verás que aquí sólo prima el odio por sentimiento y el rencor es nuestro único consejero.

Ven, entra en mi mente y pregúntame si soy un demente que no tengo ni pasado, ni futuro, que no vivo en el presente que estoy apartado de la sociedad y que aquí el amor duele.

Ven, entra en mis ojos para que en una de sus lágrimas de las que ruedan en mis mejillas puedas escapar ya que ellas manan frecuentemente en este mundo cruel y vacío donde sé deambular.

Ven un domingo y visítame para que veas mi propia realidad,
ya que para sentir lo que yo siento, preso tienes que estar.

Ven, escucha esta historia que el interno 5769 pudo narrar
en ella te cuenta la historia de su alma que te dejó explorar,
y así contarás lo que el príncipe Bel supo exclamar.

Hoy

Bladimir Estrada



I

Hoy no sé que es un demente.
Hoy no sé que es un delincuente.
Hoy estoy perdido en mi mente.
Hoy no veo futuro, hoy no tengo presente.
Evoco el baúl de los recuerdos
y las tristezas son las primeras
que aparecen.

II

Extraño la sonrisa de mi hijo,
quiero enseñarle a mi hija, el
significado de la palabra papá.
Anhele las bendiciones que cada
noche solía regalarme mi mamá,
los *berroches* en la cama
con mis hijos cuando vivía en un hogar.

III

Hoy sólo barrotes me acompañan,
y una ventana que conseguí para
ver la libertad que tiene la montaña
cuando al firmamento sabe abrazar.

IV

Hoy tengo un domingo de visita.
Raramente mis hijos frecuentan este lugar,
hay que tener prudencia, algún niño
cruel, en la escuela lo puede lastimar.
Hoy sólo tengo los abrazos de mi vieja
cada vez que Dios me obsequia una
oportunidad.

V

No quiero hablar de mis
retratos, son un espejo
pañoso que me hace llorar.
Cada instante por desagradable,
es mejor rastro,
que encontrarse sin tu
libertad.

VI

Lágrimas negras recorren
mis entrañas, lágrimas
que hoy no logro aguantar.
Estar preso no es el
cautiverio, el verdadero

calvario es el de tu familia,
tenerte que separar.

VII

Hoy le ruego a mi
Dios, que se encuentra
en los cielos, otra
oportunidad de reunirme
con los míos y disfrutar
mi libertad.

VIII

Hoy sólo recuerda, y que
nunca se te vuelva a olvidar,
el ayer no existe, el mañana
nunca vendrá o si no pregúntate:
¿Cuándo fue ayer?
¿Mañana cuando será?
Las palabras de un interno que
ni siquiera el presente logra hallar.
¿Cuándo es hoy?

LIBERTAD

Belford Bolívar



Mi sangre es fuente de poder y liberación,
hombre libre, prisionero del tiempo.
Quiero romper las cadenas que los
relojes tejieron a mi alrededor.
Ser el cantor de las montañas y de los
trinos mañaneros.
Sufrir mis lágrimas a la orilla del mar,
remontar el cielo en un vuelo infinito
y que nadie perturbe mi silencio de luz.

LIBERTAD

Karin Diab



Si río, no sé si estoy triste.
Si lloro, no sé si es de alegría
o en mi corazón hay melancolía,
desde que te perdí, amada mía.

Aunque te fuiste hace unos años
no he podido desprenderme de ti.
Te anhele, sé que pronto te tendré.

A veces, esta espera se hace larga
y desesperante,
aunque tú eres distante,
te tengo presente cada día.

Al igual que el sol sale día a día,
así te espero alma mía,
porque jamás dejaste de ser mía.

Esto te hace dentro de mí,
cada célula de mi ser que respira
me recuerda a ti,
porque vives en mí.

Ahora que te conozco mejor y te valoro,
con aprecio te honro,
o qué sería de mí sin ti cada día,
moriría sin tu compañía, amada mía,
mi amada Libertad.

LA MENTIRA DE TONY

Oswaldo Garrido



Tony era un millonario dueño de varias compañías de seguros. También de una fundación para ancianos, ricos como él.

Pasó el tiempo y Tony fue arrestado por la muerte de cinco ancianos. Los mataba y, después, anunciaba que fallecían de muerte natural. Luego cobraba un millonario seguro.

Estando en prisión conoció a Jack, el sepulturero. Él era el encargado de enterrar a las personas que morían en esa prisión. Tony no hacía amistad de corazón, y vio en Jack la oportunidad para salir de ese lugar porque siempre creía que el dinero compraba todo.

Jack tenía setenta y cinco años y había vivido más de cuarenta en prisión. Una tarde, al sepulturero le enviaron una carta diciendo que quedaría libre en un mes. Como Jack no sabía leer, le pidió a Tony que le leyera el papel y él, con su mente maligna, le dijo que le faltaban diez años más. Jack se decepcionó mucho.

Entonces, a Tony se le ocurrió una idea muy despiadada. Le dijo a Jack que lo sacaría en un mes de allí, pero si lo ayudaba a escapar.

—Como tú eres el sepulturero, yo me meteré en un ataúd. Luego tú vas y me sacas del hueco. Te daré mucho dinero para que vivas bien cuando estés libre.

Jack le dijo que sí.

Ese día, en la tarde, en un disturbio hubo tres muertos. Al día siguiente muy temprano, Tony ingresó a la morgue de la prisión. Era un cuarto muy oscuro y había cuatro ataúdes. Él no prestó atención, y se metió al ataúd que estaba al pie de la puerta. Él sabía que eran tres muertos, pero había cuatro ataúdes. Luego sintió que lo dirigían al cementerio de la prisión. Caía arena encima del cajón de madera. Pasaron pocos minutos y decidió encender una pequeña linterna que llevaba consigo. Se dio cuenta de algo muy macabro: tres muertos en el disturbio, cuatro ataúdes. El que estaba al pie de la puerta era el ataúd que tenía el cadáver de Jack, el sepulturero, que había tomado un veneno de la decepción que tenía.

El grito espantoso de Tony no bastó con los tres metros de arena que tenía encima.

LA TARJETA

César Vélez



El niño Andrés Felipe nació de padres argentinos bastante tradicionalistas y conservadores. Amaban mucho los perros y tenían un gran danés. Andrés Felipe se encariñó con él y no quería ir a la escuela. Ya estaba en edad de hacerlo, pero quería estar todo el día con el perro, sólo a él le hacía caso porque hablaban. Y no obedecía a Carlos y a Leydy. Un día, la pareja decidió regalarlo para lograr que Andrés Felipe empezara sus labores: estudiar y jugar con sus amiguitos.

Se lo dieron a una familia amiga que vivía en Paraguay. Andrés Felipe tenía seis años de edad. Cuando regresó del colegio no encontró al perro. Duró mucho tiempo investigando a quién lo regalaron. La empleada le dijo:

—Se lo dieron a unos amigos de tus padres.

Como Andrés Felipe nunca le conoció amigos a sus padres, pensó que la empleada le estaba mintiendo.

Cuando tenía once años iba desprevenido por la calle y se encontró una tarjeta que le abrió la esperanza de encontrar a Lucas, su perro. Allí, la familia Simpson anunciaba, a Carlos y a Leydy, el nacimiento de su hijo. En esa tarjeta, que venía desde Paraguay, también les comunicaban que Lucas, el gran danés, estaba bien. El

niño Andrés Felipe empezó a investigar cómo podría hacer para ir a ese país. No se perdía ningún programa de televisión de Paraguay, porque él quería saber cuáles eran las ciudades principales y provincias, cómo era el clima, la moneda y costumbres de los habitantes. Empezó a ahorrar dinero, hasta que reunió una cantidad para viajar y buscar a Lucas. Andrés Felipe ya tenía dieciocho años.

Mientras tanto, en Paraguay, la familia Simpson estaba feliz con Lucas, el gran danés. Lucas también vivía contento, pero extrañaba mucho a Andrés Felipe. Él fue con la única persona que el perro logró hablar. Comían chocolates y cereales. Hasta cantaban juntos el disco de Duncan Du, *Lobo hombre en París*, antes de dormir en una casa de madera que le hizo Carlos, junto al árbol de bongu que quedaba en el patio.

Lucas, el gran danés, extrañaba el viejo hogar. Se sentaba en el muelle que quedaba frente a la entrada del pueblo, porque nunca perdió la esperanza de que Andrés Felipe llegara por él.

La familia Simpson, un domingo cualquiera, salió de paseo y no se llevaron a Lucas porque estaba en el muelle. El señor Gustavo Simpson dijo: “ese perro se volvió loco, no sé por qué mira tanto hacia ese río”.

Al lado del muelle quedaba el pequeño restaurante de doña Dora. La hija de Dora se encariñó con el perro. Era muy obediente y cuando las personas le hablaban a Lucas, la gente decía: “ese perro parece que fuera una persona, no es necesario repetirle una orden para que haga las cosas”. La hija de Dora todos los días le daba comida.

La familia Simpson murió en un accidente. Ya era doble el sufrimiento del perro. Lucas, con más ansiedad, esperaba en el muelle. Pasaba el invierno, el verano y no se movía del muelle. Esa actitud llamaba la atención del pueblo. Todos se preguntaban: “¿a quién esperará Lucas?”. Se le acercaban y hablaban con él y lo sacaban a caminar por el pueblo y él iba, pero regresaba nuevamente al muelle.

Andrés Felipe, al cumplir los dieciocho años, pensó en viajar a Paraguay por Lucas, pero empezó a llenarse de miedo porque creía que no lo iba a reconocer y que, además, ya estaba encariñado con sus dueños. Sin embargo, se emocionaba al pensar que Lucas no

Lo había olvidado, pues pasaron juntos mucho tiempo, hablando y cantando. Andrés Felipe nunca le contó esto a nadie porque creía que le iban a decir que estaba loco. En Andrés se mezclaban la alegría y la tristeza: tenía miedo de partir y resolvió no ir.

Un día, un amigo periodista de la señora Dora, le dijo que estaba buscando un personaje para escribir una crónica para una revista de mascotas. Obvio, el personaje tenía que ser un animal.

La señora Dora le habló de Lucas. Al periodista le llamó la atención las cosas que el perro hacía y que todo el pueblo estaba encariñado con él. Además, estaba la incógnita de a quién esperaba ese perro en el muelle.

La historia de Lucas recorrió el mundo. En la revista se contaba lo amistoso que era con las personas del pueblo y la extraña costumbre de pararse frente al río en el muelle todo el día. Empezó a recibir cartas de mucha gente que querían adoptarlo, porque sabían que se había quedado sin familia que pudiera alimentarlo y que no tenía con quién jugar. También le mandaban ayudas en dinero para que el director de la revista le mantuviera los gastos de alimentación. Todos se preocupaban por él; el director de la revista le entregaba el dinero al periodista y el periodista se lo llevaba a la señora Dora, que era quien se encargaba de alimentarlo. Las ayudas llegaban mensualmente. Tanto era el dinero que la señora Dora remodeló el restaurante y su situación económica mejoró. La hija era la administradora.

Andrés Felipe era amante de las mascotas y de las revistas de mascotas y leyó el reportaje de Lucas. Y se dio cuenta que ese era su perro. Entonces, se decidió a ir por él. Tenía ya veintiséis años de edad cuando se bajó del ferri en el muelle. Miró hacia el piso y vio una lápida con el epitafio: “Un perro, el mejor acompañante y amigo de todos los habitantes del pueblo: su nombre es Lucas”.

Andrés Felipe quedó como hipnotizado y corrió hacia el restaurante a preguntar dónde podía encontrar a la familia Simpson. Y la señora Dora le dijo que la familia había muerto y el perro también. Sin embargo, antes de que Lucas muriera, Dora le preguntó, sin esperar que él le contestara: “Lucas, ¿a quién esperas tú aquí?”. Y Lucas le contestó: “a Andrés Felipe”.

El perro murió congelado por la nieve.

Cuando Andrés escuchó esto, él también quiso morir, y se lamentó por no tomar la decisión de ir por él. Dora le entregó un dinero que tenía ahorrado de las ayudas que había recibido Lucas. Eran cuatrocientos sesenta y cinco mil dólares. Andrés Felipe vivió el resto de su vida lamentándose por no buscar a Lucas, pero a la vez contento porque gracias a él vivió económicamente súper bien.

La presente antología es una pequeña muestra de los textos que se produjeron en los talleres de escritura del Programa Libertad Bajo Palabra durante el año 2011.

Es hora de pensar sobre la ley, sobre el mundo que hemos construido. Es pertinente, urgente diría, escuchar la voz alta de los bajos mundos. Ella contiene claves valiosas para comprender lo que nos ocurre, lo que somos.

Prosperidad
para todos



Libertad y Orden
Ministerio de Cultura
República de Colombia



RELATA
RED DE ESCRITURA CREATIVA



TALLER DE EDICIÓN
ROCCA®

ISBN-13: 978-958-8545-51-6

